

ARQUEOLOGÍA

Propósitos y Métodos

por

PEDRO DE PALOL

INTRODUCCIÓN

Es tentador, entre aquellos que nos dedicamos a la investigación arqueológica, plantearse de una manera teórica los propósitos perseguidos por nuestro trabajo y las inquietudes que lo rigen, inquietudes servidas por modernos métodos que hacen posible su elaboración. Y digo que es tentador, precisamente en estos momentos de un excesivo materialismo que preside múltiples actividades de la vida moderna; al lado de ésta corriente, la preocupación del hombre por su pasado —por su Historia— es cada vez más acuciante y de día en día son más numerosas y más complejas las preguntas y las soluciones que desea de ella ante su vivir cotidiano; pero si esta preocupación por su Historia —que siempre ha sentido el hombre— se hace cada vez más apremiante e intensa, ya que ha existido desde que el hombre tiene preocupaciones de pervivencia futura, nunca se había demostrado con tanta avidez el deseo de conocer los más remotos momentos de su vivir. Por ello, en estas últimas décadas la Ciencia de la Historia más remota —la Arqueología— ha tomado un incremento insospechado y ha visto multiplicarse sus trabajos en ámbitos y tiempos diversos y variados. La Arqueología ha dejado de ser una técnica auxiliar de la Historia para identificarse con la misma Historia. De ello hablaremos en las páginas que siguen.

Pero no sólo se ha preocupado de depurar sus métodos de trabajo y de apoyarse en las Ciencias de laboratorio, sino que ha intentado

definirse en tratados o ensayos donde la teorización de esta Ciencia ha hallado amplio campo de exposición. No queremos estar al margen de este movimiento internacional que ha visto ya algunas obras en España. Por ello, el trabajo que hoy ofrecemos a nuestros lectores no tiene otro fin que el definir la posición y propósitos de todo un amplio sector de la investigación arqueológica, explicando además sus métodos y dando una bibliografía nacional y extranjera moderna y suficiente para que aquellos de nuestros lectores que se interesen por estos problemas puedan acudir a reforzar opiniones o a combatirlas.

Originariamente, este ensayo se escribió a finales del año 1955, formando parte de una memoria de oposiciones para cátedras de Arqueología. Hoy, antes de entregarlo a la imprenta, ha sido renovado totalmente, incorporándole las novedades proporcionadas, de una parte, por la bibliografía más reciente y, de otra, por la experiencia pedagógica conseguida desde entonces. Hemos utilizado en su redacción la mayor parte de la bibliografía extranjera sobre este tema, algunas veces bastante libremente; y, fundamentalmente, las inquietudes nacidas a lo largo de una serie de años de Seminario de Arqueología en la Universidad de Barcelona y últimamente en Valladolid. En el primero de ellos al lado de eminentes maestros, los profesores Almagro y Pericot. Del profesor Almagro hemos utilizado notas y opiniones, muchas de ellas publicadas recientemente en su obra "El hombre ante la Historia" o en otros ensayos recogidos en el texto. Otras veces son datos u opiniones sin publicar. Del profesor Pericot se refleja en nuestro ensayo aquel equilibrio e inquietud que se halla en su discurso de ingreso en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona "Miseria y grandeza de la Prehistoria", que tanto llegó a influir y a preocupar a los discípulos que trabajábamos entonces alrededor suyo.

En fin, la preocupación de los arqueólogos prehistoriadores que tanto ha influido en el cambio de ideas respecto a los propósitos de la Arqueología, podrá también seguirse a lo largo de nuestras líneas, ya que no en vano procedemos del campo de la Arqueología prehistórica, cuyos métodos aplicamos tanto en la Arqueología clásica como a la de la Alta Edad Media, nuestro campo de trabajo más cultivado.

Si nuestro ensayo logra explicar el porqué de nuestra Ciencia y despertar o afirmar vocaciones entre nuestros alumnos, a los que va dedicado especialmente, nuestra labor estará recompensada con creces.

ARQUEOLOGÍA

1. Doctrina de la Arqueología.

La Arqueología es una Ciencia muy joven. No queremos con ello negar la tradición de los estudios de la Antigüedad clásica; tradición amplia y muy gloriosa. Con esta afirmación tan categórica hemos querido solamente señalar que la Arqueología con sus hondas preocupaciones históricas actuales es una Ciencia nacida hace pocos años; que ha tenido la fuerza de modificar profundamente los estudios clásicos y que, después de la última guerra mundial, está influyendo poderosamente en la visión histórica de la llamada Alta Edad Media.

La Prehistoria ha sido la más reciente de las ramas de la Arqueología, con sus métodos procedentes de las Ciencias naturales, y la que ha abierto un amplio horizonte histórico a los trabajos arqueológicos. Esta tendencia —la actual—, no es, de todas maneras, aceptada universalmente, ya que si por una parte la conciencia naturalista tiende a dar cabida dentro de las Ciencias naturales al menos a la primera de las arqueologías —la prehistórica— la reacción esteticista por una parte, y ergologista por otra intentan, sin querer desconocer la rigidez de una disciplina de método estrictamente propio, tanto si se trata de formas arqueológicas o de procedimientos experimentales, arrancar esta Ciencia arqueológica a la Historia Natural o a la simple Historia para volverla hacia una Ciencia donde el contenido del HOMBRE, en cuanto a *espíritu*, tenga otra vez papel exclusivo. Pero esta reacción, como veremos, olvida precisamente muchas veces que puede y debe buscarse este HOMBRE hasta donde permitan las técnicas más depuradas y sus resultados, y que todo lo que trata de ir más allá no dejan de ser ensayos, muchas veces creados para esquivar precisamente esta rigidez de disciplina científica que ha alcanzado la Arqueología y cuyos resultados, positivos, son muchísimo menos

brillantes que el elegante *ensayo* lleno de espiritualidad, pero muchas veces sin el apoyo de una firme base científica.

Muy recientemente deberíamos incluir, entre estas desviaciones de las ciencias del hombre, a la Antropología cultural, de raíz etnológica, con un gran auge en las tendencias americanas y sociológicas europeas, en la cual la Arqueología queda diluida entre preocupaciones filosófico-sociales, más propias de la filosofía de la sociedad que de la historia de nuestro más remoto pasado; historia humilde, en plena estructuración, siempre sujeta a modificaciones, precisamente por la pobreza de las conclusiones que sus exiguas fuentes pueden permitir al investigador honesto.

a) *La más remota Historia de la Humanidad.*

La presencia de la Arqueología prehistórica abrió un amplísimo horizonte a la investigación de la presencia del hombre sobre la Tierra. Un horizonte de cientos de miles de años, que alargaba insospechadamente la Historia de nuestros primeros padres. Desde este momento de la aparición del hombre sobre la Tierra, y cuya presencia entre los demás animales, en estratos geológicos, le convierte en objeto de la propia Paleontología hasta la aparición de la escritura y lo que tradicionalmente se ha llamado *Historia* escrita, quedaba un amplio devenir de la actividad humana, de la que se ocupaban exclusivamente los arqueólogos y cuya misión fue la de hacer *Historia* de estas etapas, *Historia* distinta —pues distintas son las fuentes— a la tradicional, pero al fin y al cabo *Historia*, a pesar de su título oficial de Prehistoria.

Cuando los métodos de investigación y de valoración de las fuentes de esta *Historia*, anterior a la *Historia* escrita, penetraron primeramente en el mundo clásico y después en el medieval, la Arqueología quedó definida de una manera clara, y sus propósitos la llevaron a identificarse con la *Historia* Clásica y no con la *Historia* del Arte Antiguo en la que había ido evolucionando desde los humanistas renacentistas, afianzándose con Winckelmann hasta la crisis de esta corriente provocada por la Prehistoria.

Nada tan aleccionador para seguir este cambio como ver la manera cómo la Arqueología —y sus ramas o ciencias afines— han influido en la conceptualización misma de la *Historia*, en la *Filosofía* de la *Historia*, y cómo el hombre se ha preocupado de recoger los restos materiales de sus antecesores a través de toda la *Historia*,

para desembocar en el concepto moderno. Ambas directrices se señalan en nuestro ensayo, aunque de una manera muy esquemática, ya que existen amplios tratados sobre las mismas.

En realidad, pues, salvando los problemas de límites y técnicas, la tendencia actual y moderna de la Arqueología es la de considerar a esta Ciencia como un tipo de Historia que se desarrolla y aplica a épocas para las cuales no hay fuentes escritas, o éstas son escasas e insuficientes, pero que con fuentes y métodos diferentes intenta llegar a resolver los mismos problemas económicos, sociales, demográficos, religiosos, etc.

La busca de datos puramente arqueológicos no tiene actualmente ningún sentido si no sirven para elaborar una serie de conclusiones que pueden inserirse a los resultados de la investigación histórica en su sentido más amplio. De esta manera se explica la inexactitud de la palabra *Prehistoria* para la investigación, auténticamente histórica, de una etapa de la evolución de la Humanidad para la cual no tenemos otros datos que aquellos restos materiales que nos ha dejado el hombre, situados dentro de un ambiente geográfico y acompañados, algunas veces, por los mismos restos óseos de este hombre primitivo, autor de la civilización que estudiamos.

La elaboración de todos estos restos, con sus técnicas correspondientes, forman el motivo de estudio primordial de la parte más antigua de la ciencia arqueológica, la Prehistoria, y las conclusiones que de tales instrumentos se deducen caen de lleno dentro del orden de "formas de vida estáticas y evolutivas, con todas las superposiciones o choques" lo cual es, en realidad, pura y simple Historia, tanto externa, como social, económica, cultural, es decir, interna.

b) *La influencia de la Arqueología en el concepto general de Historia.*

En la continuada sucesión de tendencias de la Filosofía de la Historia contemporánea, ha jugado un importante papel la Arqueología prehistórica y la Etnología. El profesor Almagro ha sentido una gran preocupación por este hecho que desarrolla ampliamente en su último libro *El hombre ante la Historia*. De este trabajo proceden algunos datos expresados a continuación.

La aportación conceptual de la Arqueología para la Historia es muy importante a partir de la crisis del sistema de Hegel y del de los positivistas, que explicaban la Historia a base de concepciones

evolucionistas o bien idealistas. La Arqueología suministra nuevos elementos de las culturas y enriquece los matices analíticos con que el historiador ha de construir su visión. De entre estas aportaciones generales de la Arqueología, hay que destacar las de la Arqueología prehistórica, que principalmente alarga de una manera extraordinaria, en el tiempo, los inicios de este evolucionar del hombre. El hecho de llevar el inicio de la actividad humana hasta el más remoto pasado convierte en un simple lapso cortísimo el tiempo en el cual hay que encajar los acontecimientos históricos; tiempo que es cada vez más corto a medida que nos acercamos a los momentos que vivimos. Nada tan aleccionador en este sentido como el pequeño cuadro dado por el profesor Pericot en su *España Primitiva* (Barcelona, 1950, pág. 351).

Paralelamente una de las ciencias hermanas de la Arqueología Prehistórica, la Etnología, iba mostrando a los ojos del hombre culto el estado social atrasado también histórico de tantos primitivos actuales y las comparaciones con las primitivas etapas de la humanidad culta se hacían inevitables. Todas estas aportaciones, decimos, dieron el golpe de gracia a los conceptos de una Historia evolucionista o idealista y motivó el descrédito de las teorías hegelianas. Por contrapeso, y basándose en una fórmula puramente prehistórico-etnográfica, aparece el concepto de *Kultur* como resultado de un conjunto de formas de vida, lo que los alemanes llamaron las *Lebensform*. La morfología histórica, consecuencia de la valoración del descubrimiento de estas "culturas" aparece en obras importantes desde el punto de vista de la Filosofía de la historia, desde Spengler hasta el actual Toynbee.

Almagro define este cambio conceptual de la Historia Universal, motivado por los etnólogos y arqueólogos prehistoriadores de la siguiente forma: "En vez de partir de un concepto racionalista del devenir histórico al cual debía ilustrarse con hechos acaecidos que se reunían arbitrariamente, muchas veces sólo para probar las líneas del progreso del género humano y de la cultura humana, más modestamente tales investigadores aportaron datos nuevos partiendo de esa unidad que es la Historia Universal como un desarrollo progresivo de la Humanidad, idea conquistada desde el siglo XVIII por los sabios de la Ilustración y de la Enciclopedia". Estas aportaciones llevaron a la definición de unas cuantas *formas de vida* que determinaban una manera de existir del hombre sobre la tierra, una manera de concebir la vida y el mundo dentro de una área geográfica y en

un tiempo determinado. La necesidad de exponer de una manera verídica y lo más completa posible estas culturas, después de analizar sus formas de vida y con ellas los hechos históricos que presiden, fue acicate para la tarea científica de estos historiadores-etnólogos y arqueólogos. Sus trabajos fueron derrumbando, poco a poco, todas las bases de la Filosofía de la Historia racionalista desde la Enciclopedia a Hegel y a Ranke.

“Las ideas optimistas de progreso, libertad y adelanto continuo del hombre cayeron ante la realidad de los nuevos hallazgos y de las nuevas conquistas de la Ciencia con métodos arqueológicos y etnográficos. Todas las concepciones sobre la evolución del hombre, de la familia, religión, propiedad, se desmoronaron por simplistas y ante cada cultura los grandes fenómenos históricos y culturales se manifestaron de forma diferente”.

Con ello la Historia Universal quedó reducida a una simple morfología de las Culturas, y como tal ha sido tratada y expuesta por Spengler en su *Decadencia de Occidente* o por Toynbee en su *Outline of History*.

La falla de este concepto etnográfico, arqueológico de la Historia al ser llevado con rigidez cerrada y unilateral, fue la aparición de las posiciones históricas donde surge la valoración excesiva y exclusiva del Hombre, concepciones de base nuevamente materialista, económica y principalmente socialista. Ello ha llevado a los racismos desde Gobineau a Dawson y de tales concepciones hemos pasado insensiblemente a todas las formas modernas, políticas, de base nacionalista o socialista.

c) *La Historia con fuentes arqueológicas.*

La posibilidad de influir sobre el concepto de Historia, de una Ciencia considerada distinta hasta el siglo XIX, como es la Arqueología y especialmente la Arqueología prehistórica, radica precisamente en que el análisis de los restos humanos que conduce a las formas de vida y a la definición de un tipo de cultura, —lenguaje que se usa todavía con plena eficacia entre los arqueólogos—, ya es realizar Historia y llegar a aportar datos históricos. Pero la Historia que se verifica mediante restos materiales y la que trabaja sobre documentos escritos son distintas en parte y muchas veces se completan para aquellas etapas que se ha dado en llamar protohistóricas, donde los textos escritos son insuficientes para el historiador no arqueólogo

y donde para el historiador arqueólogo hay que contar —precisamente— de una manera completa y segura con estas fuentes escritas, además de estudiar los restos humanos puramente materiales.

Para el arqueólogo es un dato *histórico* tanto el estudio de los sílex tallados como las pinturas de las cavernas, las cerámicas de la Edad del Hierro, los depósitos de monedas imperiales romanas del siglo III, la estatuaria paleocristiana o los “menología” medievales esculpidos en las portadas y claustros románicos; pero según la época en que están incrustados estos elementos hay formas de estudio distintas. Así, para los sílex, la pintura de las cavernas o la cerámica céltica no existen otros datos que los puramente arqueológicos, naturalmente acompañados siempre de su cotejo geográfico. Los resultados de esta investigación serán plenamente históricos, pero sin otra profundidad que la que le proporcionan restos y útiles humanos. Por el contrario, los depósitos de monedas del siglo III, la estatuaria cristiana o los *menología* medievales, al estudiarse arqueológicamente, aportarán importantísimos datos a la Historia escrita de sus respectivos momentos como datos mudos pero seguros, no servidos por la intención del escritor autor de las fuentes históricas, y con un amplio y concreto campo social más extenso que el de la Historia escrita.

Con ello queremos señalar algunas diferencias entre estas dos maneras de realizar la Historia, diferencias que surgen exclusivamente por la distinción de métodos de trabajo y por las distintas fuentes que ambas modalidades históricas analizan, lo cual hace válida la presencia de la Arqueología para edades plenamente históricas contra la posición clasicista de esta ciencia.

Ante todo, hemos visto como la Arqueología prehistórica alarga la Historia en su límite superior inicial en una serie de milenios de los cuales no teníamos la más remota idea hasta la aparición de la Prehistoria fundamentada en la Geología.

Por otra parte, el análisis de los restos arqueológicos prehistóricos y, especialmente, de época histórica, es decir, griegos y romanos fundamentalmente, y las conclusiones históricas que de ellos nos alcanzan, tienen una objetividad completa que no poseen las demás fuentes históricas escritas; desde la simple lápida epigráfica, hasta los tratados de Historia, o biografías, o cartas, o trabajos literarios, donde siempre existe la personalidad del autor detrás y los propósitos propagandísticos si se trata de Historia oficial; o bien de adulación o de ataque siempre parciales y subjetivos, si se trata de enjuiciar la personalidad de un gobernante, político o de un grupo de institu-

ciones. Es decir, la objetividad de las fuentes en la Historia escrita es muy difícil de conseguir, incluso cuando por parte del escritor existe el propósito de no apartarse de esta línea. Hay que excluir de este conjunto de fuentes históricas las que son producto del Derecho, y los minuciosos documentos económicos, reflejo ambos, sin proponérselo, del estado de una época.

Por el contrario los restos arqueológicos, aun siendo mucho más pobres como fuente histórica, son de una objetividad completa y absoluta, nos relatan las cosas con todo realismo, sin propagandas ni silencios. Cuando un arqueólogo descubre una villa romana o un grupo de necrópolis, o bien estudia la estructura de un campamento o de las vías de comercio, los datos que obtiene son absolutamente realistas. Aquí está la enorme ventaja de la investigación histórica de las etapas clásicas de la historia de la humanidad, al poder cotejar y poner de lado estas dobles fuentes: las escritas muchas veces tendenciosas, y las materiales siempre objetivas. Quizá en bloque, la obra más significativa en este sentido de investigación sea la del profesor Andreas Alföldi.

Por otra parte, y derivando de estas mismas consideraciones, los resultados de la investigación histórica de raíz arqueológica son mucho más amplios desde el punto de vista social. Las fuentes escritas se limitan a las clases sociales y a las personas más elevadas en las distintas sociedades. La Historia se hace a base de la actuación de los cabecillas de los movimientos políticos y nacionales. Por la simple y única historia escrita conoceríamos de Grecia y de Roma la historia realizada y llevada a cabo únicamente por la *élite* política de su sociedad, que casi siempre coincide con la clase social más elevada. La Historia que se consigue por medio de los datos puramente arqueológicos es completamente indiferente a estos distintos estratos sociales. Al lado de los conocimientos que tenemos de los magnates romanos a través de sus grandes fincas, sabemos de la vida de los más humildes y de la actividad y organización de artesanos y agricultores, con una información directa y nada dudosa al estudiar sus propios restos de su mismo y auténtico ambiente vital. Si ampliamos estos resultados hasta las edades más recientes, llegaríamos a la posición de Childe, para el cual la *Arqueología es una Ciencia social que se interesa por igual por todos*.

Por tanto, la imagen que de la Antigüedad pueden darnos, y nos dan, las fuentes arqueológicas, es en cierto sentido más completa, y mucho menos unilateral que la de las fuentes escritas solas. De aquí

la gran importancia de la necesidad de completarse que tienen ambos aspectos históricos y de cómo debe conocer el historiador de cada uno de los campos respectivos las posibilidades del opuesto, a fin de completar correctamente sus trabajos. Y, por tanto, la necesidad de que el arqueólogo tenga una sólida formación histórica y —en la fase clásica— se mueva con soltura entre los distintos textos y fuentes escritas, pues está en su mano nada menos que una de las facetas más importantes de la identificación e interpretación de estas fuentes.

No siempre ha sido esta tendencia histórica la preocupación directa del arqueólogo; no será vano analizar un poco qué definiciones se han dado de esta Ciencia antes de hacer un recorrido breve por la evolución de la misma a través de los tiempos, previa una bibliografía de doctrina.

Es tendencia ya clásica iniciar las definiciones por la etimológica. No podemos faltar a esta tradición: La forma etimológica parece que circunscriba la Arqueología en un tiempo determinado: *Tratado de la antigüedad*. ¿Hasta donde llega esta Antigüedad? Es, en verdad, amplio el concepto, pero es un concepto simplemente histórico, como realmente lo vemos modernamente. El profesor Pace, el más clasicista, todavía, de los tratadistas de Arqueología y exponente de una tradición modernizada de los conceptos de estética derivados de los Humanistas y en especial de Winckelmann, define la Arqueología (pág. 13) como un *Método*. "*El método para el estudio de las industrias humanas o monumentos de los pueblos antiguos, a fin de preparar, juntamente con la filología (el estudio de los monumentos escritos) los materiales para la reconstrucción histórica de la vida del pasado en sus diversos aspectos*".

Pero, para Pace, lo mismo que para una amplia serie de tratadistas, en especial italianos, es muy difícil desvirtuar su tendencia hacia la teoría de las formas o del arte, en lugar de la tendencia hacia la pura Historia, con ribetes sociales si seguimos a los ingleses —como Daniels, Childe o Hawkes— o con tendencia etnográfica, si miramos a los alemanes y austriacos.

2. Bibliografía de doctrina.

Las distintas posiciones, algunas de ellas todavía vigentes, pueden apreciarse en la abundante e interesante bibliografía que sobre esta Dogmática de la Arqueología hemos visto aparecer especialmente durante estos últimos años.

En el grupo esteticista, de tradición antigua en el campo opuesto a la Arqueología prehistórica, preocupado por la Teoría del Arte o de las Formas, hay que señalar especialmente a Biagio Pace (*Introduzione allo studio della Archeologia*, Milán, 1947, 3.ª ed.); a su discípulo y continuador Paolo Enrico Arias (*Archaeologia*, Catania, 1942, 2.ª ed.); Goffredo Bendinelli (*Dottrina dell' Archeologia e della Storia dell' Arte*, Milán, 1938); R. Bianchi Bandinelli (*Storia dell' Archeologia e di Storiografia dell' Arte Antica*, Florencia, 1951); Jacques Zarallaye (*Introduction aux Etudes d'Archéologie et d'Histoire de l'Art*, París, 1946); W. Deonna (*L'Archéologie, son domaine et son but*, París, 1922); Koepp (*Archaeologie*, I, Berlín, 1911); Buschor (*Begriff und Methode der Archaeologie*, Handbuch de Otto, I, 3, Berlín, 1939); *How to observe in Archaeology*, ed. British Museum, 2.ª, Londres, 1929); Georges Daux (*Les Etapes de l'Archéologie*, París, 1948).

En el campo opuesto, con tendencias específicamente sociales de tipo prehistórico, hay que incluir al grupo inglés, especialmente representativa la obra de Glyn E. Daniel (*A hundred years of Archaeology*, Londres, 1950); Elliot Schmidt (*Human History*, 1930); Glyn E. Daniel (*The Three Ages*, 1940); Id. (*What Happened in History*, Londres, 1942); Id. (*An Essay of Archaeological Method*, Cambridge, 1943); Cyril Fox (*Conference of the Future of Archaeology*, University of London. Institute of Archaeology. Occasional Paper, 5, Londres, 1944); F. C. Hawkes (*British Prehistory half-way through the Century*, Proc. Preh. Soc., 1951, pp. 1-15); Id. (*The Chronological Framework of Prehistoric Barbarian Europe*, Man LI, marzo, 1951); Gordon Childe (*Introduction to the Conference on the Problems and Prospects of European Archaeology*, Londres, 1944). Como obra excelente, de espíritu muy moderno, podemos citar la del profesor S. De Laet (*L'Archéologie et ses problèmes*, Bruselas, 1954).

En la bibliografía española hemos visto seguir estas dos posiciones, pero siempre aparece una tendencia hacia la fórmula más moderna de la Arqueología. Desde el campo estricto de la Prehistoria tenemos un excelente punto de vista en Pericot (*Grandeza y Miseria de la Prehistoria*, Barcelona, 1950). Del profesor Almagro tenemos la incorporación a los más agudos problemas de contenido y de terminologías en *La dimensión universalista de la Prehistoria* (Madrid, 1953) y en un trabajo sobre el valor y contenido histórico de la Prehistoria con amplios conceptos de valor total en el campo de la Arqueología, publicado recientemente con el título de *El hombre*

ante la Historia (Madrid, 1957). García y Bellido ha tratado de la *Historia de la investigación arqueológica en España desde 1800 hasta nuestros días* (Conferencia en el Curso de Baleares, 1949) y ha dado una amplísima biografía de Rodrigo Caro en el Archivo Español de Arqueología, donde se pone de manifiesto la tradición arqueológica española. Debemos al profesor Beltrán dos breves tratados de *Introducción Arqueológica* y de *Límites cronológicos de la Arqueología* dentro de las más modernas y actuales tendencias.

Con estas obras tenemos las más variadas posiciones de los arqueólogos sobre las directrices actuales de los estudios arqueológicos, pero antes de llegar a ello, y con las premisas históricas que hemos avanzado, queremos esbozar muy rápidamente cómo se ha iniciado la investigación arqueológica a través del tiempo y cómo, con el progreso de sus métodos y los éxitos sorprendentes de sus resultados, hemos podido llegar a la emancipación de esta disciplina científica en la plena mayoría de edad en que la vemos hoy. Después, tendremos elementos de claridad suficiente para explicarnos, entre otros, los puntos siguientes: La Arqueología prehistórica y la Etnología; Arqueología e Historia del Arte; los límites de la Arqueología; las fases de la Arqueología; y otros pequeños problemas incluidos en este breve cuestionario.

3. Historia y evolución de la investigación arqueológica.

Es muy larga y variada la serie de preocupaciones que ha sentido el hombre en relación a su antigüedad y a sus antepasados. Desde los tiempos para los cuales tenemos una documentación escrita, es decir, de las épocas que mal llamamos *históricas* en oposición a las *prehistóricas* anteriores a la escritura, su actitud frente a estos residuos de la antigüedad ha sido muy diversa. A lo largo de la evolución de esta actitud se va forjando el verdadero contenido de esta ciencia arqueológica vinculado a sus métodos y fuentes.

El desarrollo del conocimiento del pasado, basándose en los restos materiales del hombre, ha evolucionado a través de la Historia en una serie de fases que, podemos decir, preceden a la estructura moderna de cualquiera de las ciencias humanísticas, especialmente de la rama de la Historia. Queremos señalar con ello la presencia, en todo el largo período de evolución de la Historia, de tres posiciones o fases del hombre ante los restos de las civilizaciones antiguas.

En primer lugar hay una posición pasiva de *contemplación y descripción* más o menos ajustada y fruto del gusto, muchas veces literario, de conocer nuevos horizontes geográficos. Es la etapa de los viajeros y de los relatos de estos viajes por tierras propias y por tierras ajenas. Esta fase pasiva de contemplación y descripción va seguida del *coleccionismo*. Es decir, en cuanto el hombre tiene gusto por los objetos de la antigüedad procura reunirlos alrededor suyo para poder gozar de ellos con tanta frecuencia como le apetezca. Es ésta la fase medieval y renacentista de la Arqueología, que salvo en pequeños atisbos de propia investigación llegará hasta el siglo XVII y XVIII. Este coleccionismo es el acicate de la verdadera investigación ya sea al querer sistematizar, desde un punto de vista estrictamente estético, los objetos: esculturas, vasos, pinturas, bronce, lápidas, monedas, etc., reunidas por los coleccionistas; ya sea al iniciar la busca sistemática de los objetos en la excavación de los lugares donde aparecen. Actividad que va identificada con el deseo del coleccionista de acrecentar sus lotes y series con la posesión de piezas nuevas.

De este coleccionismo pasamos a la verdadera *Ciencia arqueológica* con todas sus variantes y con toda una lenta evolución de concepto y de métodos. En esta última fase que se inicia fundamentalmente después de Winckelmann, cuyas directrices estilísticas convierten esta disciplina en una auténtica Historia del Arte de la Antigüedad, vemos cambiar y ampliarse los horizontes de la Ciencia arqueológica y cambiar fundamentalmente sus fines y propósitos, en especial por la aparición e integración en una misma disciplina, de los métodos de la Prehistoria, Ciencia que surge fundamentalmente fusionada y derivada de la Geología y vinculada a las técnicas y resultados de otras disciplinas experimentales que obligan a modificar la posición esteticista de las directrices clásicas para convertirlas en directrices historicistas y culturales. Aunque hoy en día el concepto de Arqueología, como veremos, viene a identificar esta disciplina con la Historia más remota de la Humanidad, como consecuencia de los resultados de la Arqueología prehistórica, prescindiendo de la propia *Historia del Arte*, persiste este punto de vista clásico.

Quizá, de entre todas las obras bibliográficas citadas donde hallamos una preocupación por la evolución del conocimiento del desarrollo de la Arqueología, podamos destacar las tendencias de la Historia del Arte derivadas, como hemos dicho, de las primeras elaboraciones científicas en el campo de la Arqueología, en obras tan representa-

tivas como la *Introduzione allo studio dell'Archeologia*, de Pace con ediciones sucesivas desde el año 1933 a 1947, o la obra de Arias *Archaeologia* (editada en 1942) entre otras muchas ya citadas. Por el lado opuesto donde lo fundamental en Arqueología es la parte prehistórica y los resultados y aplicación de los métodos de esta Prehistoria a la investigación de la Arqueología clásica, podemos señalar como ejemplo la obra de Glyn E. Daniel *A Hundred Years of Archaeology* (Londres, 1950), o el estudio de S. J. De Laet *L'Archéologie et ses problèmes* (Bruselas, 1954, con edición inglesa, Londres, 1957), de lleno dentro del concepto más actual y moderno, en su universalidad, de la Ciencia arqueológica.

En cierta manera veremos como, al tratar de la extensión temporal de nuestra Ciencia, la complejidad de su investigación y los métodos de sus distintas etapas tienden a separar la Arqueología Clásica de la Prehistórica y dejar que ambas se muevan dentro de su esfera privada. Así se desarrolla incluso en la enseñanza de la mayor parte de las Universidades extranjeras y ya así lo tenemos en la Universidad central española. Pero los vínculos que de estas dos partes de la Arqueología existen entre sí son muy poderosos para que el investigador de una de ellas desconozca las necesidades y los resultados de la otra. Por una parte, ambas estudian la Historia de la Humanidad en etapas de desconocimiento de la escritura o de insuficiencia de los restos escritos. Ambas tienen métodos parecidos, aunque las dos fases tengan los suyos propios. Tanto la Arqueología clásica como la prehistórica se disputan una etapa protohistórica de la humanidad donde los datos cronológicos fijos provienen de la Arqueología clásica o histórica —como preferimos llamarla— y dan consistencia a los resultados y conquistas de la Prehistoria, pero los métodos de investigación, tanto en la excavación como en las restantes técnicas, provienen todos ellos del campo de la Prehistoria. Además la aplicación de tales métodos en la Arqueología clásica y medieval, que se está realizando desde hace muy pocos años, ha cambiado por completo el valor y el propósito de los resultados de estas etapas modernas de la Arqueología.

Tomando como base las tres etapas que hemos definido, vamos a describir, de una manera sumaria, la evolución de los conocimientos arqueológicos de la humanidad.

A: FASE DESCRIPTIVA

a) *Los Periegetas.*

Abundantes noticias tenemos de los monumentos griegos en los relatos de los viajeros griegos. La idea de los periegetas es, efectivamente, la de un visitante de lugares sagrados o de ciudades. Pero Pasquali (*Hermes*, LVIII, 1933) ha puntualizado esta literatura demostrando que se trata más bien de un género que de una verdadera periégesis, recogiendo las descripciones de los *cicerones* de santuarios y lugares más famosos. Entre ellos el más antiguo, y de cronología más segura es Diodoro de Atenas de la mitad del siglo IV, que dejó una descripción de la acrópolis de su ciudad. Otro ateniense Heliodoro se confunde con el anterior y a veces no se sabe a cuál de ellos atribuir los 15 libros sobre la acrópolis. Polemón, hijo de Milesios, fue el más importante de los antiguos periegetas. Vive hacia los años 177-176 y dejó una obra vastísima donde se reflejan viajes por Grecia, Asia Menor y Sicilia.

Pero el viajero más conocido, del cual se nos ha conservado casi completa su obra es Pausanias, un lidio, nacido en Magnesia, autor de una visita a Grecia y a la isla de Egina, en 10 libros. Parece ser que el último libro es posterior a 175 d. J. C. Sobre este escritor tenemos abundantes tratados, pues ha sido fuente importantísima, —aunque no siempre exacta e igualmente válida en sus partes—, para la topografía antigua de Grecia. La obra más importante que trata de su libro es la de Kalkmann, *Pausanias als Perieget* (Berlín, 1886). Otros autores le han dedicado su atención: Heberdey, Robert, Petersen, el propio Pasquali, Becatti, y de su obra existen varias traducciones, una de ellas muy reciente que se debe a la pluma del profesor Tovar de Salamanca. Otras ediciones se deben a Hitzig y Bluemner con una amplia dedicación a la topografía y al comentario arqueológico. Otra edición inglesa útil se halla en Frazer (1898) y algún aspecto parcial en Caux: *Pausanias à Delphes* (París, 1936).

Descripciones antiguas de objetos artísticos o arqueológicos aparecen muy frecuentemente entre los escritores antiguos. De tal manera que podemos, incluso, llegar a hallar los verdaderos tratadistas a la manera de Vitrubio o de Plinio, éste con un espíritu científico de acuerdo, naturalmente, con su época.

b) *Descripciones arqueológicas.*

Entre las más antiguas hay que señalar la del escudo de Aquiles dada por Homero; el escudo de Heracles dado por Hesiodo, ambas con evidentes elementos reales. Homero proporciona también preciosos datos sobre el uso y el valor del hierro entre los griegos de las guerras de Troya. Apolonio de Rodas, en su poema de los Argonautas, da una descripción del vellocino de oro, y también a este autor se atribuye la descripción de un cáliz mencionado por Teócrito (Idil. 1).

De época romana son famosas las descripciones de Luciano de Samosata (segunda mitad del siglo II d. J. C.).

c) *Tratadistas.*

Un grupo de escritores pueden colocarse entre los tratadistas de Arte y de Historia. El más importante de ellos fue Plinio el Viejo. En su impresionante *Naturalis Historia* habla abundantemente de arquitectura, escultura, pintura, y artes menores, citando autores y obras, y preocupándose ampliamente por las técnicas y los materiales usados en la ejecución de estas artes. Sus fuentes son variadas, pero la más importante se halla en la obra del eruditísimo Terencio Varrón, desgraciadamente perdida. Pero no sólo se inspira en Varrón, sino que sus fuentes son múltiples, como es variada su obra: Apolodoro de Atenas discípulo de Aristarco de Alejandría (del siglo II a J. C.) cuya *Chronika* describe y cita abundantes escultores desde el siglo V. Otra fuente debió ser un Catálogo de artistas, ordenado alfabéticamente, hoy perdido. Dúrides de Samos es quizá su fuente biográfica y toréutica más socorrida aunque su obra, como el propio Plinio dice, debió ser muy anecdótica: Pace lo llama el Vasari de su tiempo. Senócrates de Sicione formando parte de los discípulos de la escuela de Lisipo, autor de trabajos sobre su arte y de toréutica; Antígono de Caristo, artista a su vez más moderno que Senócrates, pues vivió en la corte de Pérgamo, etc.

De fuentes de la obra de Plinio, de tanta importancia como conjunto documental para la Arqueología clásica, tenemos estudios y publicaciones bastantes conscientes. Recordemos, en especial, la obra citada de Kalkmann o bien la del inglés Selbers, entre otras.

Otro escritor romano cuyas noticias están dentro del espíritu de Plinio y que, en cierta manera, usa fuentes semejantes es Quintiliano en el XII libro de su *Institutio Oratoria*. Allí habla, p. e., del cuadro de Timanthes sobre el sacrificio de Ifigenia en los mismos términos que Plinio, lo cual hace conjeturar una fuente única que sería Varrón. Pero usa sobre todo las noticias dadas por Antígono de Caristo.

d) *Noticias literarias varias.*

A través de algunas noticias de la literatura clásica podemos hablar de hallazgos arqueológicos realizados en *excavaciones en la antigüedad grecorromana*. Son noticias muy pocas que no dan el valor intencional de estos hechos y que nos llevan, de lleno, a esta fase de curiosidad que se manifiesta en esta primerísima etapa de la Arqueología.

Herodoto, el padre de la Historia, describe, también, algunas esculturas orientales; algunos donativos escultóricos a los templos; entre ellos el de las estatuas de Kleobis y Bitón, al santuario de Delfos realizado por los argivos. Lo mismo sobre el trípode de Delfos, entregado por los griegos después de Platea. Pero, entre sus varias noticias, hallamos la referencia de excavaciones en el hallazgo de una tumba con un cadáver de dimensiones colosales, en Tegea, que se creyó ser Orestes. (I, 68).

Tucídides es otro historiador donde abundan las descripciones de objetos de obras de arte; es, además, una fuente preciosa para la topografía ateniense —en II, 15, 5— como ha demostrado Dörpfeld. Tucídides dice que los carios habitan en el Egeo. Testimonio de esta afirmación lo han proporcionado la existencias de sepulcros con ajuares asiáticos, como los hallados en Caria, en excavaciones realizadas en el año 426 antes de J. C. para la gran purificación de Delos.

Suetonio habla (Caesar, 83) del descubrimiento de sepulcros que realizan los colonos romanos en Capua. Es curiosa la noticia en este autor del cuidado con que estos trabajos fueron llevados a la práctica.

Estrabón relata el hallazgo de muchísimas tumbas en la ciudad de Corinto, durante los trabajos ordenados por César para la nueva ordenación de la ciudad. Los materiales de que habla este

autor entre los ajuares de Corinto dice fueron objeto de comercio y de estudio llamándose *necrocorinthia*.

Diodoro cuenta que los galos del ejército de Pirro, prisioneros en la capital de la Macedonia, se dedican a excavar tumbas antiguas.

Incluso se quiere reconocer la existencia de noticias paleolíticas en la antigüedad. Así el investigador Cerio (Bull. de Paleontología italiana, 1906) señala un hallazgo de época *chelense* en Capo, mencionado en tiempos imperiales.

Las noticias son abundantes, e incluso podemos decir que el hombre fue en cierta manera sensible a estos hallazgos, y quizá exista también una especie de atracción *romántica* por las ruinas, como se halla patente, según Pace (pág. 27) en variados epigramas de la *Antología Palatina* que van desde el siglo II antes de J. C. hasta los tiempos bizantinos. Este sentimiento no lo hallamos todavía en la Grecia de Pericles, puesto que para los atenienses que han vencido en Salamina nada significan los restos de arquitectura y de escultura de la Acrópolis al planear las nuevas y maravillosas construcciones dirigidas por Fidias. En los terraplenes preparados para los nuevos templos, y entre sus cimientos, se han hallado la mayor parte de las Korai arcaicas que antes de la presencia de los persas en Atenas debían ser el mejor ornato de los antiguos templos.

* * *

Es muy abundante la aparición de noticias de construcciones, esculturas, pinturas u otros elementos arqueológicos de la antigüedad clásica dadas por sus contemporáneos o por escritores que han vivido más de cerca que nosotros el mundo griego y romano. Con ello señalamos, en nuestro propósito al aportarlo aquí, la curiosidad —más que preocupación— que siente el grecorromano en relación a sus antepasados; curiosidad que no traspasa el límite cronológico, ni geográfico de su propia raza y que cuando remonta a lo mítico está explicado y concebido en su propio lenguaje. Esta es la fase primaria de la Arqueología, del conocimiento del pasado mediante los restos manuales de aquellas épocas y generaciones. Con ello, además, hemos señalado el valor extraordinario — aunque confesemos su desigualdad— de estas referencias que han servido para atribuir muchas de las obras de la antigüedad a sus autores. La literatura clásica, según sus géneros, es una importantísima fuente para la Arqueología.

La lista de las citas podrían multiplicarse indefinidamente, así como podríamos ordenar desde muchos y diversos puntos de vista estos autores y el contenido y valor de sus datos. La bibliografía sobre ellos es muy antigua y tiene una amplia tradición arqueológica. Corresponden sus estudios a una fase de la investigación que podríamos llamar *pre-prehistórica*; es decir, cuando no existe la Prehistoria como disciplina y para la Arqueología clásica no hay otros métodos que los históricos y cuando toda la Arqueología queda reducida, en concepto, a una *Historia del Arte Grecorromano*.

Todavía hoy, estas tendencias se hallan en una amplia escuela arqueológica cuyas obras más conocidas —y en las cuales se encuentra toda la bibliografía sobre estas noticias de textos clásicos y sus comentarios— son las que hemos citado de Pace y de Arias.

Este método de investigación que tiende a la Historia del Arte clásico tiene todavía hoy una amplia vigencia y cultivadores tan ilustres como puede ser un Becatti, por ejemplo, para citar uno de los más jóvenes y competentes.

e) *Técnicos*.

Al lado de esta serie de citas clásicas que demuestran el espíritu con que los griegos y los romanos contemplan este espectáculo que es su propia antigüedad, existe entre ellos una auténtica preocupación por las cuestiones técnicas sobre estas artes. No se trata de una auténtica investigación arqueológica lo que hallamos, por ejemplo, en la obra del arquitecto Vitrubio, sino tan sólo la demostración del conocimiento de su propia profesión y de su propio oficio; de aquí la poca trascendencia que esta obra tiene en la evolución de la Arqueología en cuanto al concepto y objeto de estudio.

Vitrubio Polión dedica su tratado *De Architectura*, escrito entre 25 y 23 antes de J. C., a Augusto. Esta obra contiene tanto ideología estética de la arquitectura (Lib. I), como un análisis técnico de materiales, tipos y modas de construcción, desde el *opus reticulatum* al *opus latericium* para citar algunas de ellas; y en los libros V y VI describe los tipos de construcciones públicas (foro, basílica, cárcel, curia, etc). La casa, los templos y, en general, todos los tipos de construcciones. Sus fuentes son muy numerosas y antiguas, lo que le dio un conocimiento importante de las edificaciones de la antigüedad griega, muy útil para el arqueólogo actual. Se sirve, entre

otros, de Satyris y Tythess autores del Mausoleo de Halicarnaso; de Leónidas y de Eufranor autores de unos *Praecepta symmetriarum*. De Arquitas, Arquímedes, Ktesibos, Philo de Bizancio y, entre los arcaicos, de Theodoros para el templo de Juno en Samos, Quersifron y Metágenes para el de Diana de Efeso, Pytheos para el sacellum de Priene, Iktynos y Karpion para el Partenón, etc., etc. (VII, paef. 12).

Sobre los tratadistas de pintura, pintores casi todos ellos, de los cuales tenemos noticias, no podemos citar más que referencias procedentes de otros autores que los han podido utilizar, desde Vitrubio al mismo Plinio el Viejo. La lista no aporta ningún tratado que nos haya llegado directamente, como sucede con la obra del arquitecto de Augusto. Sabemos que Pamfilio de Amfípolis (siglo IV a. J. C.) llamado el *philoprágmato*s proclama la necesidad de introducir la enseñanza del dibujo; que Protógenes y Eufranor de Corinto dejan obras sobre técnica de dibujo y de pintura y, como ellos, una serie importante desde Agatarcos de Samos, Melantios, Dúrides de Samos, y otros varios citados por Vitrubio o consignados en el *De pictura* de la obra plineana.

Lo propio sucede en la escultura o en las artes industriales, especialmente en la toréutica y en la cerámica, tan íntimamente unida a la pintura. Sabemos por Galeno que Policleto escribió una obra donde definía y justificaba su famoso canon.

La contemplación desde Roma de la Antigüedad griega se hace en especial desde un ángulo puramente estético. Los mismos epigramas de la Antología palatina, que hemos citado, son muestras de ello, como las tenemos incluso en Cicerón (*Brutus*). El gusto por la escultura griega llevó a los talleres industriales a las copias en serie de las famosas obras del siglo V y del siglo IV. Ningún arqueólogo tan apasionado como el emperador Adriano, que dio muestras de su filohelenismo en sus amplias construcciones en la propia Atenas. Pero todo este movimiento no es arqueológico, es simple y puramente estético. Claro que de allí se pasará al genuinamente arqueológico con finalidad erudita desde el punto de vista de la preocupación por el conocimiento de esta antigüedad que, para Roma, —en el caso concreto de las copias estatuarias—, estaba demasiado cerca para llevar otra preocupación que no fuera puramente estética, como ninguna existía para Pericles y los atenienses de la última Acrópolis al sepultar los restos de la destruida por los Persas.

B: EDAD MEDIA

Toda la Edad Media vive el mismo espíritu, cada vez más alejado de la Antigüedad clásica. También desde la época cristiana podemos hallar noticias abundantes de antigüedades grecolatinas u orientales, que pueden verse en Arias (pág. 73: literatura postclásica).

Quizá las más importantes estén entre los padres de la Iglesia: en Clemente de Alejandría que habla, entre otras obras de arte, del Zeus de Olimpia. También contienen buena serie de datos y citas Eusebio de Cesárea y San Jerónimo. Casiodoro, ministro de Teodoro, induce al monarca a la restauración, o al menos consolidación, de algunos monumentos del Foro romano en la misma época en que, en Catania, el rey permitía el aprovechamiento de la piedra de las ruinas del anfiteatro, con un total desprecio por este elemento de la antigüedad.

Se inicia en esta época, frente a una escasa curiosidad por los restos de la antigüedad clásica, una sistemática destrucción o aprovechamiento de los grandes edificios romanos. Así, no sólo el celo apologético del tipo de San Martín de Tours, que pasaba los días de fiesta dedicado con sus fieles a destruir imágenes de paganos (v. Mâle *La fin du paganisme en Gaule*, París 1950), o bien la necesidad medieval de fortificar las ciudades usando y aprovechando los mayores edificios romanos como el teatro o el anfiteatro de Orange u ocupando y viviendo en construcciones dentro del teatro de Marcelo o del coliseo de Roma.

La existencia de una obra donde la curiosidad arqueológica aparece a la manera de los periegetas griegos, como es la *Topographia Christiana* de Cosme Indicopleustes, de la segunda mitad del siglo VI, es un fenómeno muy aislado y perfectamente fuera de la corriente de esta Edad Media. Hay que llegar al siglo XIV, a principios del Renacimiento y del Humanismo para hallar las primeras colecciones y la primera preocupación, todavía estética, por la Antigüedad. Antes, sólo conocemos alguna descripción de Roma o bien una serie de descripciones vistas por los peregrinos, periegetas ellos también, como la llamada *Silloge de Einsiedeln* seguramente del siglo VIII o la bellísima *Peregrinatio* de Eteria.

C: HUMANISMO Y RENACIMIENTO

a) *Eruditos y ensayistas.*

Con ello llegamos al Renacimiento, en cuyo período, y desde cuya época va a desarrollarse el conocimiento de la Antigüedad y va a aparecer una ARQUEOLOGIA. Ante todo hay que hacer observar, como muy acertadamente hace Daux (pág. 21) si puede mantenerse durante toda esta etapa la afirmación de que no existe Arqueología, sólo existen arqueólogos al menos hasta el siglo XIX en que aparece la estructura verdaderamente científica de esta disciplina. Existe realmente la posibilidad de describir y señalar una serie de personalidades aisladas, pero no podemos llegar a seguir uniformemente la continuidad científica de la Arqueología.

No debemos olvidar la potente personalidad de Cola de Rienzo (1313-1354), gran nacionalista italiano, con esta idea apoyada quizá en un profundo conocimiento de restos antiguos.

Un buscador, más que investigador en el sentido moderno, como quiere Pace, es Ciriaco de Pizzicolti de Ancona (1391-1442), rico comerciante que visita en 1418 todo el Oriente, las islas de Egeo, Egipto, la costa asiática de Grecia recogiendo datos, noticias, inscripciones, etc. Parece ser que escribió tres magníficos volúmenes de sus viajes, ilustrados con infinidad de dibujos, de todo lo cual no nos queda más que pequeños y dispersos fragmentos.

Contemporáneo fue Flavio Biondo de Forli (1392-1463), humanista erudito, escritor de obras de historia y de filología; autor, también, de una *Roma Instaurata*, donde se conocen, describen y estudian los monumentos clásicos de la ciudad al lado de los medievales, y donde ya aparece una topografía científica de Roma a la manera que ha hecho modernamente Lugli. Del mismo Biondo son una *Italia illustrata* y una *Roma Triumphans*, obra dedicada al derecho y a las instituciones romanas.

Durante los siglos XV y XVI aparecen abundantes obras eruditas, en especial sobre la topografía de Roma. Pero donde más se aprecia la preocupación por la Antigüedad es en los talleres de los escultores y en los proyectos arquitectónicos de los artistas renacentistas. Es la época que ve aparecer una rica serie de colecciones formadas por las

familias poderosas y donde estudian estos elementos clásicos los escultores y pintores italianos; de tal manera que, algunos de ellos, se han ocupado de estatuaría clásica, como Miguel Angel, Rafael y, con su acostumbrada agudeza, Cellini.

Algunos nombres hay que aportar de este siglo XVI que hemos oído repetidos en la Arqueología contemporánea. Nos referimos, por ejemplo, a Conrado Peutinger (1465-1547) descubridor y publicador de la *tábula* que lleva su nombre. El descubrimiento de las *Acta Augusti* realizada cerca de Angora por el embajador francés De Busbecq. Aldobrandi publica una colección de rarezas y de antigüedades, y otro francés del Mediodía, Nicolás-Claude de Fabri, señor de Peiresc (1580-1637), un siglo posterior a Ciriaco de Ancona, realiza amplios viajes y establece relaciones con Grecia, Asia Menor, Chipre, Egipto, y dedica su amplia curiosidad a grandes monumentos y a las artes menores. De él lleva nombre la copia que poseemos del famoso Cronógrafo de 354 debido al calígrafo del siglo IV, Filócalo, de tanta importancia para el arte y para las instituciones del Bajo Imperio romano.

Es esta misma época la que ve aparecer un primer ensayo de Arqueología paleocristiana. De 1632 data la famosísima *Roma sotterranea* de Bosio. Para algunos investigadores, este nacimiento de la Arqueología paleocristiana no tiene un espíritu humanístico sino de Contrarreforma; por tanto, un móvil apologético.

b) *Coleccionistas.*

Las colecciones de objetos de arte clásico preparan, desde este espíritu de coleccionismo, el concepto erudito que va a tener la investigación arqueológica durante los siglos XVII y XVIII, y con ello el nacimiento de las Academias y de las reuniones de eruditos para facilitar este trabajo que deberá culminar en las obras, —fundamentales desde el punto de vista de la evolución de estos estudios— representadas por Caylus y por Winckelmann.

Ya Vasari nos da noticias de una de las primeras colecciones de antigüedades. Por consejo de Donatello, en la mitad del siglo XV Cosme de Médicis, además de crear una especie de enseñanza de arte clásico, inicia la colección que seguirá en especial Lorenzo el Magnífico y que será la mejor escuela para el gran Miguel Angel.

En la mitad del siglo XV (1471), el papa Sixto IV instala en

el palacio del Capitolino los bronce y mármoles que tenía en el Laterano; entre ellos estaba la loba capitolina, el Marco Aurelio, el famoso Espinario, constituyendo la base de las famosísimas colecciones a la colección que Julio II inicia a principios del XVI en el palacio de Belvedere. León X continúa en el mismo espíritu. La colección se ha convertido en un impresionante Museo grecorromano. Con Pablo II Farnesio, se descubre el grupo del toro y Hércules. Todos los potentados tanto eclesiásticos como laicos protegen la busca de antigüedades y tienden a formar ricas colecciones. No sólo en Italia, sino que también se inicia un impresionante comercio de antigüedades en las cortes europeas donde entra el gusto por la estatuaria clásica.

D: DE LOS ERUDITOS DE LOS SIGLOS XVII Y XVIII A LAS EXCAVACIONES CONTEMPORÁNEAS

a) "Anticuarios" y eruditos de los siglos XVII y XVIII.

La inquietud intelectual que produce el ansia de estudio de la Antigüedad clásica grecorromana es causa de la aparición de una importante cantidad de obras de los llamados "anticuarios", es decir, estudiosos de la antigüedad, en todas las ramas de la investigación arqueológica. Tenemos enciclopedistas de la antigüedad, historiadores del arte, numismáticos, epigrafistas, topógrafos, etc. Todos ellos, en cierta manera, preparan dos hechos muy importantes: la estructura de la idea y del pensamiento winckelmanniano y la búsqueda sistemática, mediante la excavación, de los restos arqueológicos. Estos dos hechos, de naturaleza tan diversa, tienen una misma consecuencia en el nacimiento de la ciencia arqueológica del siglo XIX, con sus directrices particulares.

Giunio reúne todos los textos y testimonios dejados por los escritores sobre el arte clásico; Gualterius, exploró Sicilia dándonos una reunión de inscripciones, sin la ambición desmesurada de los propósitos de la obra de Grüter que publica un volumen *Inscriptiones antiquae totius orbis Romani* (!) o la de Doni, *Inscriptiones antiquae*.

Con la misma ambición que tenía Grüter respecto a la publicación de la totalidad de los epígrafes antiguos, Jacobo Gronovius (1645-1716) intenta redactar una enciclopedia de la antigüedad griega, desde las letras hasta las artes plásticas, ya a finales del siglo (1699-1702).

Entre los tratadistas de topografía antigua y estudiosos de monumentos en plan monográfico de este siglo XVII hay que destacar a Felipe Cluverio nacido en Danzig en 1580 cuyas obras *Italia Antiqua* y *Sicilia Antiqua* son todavía instrumentos de trabajo por la cantidad de agudas observaciones que la antigüedad proporcionaba a este investigador, desde la discusión de la topografías antiguas hasta la localización de nuevos hallazgos e identificación de sitios que conoció personalmente. Bartoli, por ejemplo, ilustra la columna antonina; como Bellori da, a través de los fragmentos de la *forma urbis* del foro de la Paz de tiempos de Septimio Severo, un estudio verdaderamente arqueológico de Roma. O bien como Dempster proporciona, en una gran publicación, las primeras bases de la arqueología etrusca.

Al lado de los holandeses (Cluverio y Giunio) que han representado en estos dos siglos una cierta personalidad en el orden de los estudios clásicos, tendremos que colocar inmediatamente a los franceses y a los ingleses a través de su sociedad de *Dilettanti* entre los más importantes cultivadores de la Arqueología clásica.

En el año 1665, Luis XIV funda en París como sección del *Institut de France*, la *Académie des Inscriptions et Belles Lettres* cuya vida llega hasta nosotros. Y son dos misiones diplomáticas, una en tiempos de Luis XIII y otra de Luis XIV las que hacen establecer un contacto directo con el Oriente arqueológico. Bajo Luis XIII, el barón de Courmenin, Luis Deshayes, escribe su *Voyage du Levant fait par le commandement du Roy*. Pero es el Marqués de Noitel, pródigo coleccionista y viajero quien proporciona datos preciosos. Embajador en la corte turca de Constantinopla vive allí hasta 1678 cuando cubierto de deudas es llamado por Luis XIV. En uno de sus viajes, en 1674, había estado en Atenas donde dos de sus acompañantes holandeses dibujan los frisos del Partenón pocos años antes que el veneciano Morosini hiciera volar el polvorín turco instalado en él. El mismo Morosini, años después, en 1688, intentó arrancar las esculturas que quedaban intactas y provocó la caída y destrucción de la mayor parte del frontón Oeste.

Con este mismo espíritu de viaje científico hay que reconocer a otro francés, médico, Jaime Spon, protestante de origen alemán que visitó Oriente en compañía del inglés Wheler y que escribió un libro muy importante sobre su viaje a Italia, Dalmacia, Grecia y Levante.

Uno de los anticuarios de Luis XIV, Paul Lucas, recorre varias

veces el Oriente mediterráneo (Grecia, Asia Menor, Siria, Egipto, etcétera) y de sus viajes tenemos relatos de tres de ellos, y sabemos trajo a Francia monedas, inscripciones y otras antigüedades.

Continuó durante el siglo XVII la pasión por el coleccionismo de antigüedades. En Roma el cardenal Ludovisi reúne la mayor parte de los fondos más importantes del actual Museo de las Termas y del Museo fundado por el jesuita Kircher.

En el siglo XVIII tenemos obras de extraordinaria erudición, como la monumental *L'antiquité classique expliquée et représentée en figures* en 15 grandes volúmenes en folio, escrita por Bernardo de Montfaucon cuya primera edición, de 1.500 ejemplares, se agotó en dos meses (!) en el año 1719. Otros nombres habría que añadir a esta ya larga lista como el de Pancrazi o el de Carlo Fontana, pero es mayor la trascendencia que tiene para los estudios posteriores la creación de Academias y las excavaciones emprendidas.

Hemos citado la Academia de París fundada por Luis XIV. Hay que añadir otras fundaciones de tanta o más trascendencia en la evolución del contenido de la Ciencia arqueológica. Así, en 1727 se funda la *Accademia Etrusca* de Cortona que publica nueve volúmenes donde colaboran Gori y Passeri exclusivamente sobre la Etruria, entre cuyos estudios sobresale el primer trabajo científico sobre la pintura etrusca que se debe a Passeri.

Mayor importancia tiene el inicio de las excavaciones, primero de Herculano desde 1738 por orden del rey de Nápoles, Carlos III de Borbón de la familia real española. La trascendencia de estos trabajos para el conocimiento de la Antigüedad clásica fue enorme. Se descubre muy pronto, durante el decenio de 1750 a 1760, la casa de los Pisones, con la gran biblioteca de su propietario, filósofo epicúreo y la famosa galería de estatuas. A raíz de estos trabajos se ha creado en Nápoles la *Reale Accademia Ercolanese*.

Pocos años de diferencia tienen los trabajos de Pompeya, iniciados también por Carlos de Borbón en 1743, cuya exhumación es una de las glorias internacionales mayores de los monarcas españoles que regentan el trono de Nápoles y del reino de las dos Sicilias.

El Papa Benedicto XIV funda la *Accademia di antichità profane* que más tarde, durante el siglo XIX (1831), se convierte en *Pontificia Accademia di Archeologia e Belle Arti*.

Muchísima importancia tiene la aparición en Londres, en el año 1733, de la sociedad de los *Dilettanti*. Fue impulsora de trabajos de reconocimiento y publicación de monumentos. Recordemos la

expedición de Wood y de Dawkins a Baalbek y a Siria y Palmira, cuyo resultado fue la publicación de dibujos y planos en la obra *The ruins of Palmyra* (1769) y *The ruins of Baalbek* (1757). Después Stuart publica sus *Antiquities of Athens* y Nicolás Revett y Ricardo Chandler publican *The antiquities of Jonia*.

Todas ellas son resultados de viajes muy difíciles que abren, ciertamente, la ciencia moderna de la Arqueología. La trascendencia de tales obras y de esta escuela se refleja poderosamente en las palabras de Goethe que dice que *sólo los ingleses poseen hoy en Europa este entusiasmo por las ruinas antiguas que les hace no regatear nada, ni gastos ni sufrimientos, para ponerlas, lo más pronto posible, a la luz*.

Ante este panorama arqueológico donde las excavaciones tienen ya un papel preponderante, en especial desde la preocupación real de la casa de Borbón por las ciudades que el Vesubio destruyó en su erupción del año 79 de C., aparece la poderosa personalidad de Winckelmann con un antecedente muy importante en la obra del francés conde de Caylus que analizaremos juntos.

Es interesante ver cómo estos eruditos y humanistas, estos especialistas apasionados por los *antiquaria* no logran dar contenido ideológico y doctrinal a esta Ciencia arqueológica por la diversidad y por la mezcla de técnicas y de propósitos que existe en toda época que, podemos decir, no sigue otra línea de conducta que la individual y personalísima de cada uno de estos geniales eruditos, sin llegar a tomar cuerpo doctrinal.

En muchas de estas obras existe, ya, el germen de una verdadera Arqueología en el sentido más actual de la concepción de esta ciencia. Es la preocupación por la obtención de datos extraarqueológicos a través de los restos puramente materiales.

Es curioso cómo juzgan ciertos tratadistas actuales esta posición de los *anticuarios* del siglo XVIII, especialmente de su primera mitad, y cómo consideran a Winckelmann el *ordenador* del caos concepcional en que estaba la Arqueología durante este siglo XVIII. Queremos copiar, a este propósito, unos párrafos de Bianchi Bandinelli (*Storia dell'Archeologia e di Storiografia dell'Arte antica* redactado para el curso de la Universidad de Florencia de 1951-1952, pág. 3): "En este tiempo (primera mitad del XVIII) la obra de arte antigua es considerada como un documento, por lo que, por ejemplo, una estatua togada interesa por el estudio de la toga y del vestido, no por su mismo valor como obra de arte. Así, la columna trajana y la

columna antonina... interesan como documento para estudiar los vestidos militares y las escenas de guerra en ellas representadas. Los "anticuarios" perdieron muy pronto de vista el verdadero fin de su estudio convirtiéndolo en cuestiones secundarias y terminaron por buscar en los monumentos una confirmación de ideas preestablecidas...". Nos parece, al leer estas líneas de uno de los más destacados historiadores del arte de la antigüedad, hallar en los fines de los "anticuarios" una definición de los propósitos más modernos de la Arqueología, cumplido naturalmente el primer paso del estudio y conocimiento perfecto de la obra arquitectónica, escultórica o menor, en sí misma. Esta crítica del profesor Bandinelli es la demostración de la persistencia de las ideas de Winckelmann hasta nuestros días, en oposición a la fuerza de arrastre que han tenido las derivadas insensiblemente de los métodos prehistóricos.

b) *Caylus, Winckelmann y la Teoría del Arte antiguo.*

Hay que situar junto a Winckelmann la figura del conde de Caylus (1692-1765). Aunque bastante anterior al investigador de Sajonia, tiene elementos en su obra que sirven fundamentalmente a Winckelmann en sus estructuras teóricas. Frente a las mezclas y la pedante erudición del siglo XVII y XVIII, Caylus en su extraordinario *Recueil d'Antiquités égyptiennes, étrusques, grecques et gauloises* inicia una ordenación de los materiales y una clasificación por temas y cronología, dando de esta forma una primera obra científica donde la preocupación por la sucesión temporal del arte clásico está patente, a pesar de incluir en ella abundantes obras falsas. Muchísimo se ha discutido sobre los paralelismos de Caylus y de Winckelmann. Quienes están más decididos a ponderar a Caylus y a parangonarlo con el autor alemán son, naturalmente, los investigadores franceses, apoyándose, especialmente, en el trabajo de Heyne sobre los errores y los aciertos de Winckelmann, obra que ganó un concurso del Elogio de Winckelmann convocado por la Sociedad de Anticuarios de Hesse-Cassel en 1777. La realidad es que en la línea de Caylus, con más potencia creadora quizá, se desarrolla la impresionante y dogmática obra del autor alemán, de tanta trascendencia hasta nuestros días. La apreciación del valor posterior de la obra de Winckelmann es muy distinta según los autores. Si comparamos la posición de un

Daux, por ejemplo, frente a la de un erudito del estilo de Bianchi Bandinelli veremos cómo juzgan la misma obra las dos tendencias actuales de la Arqueología: por una parte, la posición histórica vinculada a las conquistas derivadas de las técnicas arqueológicas; y, por otra, la posición de los tratadistas de la Teoría del Arte.

Tomamos de Bianchi Bandinelli algunos de los datos que siguen sobre la personalidad de Winckelmann. Llega a Roma, procedente de su Sajonia natal en el año 1755, con un gran bagaje de conocimientos de literaturas antiguas y una profunda erudición conseguida a través del estudio de los anticuarios. Pero él no se limitó a este tipo de estudios eruditos sino que intentó, por primera vez, realizar una Historia del Arte, que llamó *Gedanken über die Nachahmung der griechischen Werke in der Malerei und Bildhauerkunst* (1764). Obra enteramente superada, tiene la importancia de haber llevado la Historia del Arte antiguo al campo de los conceptos generales que fueron el hilo conductor para la ordenación cronológica de las obras de la antigüedad y a la comprensión de la obra de arte en sí misma. Winckelmann se preocupaba por la esencia del Arte, *das Wesen der Kunst*. La importancia del problema cronológico fue perfectamente intuída y comprendida por este investigador, que no dedicó sólo sus esfuerzos a seriar temporalmente los hallazgos, sino también a definir la esencia de cada fase para poder colocar las piezas en su lugar cronológico correspondiente. Por ello adoptó el sistema estilístico formal de la obra de arte, estableciendo una división en cuatro períodos. De estas observaciones nació la concepción de la evolución parabólica de la Historia del Arte, con una línea ascendente hasta Fidias y descendiendo después. Esta posición ha tenido una influencia poderosa todavía hasta hoy y podemos decir que incluso en Ducati, *L'Arte clássica*, persiste esta idea, como en otros muchos manuales, los cuales no pueden librarse de este concepto winckelmaniano. Dejó dos obras fundamentales, la citada y un estudio sobre *Monumenti Antichi Inediti* de Roma, en italiano, donde daba ejemplo de cómo entendía que debían estudiarse estos restos de la antigüedad.

Se viven unos momentos en que la Europa sabia, artística y literaria se lanza al Mediterráneo, al clasicismo, hacia la fuente de toda la civilización, movimiento en el cual parece que Francia ha tenido menos presencia pero que arrastró a Schiller y a Goethe y a infinidad de pensadores. Desde el punto de vista de la Prehistoria en la evolución posterior de los estudios de la Arqueología preclásica, este hecho tendrá la fuerza suficiente para hacer nacer y crecer —con

una velocidad vertiginosa y una potencia inaudita— los conocimientos de la Historia no escrita, de tiempos prehistóricos, de los pueblos centroeuropeos que opondrán a la luz deslumbrante del clasicismo. Serán las reacciones nacionalistas de un Kossinna o de un Montelius, mientras que esta misma potencia y este espejismo de las culturas clásicas cegarán a los eruditos italianos, cuya Prehistoria, incluso hoy día, no tiene monumentos bibliográficos de la categoría de los de la Ciencia anglosajona y germánica.

Si por una parte las teorías de Winckelmann, seguidas por dos grandes discípulos o continuadores suyos, Zoega y Visconti, han tenido una gran persistencia y una gran fuerza, muy poco se tardó para demostrar la falsedad de algunos de sus más claros clisés. Cuando lord Elgin transportó a Londres, en el año 1799, —donde se exponen en el año 1816— las esculturas del Partenón, obra directa de Fidias, posiblemente de su propia mano, se dieron cuenta los arqueólogos que la idea de Winckelmann de la escultura fidíaca “belleza formal absoluta, falta de pathos, predominio de la forma escultórica sobre la pictórica” no tenía ningún valor, ante una obra verista, realista, muy distinta a las concepciones dadas por aquel tratadista. Fue necesario vencer la profunda convicción que los arqueólogos tenían de las ideas del sabio alemán para llegar a atribuir realmente a Fidias este frontón. Se debe a Canova, el escultor, que a pesar de estar profundamente imbuído de neoclasicismo tuvo suficiente sensibilidad de artista para darse cuenta que estaba frente a una obra maestra de la mejor calidad. El mismo hecho vino a confirmar el hallazgo en las excavaciones de los alemanes en Olimpia, de los mármoles de aquel santuario, durante los años 1877 a 1882.

c) *De Winckelmann a las excavaciones modernas.*

No creemos necesario ilustrar minuciosamente la evolución de la Arqueología postwinckelmanniana. Por una parte, han seguido sus teorías formales los arqueólogos vinculados a la manera esteticista de las escuelas tradicionales de Roma y de Atenas, empujados no sólo por las fuentes lingüística y literaria, sino muy especialmente por el menosprecio de las obras de arte menores o de industrias humanas, cerámicas, vidrios, bronces, sin ningún valor artístico, pero con un positivísimo valor documental. Recordemos a este res-

pecto, que al primer Instituto Arqueológico Alemán de Roma que se preocupaba por las cerámicas de Etruria se le llamó *Istituto dei Vasi*, pero que, por el contrario, Schliemann afirmó que "la cerámica es el cuerno de la abundancia del arqueólogo".

Por otra parte, hemos visto aparecer la Arqueología que llamamos *militante* en viajes continuados y excavaciones seguidas no sólo en Italia sino en Grecia, las Islas griegas y el Asia Menor. Los descubrimientos sensacionales de estos trabajos, y los amplios horizontes que descubren, permiten saltar a otra directriz de la Arqueología que prevalece hoy y que de manera sumaria ya hemos dado.

No creemos necesario ir relatando cronológicamente esta serie de conquistas ni hablar de Champollion o de Schliemann y de Evans, o de las posibilidades de los trabajos de Ventris tan actuales. En la lista que incluimos hemos seriado los más relevantes de todo el siglo XIX y de parte del actual. Digamos sólo que se ha realizado la conquista de Grecia, de Roma y de Etruria, juntamente a los amplísimos horizontes preclásicos de Egipto y predinásticos del Próximo Oriente.

En algunos tratados figuran amplias listas de excavaciones realizadas desde principios del siglo XIX. Por considerarlo de utilidad e interés, nosotros hemos tomado nuestros datos, entre otras, de las obras de Daniel, Daux y Beltrán, ya citadas.

- 1811. Inicio de las excavaciones de Asiria y Babilonia por Rich.
- 1812. Burckhardt descubre en la Arabia Pétreá, Nabata.
- 1830. Se inician los trabajos franceses en Túnez y Argelia.
- 1835. Primera expedición de Chesney al Tigris y al Eúfrates. Descubrimiento de la inscripción de Behistun por Rawlison.
- 1836. Descubrimiento de la tumba etrusca Regolini.
- 1838. Robinson investiga en Palestina.
- 1840. Se inician los trabajos alemanes en Delfos. Prospección de los monumentos de Nubia por Lepsius.
- 1842. Botta en Nínive.
- 1843. Expedición de Lepsius a Egipto (1843-1845). Trabajos de Botta en Khorsabad (1843-1846).
- 1845. Trabajos de Layard en Nimrud (1845-1847).
- 1846. Ramsauer inicia las excavaciones de Hallstatt.
- 1848. Hallazgo del cráneo de Gibraltar.
- 1849. Hallazgos de La Tène en Tiefenau, Berna.

1850. Mariette descubre el Serapeum de Menfis. Expedición de Loftus a Warka.
1851. Expedición de Oppert a Mesopotamia.
1852. Primeras excavaciones de Stephani en las tumbas escitas del sur de Rusia.
1853. Descubrimiento del cementerio de Villanova, cerca de Bolonia. por Gozzadini. Rassam encuentra el palacio de Asurbanipal. Vogüe explora Siria y Palestina (1853-1855). Habel principia la gran investigación de Saalburg.
1854. Keller encuentra los primeros palafitos suizos. Taylor excava Tell Mukayyar y Abu Shahrein.
1856. Descubrimiento del cráneo de Neanderthal.
1858. Pengelly empieza las excavaciones de Brixham. Excavación de La Tène por Schwab. Excavación del marjal de Thorsberg por Engelhardt.
1859. Salvamento del hallazgo de Aydamer.
1860. Lartet excava Massat. Fiorelli dirige las excavaciones de Pompeya (1860-1865). Renan empieza sus excavaciones en Fenicia. Descubrimiento del Cerro de los Santos.
1861. Perrot empieza sus trabajos en Galatia y en Bitinia y encuentra Boghazkoei. Excavaciones en Alesia. Viaje de Heuzey a Macedonia.
1863. Lartet y Christy comienzan las excavaciones de las cuevas de la región de Vezère.
1865. Pengelly empieza el trabajo en la cueva de Kent. Déchelette investiga el oppidum céltico de Bibracte.
1866. Salzmán y Bibliotti trabajan en Rodas.
1867. Descubrimientos de Cesnola en Chipre (1867-1876).
1868. Lartet descubre la primera cueva sepulcral de Cro-Magnon. Schliemann visita los lugares homéricos. Hallazgos del oppidum céltico de Murcen (Lot). Excavación de las tumbas de la Edad del Hierro de Bornholm por Vedel. Descubrimiento del tesoro de plata de Hildesheim.
1869. Schliemann excava Ithaca.
1870. Rivière inicia los estudios de las cuevas de Grimaldi en Menton. Hallazgo de las terracotas de Tanagra.
1871. Schliemann empieza a trabajar en Troya.
1873. Expedición de Smith a Kuyunjik. Conze y la escuela austriaca excavan Samotracia. Cunningham excava Harappa.

1874. Schliemann empieza las excavaciones de Micenas. Exploración del Kesslerloch en Schaffhausen por Merck. Hallazgo de los renos magdalenenses de Thainingen.
1875. Sautuola excava la cueva de Altamira. Hallazgo de las tumbas con ataúdes de madera de Borum Aeshoj en Dinamarca por Engelhardt y Petersen. Comienzan las excavaciones en Salona. Excavaciones alemanas dirigidas por Curtius en Olimpia (1875-1881).
1877. Descubrimiento de las minas austriacas de cobre por Much. Rassan descubre las puertas de bronce de Balawat. Excavaciones francesas en Delos y Tello, Baja Mesopotamia.
1878. Excavaciones alemanas en Pérgamo. Chiron encuentra dibujos rupestres en Chabot (Ardèche).
1879. Sautuola descubre las pinturas de Altamira. Vielle excava en Fère-en-Tardenois. Segunda campaña de Schliemann en Troya.
1880. Schliemann excava en Orchomenos. Pitt-Rivers inicia sus excavaciones en Cranborne Chase. Flinders Petrie inicia sus trabajos en Egipto. Hallazgo de los restos del frontón de Tegea de Scopas. Excavaciones francesas en Delfos y en Timgad.
1881. Maspero empieza sus trabajos en Egipto. Excavaciones griegas en Epidauro, Eleusis y Acrópolis de Atenas. Viaje de Ramsay por Asia Menor. Descubrimiento de la ciudad funeraria de Vetulonia. Exploración de la necrópolis de Vendel.
1882. Tercera campaña de excavación de Schliemann en Troya. Expedición austriaca a Caria, Licia, Panfilia y Pisidia. Exploración en la Arabia Meridional por Glaser.
1884. Excavación inglesa de Flinders Petrie en Naucratis. Dieulafoy en Susa. Schliemann en Tirinto (1884-1885).
1885. Excavación en la Acrópolis de Atenas. Montelius investiga el Bronce nórdico.
1886. Trabajos en las tumbas de los príncipes vándalos en Sackan.
1887. Piette inicia las excavaciones de Mas d'Azil. Trabajos de los hermanos Siret en el SE. Español. Excavaciones italianas en Etruria. Trabajos americanos en Nippur. Descubrimiento de las tabletas de Tell-el-Amarna. Descubrimiento de la necrópolis de Sidón por Hamdy Bey.
1888. Excavaciones alemanas en Senchirli. Excavaciones francesas en Tegea. Hallazgo del tesoro de Vaphio.

1889. Cuarta campaña de Schliemann en Troya. Petrie excava en Gurob. Harrison encuentra eolitos en Kentish.
1890. Trabajos de Flinders Petrie en Tell-el-Hesi. Descubrimiento de las necrópolis alineadas de Schretzheim, Baviera.
1891. Hallazgo del *Pithecanthropus erectus* de Java. Excavaciones de Flinders Petrie en Micenas. Trabajos ingleses de Gardner y Schultz en Megalópolis. Excavaciones alemanas en Magnesia.
1892. Estudio internacional del Limes del Imperio Romano. Se inicia la excavación del palafito de Glastonbury, Somerset. Dörpfeld excava la vertiente oeste de la Acrópolis de Atenas. Waldstein excava el Heraion de Argos. Excavaciones francesas en Delfos.
1893. Gregory identifica industrias paleolíticas en el Africa oriental. Excavaciones en Troya por Dörpfeld. Excavaciones francesas en Delfos. Chantre trabaja en Capadocia.
1894. Morgan trabaja en Dahshur. Flinders Petrie descubre los yacimientos de Negada.
1895. Rivière descubre pinturas en La Mouthe. Exploración sistemática en las cuevas de Menton. Excavaciones inglesas en Tell-el-Amarna y Phylakopi. Excavaciones austriacas en Efeso, alemanas en Priene y americanas en Corinto.
1896. Excavaciones en Thera por Iller y Gaertringen.
1897. Descubrimiento de la Dama de Elche. Exploraciones del Limes austriaco de Carnuntum y Vindabona por Groller. Excavaciones en Vindonissa. Excavaciones en Thermos por el griego Sotiriadis. Excavaciones de Morgan en Susa.
1898. Excavación de Borchhardt en Abusir. Expedición alemana en Armenia.
1899. Excavación de la tumba real de Seddin. Misión italiana en Gortyna. Trabajos alemanes en Baalbek, Palmira, Líbano y Transjordania dirigidos por Puchstein. Trabajos alemanes de Koldewey en Babilonia. Wiegand y Knackfluss excavan el Didimeion de Mileto.
1900. Importante descubrimiento de Maglemose en Seeland. Evans empieza los trabajos de Knossos. Excavaciones italianas en Festos. Trabajos de Dörpfeld en Leukas, de Furtwängler en Egina y de Bulle en Orchomenos. Koep investiga los emplazamientos romanos de Haltern, Westfalia.

1901. Breuil, Capitan y Peyrony descubren Combarelles y Font-de-Gaume. Excavaciones americanas en Gizé. Tsountas excava Sesklos.
1902. Descubrimiento de Sichern por Tiersch. Excavaciones en Larisa por Kjelberg y Boehlau. Final de la excavación en Dimini y Sesklos por Tsountas. Breuil y Cartailhac visitan Altamira.
1903. Cabré descubre las pinturas levantinas de Calapatá. Excavaciones alemanas de Andrae en Assur. Excavaciones alemanas en Megido.
1904. Trabajos de Pumpelly y Schmidt en Anau. Excavaciones del barco de Oseborg en Gustafson.
1905. Estudio de los emplazamientos de Xanten por Lehner y Oelman. Excavaciones en Alesia. Descubrimiento de Kauffmann de la ciudad de Mena en Alejandría. Exploración de Saqqara por Quibell. Excavaciones en Numancia por Schulten.
1906. Descubrimiento de Niaux. Winckler inicia las excavaciones en Boghazkoei. Excavación del yacimiento romano de Oberaden en Westfalia. Expedición alemana a Abisinia. Primeras fotografías aéreas sobre Stonehenge.
1907. Excavaciones alemanas en Pylos. Excavaciones inglesas en Esparta.
1908. Excavaciones alemanas en Jericó por Watzinger y en las pirámides de Gizé por Steindorff. Excavación servia del Neolítico de Vini, Belgrado, por Vassits. Descubrimiento de la venus de Willendorf. Investigación de las pinturas levantinas españolas por Breuil y Alcalde del Río. Excavación del puerto de Ostia por Vaglieri, Paribeni y Calza. Excavaciones de Schuchhardt en el fortín de Postdam. Se inician las excavaciones de Ampurias.
1909. Descubrimiento de industria azilotardenoisiense en la cueva del Valle, cerca de Santander. Excavación del yacimiento neolítico de Cucuteni, Rumanía, por Schmidt. Excavaciones americanas en Sumeria.
1910. Exploraciones de Schulten en el campo de Metello, Cáceres.
1911. Hallazgo del cráneo de Piltdown. Excavaciones alemanas en Corfú. Excavaciones americanas en Sardes. Von Oppenheim empieza sus trabajos en Tell Halaf. Woolley y Lawrence excavan Karkemisch.
1912. Descubrimiento de los bisontes de Tuc d'Audoubert por el conde de Begouën.

1914. Begouën descubre las pinturas de Trois Frères. Exploración de las termas imperiales de Tréveris.
1915. Excavaciones en el Cerámico de Atenas por los alemanes. Excavaciones de Mérida en Numancia y Mérida. Excavación de Calvo en Clunia. Amador de los Ríos excava el anfiteatro de Itálica. Pelayo Quintero excava la necrópolis de Punta de Vaca, Cádiz y Blázquez recorre las vías romanas del Duero.
1916. Trabajos germano-turcos en Siria, Palestina y Arabia. Excavaciones francesas en Salónica. Excavaciones de Calvo y Cabré en Santa Elena, Jaén. Trabajos de Amador de los Ríos en Toledo. Mérida descubre la casa-basilica de Mérida. Pelayo Quintero sigue trabajando en Cádiz. Blázquez reconoce las vías romanas de Castilla la Nueva.
1917. Excavaciones en Sarata-Monteoni, Rumanía, por Schmidt. Sentenach excava en Bilbilis. Román excava en Cala d'Hort, Ibiza. Siguen los trabajos en Cádiz, Santa Elena, Numancia y la exploración de las vías romanas de Navarra y Aragón por Blázquez y Sánchez Albornoz.
1918. Excavaciones de Campbell Thompson y Hall en Ur y Eridu. Trabajos de Woolley en El Obeid. Excavaciones en la necrópolis ibérica de Galera por Cabré. En el poblado de Castellvell de Solsona por Serra Vilaró. Siguen los trabajos en Mérida, Cádiz, Ibiza y vías romanas.
1919. Investigación en los megalitos daneses por Rosenberg. Excavaciones del conjunto megalítico de Stonehenge por Hawley. Excavaciones de Sentenach en Nertóbriga. Werner y Pérez de Barradas excavan las terrazas del Manzanares. Serra Vilaró excava el poblado ibérico de Anseresa y Sentenach en Segóbriga. Continúan los trabajos en Cádiz, Numancia y las vías romanas.
1920. Hallazgo del tesoro de la Aliseda, Cáceres. Excavaciones de Itálica por el conde de Aguilar, Montecillas por del Arco, Serreta de Alcoy por Visado, San Miguel de Sorba por Serra Vilaró. Siguen los trabajos en Numancia, Itálica, valle del Manzanares, Ibiza y vías romanas. Excavaciones italianas en Leptis Magna y Pompeya.
1921. Exploración de la tumba del Bronce de Egtved, Dinamarca, por Thomsen. Hallazgo del barco germánico de La Tène en Hartspringe. Trabajos franceses en Biblos. Trabajos ingleses en Dura Europos realizados por Breasted, Pillet y Rostovzeff.

1922. Brunton excava en Badari (1922-1925). Comienzan las excavaciones en Mohenjo-Daro por Marshall. Excavaciones en Federsee-Moor, Wurtt por Reinerth. Schulten busca Tartessos. Excavaciones de Velázquez en Medina Azahara. Cabré excava Gabia la Grande (Granada). Siguen los trabajos en Alcoy, Cádiz, Ibiza, valle del Manzanares y vías romanas.
1923. Carter y Carnarvon excavan las tumbas de Tutankhamon. Excavaciones en la citania de Santa Tecla por Calvo, en Solsona por Serra Vilaró, Cerro del Berrueco por Morán, Cabezo del Cuervo, Alcañiz, por Paris y Bardaviu. Continúan los trabajos en Numancia, Medina Azahara, Ibiza, Itálica y Manzanares.
1924. Caton Thompson y Gardner excavan en El Fayun (1924-1928). Excavaciones en Roma en los cimientos del "piano regolatore". Excavaciones de los suecos en Asine por Person. Trabajos americanos en Medinet Habu por Hoelscher y Nelson. Excavaciones en Segovia y Córdoba por Aulló, en Abell y Solsona por Serra Vilaró, en Soria por Taracena, Santuari de la Luz, Murcia, por Mergelina, en Mas de Menente, Alcoy, por Ponsell, en Mola Alta de Serelles, Alcoy, por Botella, en Ocilis, Medinaceli, por Mérida, y continúan las de Mérida, Numancia, Cádiz, Itálica e Ibiza.
1925. Excavaciones italianas en la Cirenaica. Excavaciones alemanas en Tréveris. Excavaciones greco-danesas en Kalidon por Dyggve y Rhomaïos. Excavaciones en Lemnos por della Seta. Excavación en la necrópolis cristiana de Tarragona. Excavaciones en Mesas de Villaverde y Chorro de Málaga por Mergelina, en Montealegre por Losada. Continúan los trabajos en Solsona, Cádiz, Medina Azahara, Soria, Ibiza y Sagunto.
1926. Descubrimiento por Woolley de las tumbas reales de Ur. El Instituto Oriental inicia las excavaciones en Anatolia Central. Trabajos en Anyang. Excavaciones de Lossow por Schuchhardt. Excavaciones sistemáticas en Jutlandia por Hatt y Kjaer.
1927. Osten y Schmidt en Alishar Hüyük (1927-1932). Excavaciones francesas en Baalbek. Expedición sueca a Chipre (1927-1931). Excavaciones suecas en Malthi. Trabajos de Shede y Krencker en Ancyra y Aizanoi. Excavaciones italianas en Herculano. Excavaciones americanas en Olinto. Excavaciones en el circo romano de Toledo, por Castaños. Excavaciones en el cerro

- del Trigo, Huelva, por Bonsor. Continúan los trabajos en Tarragona, Alcoy, Cádiz y Mérida.
1928. Childe excava Skara Brae. Brunton excava en Deir Tasa. Los alemanes excavan en Warka (1928-1939). Excavaciones de Sellin y Welter en Sichem. Campaña angloamericana en Djerresch por Crowfoot. Trabajos del Instituto de Chicago en Seleukeia del Tigris y en Alishar. Descubrimiento de Beni Salame. Excavaciones en Torremanzanas por Belda, en el Roquizal del Rullo por Pérez Temprado, en Cartagena por González Simancas. Siguen los trabajos de Cádiz, Soria y Tarragona.
1929. Schaeffer excava Ras Shamra (1929-1939). Excavaciones de Pericot en El Parballó (1929-1931). Excavaciones italianas en Pestum. Excavaciones alemanas y americanas en Ctesifon. Trabajos franceses en Minet el Beida. Campaña búlgara en Duvadlij por Filow. Trabajos alemanes en Tréveris y Hermópolis. Excavaciones en la necrópolis del Altillio de Cerropozo por Cabré, en San Pedro de Alcántara por Pérez de Barradas, en el Molar de Senent, en Camino de Mesta, Córdoba, por Romero de Torres, en las Cogotas, Avila, por Cabré y en Toledo y Tarragona.
1930. Speiser excava en Tene Gawra y Tell Billa. Garstang en Jericó (1930-1936). Neuville excava en El Khiam. Campaña inglesa en Constantinopla: Hipódromo. Puerta Dorada. arco de Teodosio I. murallas de Teodosio II y Palacio imperial. Excavaciones americanas en el Agora de Atenas. Hallazgo de la cerámica de bandas de Colonia de Lindenthal. Hallazgo del casco de Huelva. Excavaciones en los dólmenes de Salamanca por el P. Morán: en Daganzo de Arriba por Fernández Godín y Pérez de Barradas: en la citania de Troña por Pericot y López Cuevillas. Continúan los trabajos en Tarragona y Torremanzanas.
1931. Contenau y Ghirshman en Tepe Givan (1931-1932). Schmidt en Tepe Hissar. Excavaciones americanas de Herzfeld en Persépolis. Excavaciones en el Cabezo de Cascarujo, Alcañiz, por Bruhl. Siguen los trabajos en Cádiz, Mérida, Soria y Las Cogotas.
1932. Excavaciones americanas en Antioquía. Trabajos ingleses en Lesbos. Excavaciones en la cueva del Pendo, Santander, por

- Carballo y Larín, en Herrera del Pisuerga por Martínez Santa-Olalla. Siguen los trabajos en Cádiz y Sagunto.
1933. Mallowan en Arpachiyah. Ghirshman en Sialk. Dikaios excava Erimi. Excavaciones en la Albufereta de Alicante por Lafuente, en Vega del Mar, Málaga, por Pérez de Barradas, en Ocaña por González Simancas, en Pollentia por Llabrés e Isasi, en la Isla del Campello por Figueras Pacheco. Siguen los trabajos en Cádiz e Itálica.
1934. Parrot excava en Mari. Mallowan en Tell Chagar Bazar y Tell Brak. Exploración del cazadero glaciario de Ahrensburg, Meindorf, en Hamburgo por Rus y Schwantes. Excavación del Heraion en Focea por los italianos. Excavación en Haiden Castle, Dorset, por Wheeler. Excavación del yacimiento de Biskupin, Polonia, por Kostrzewski. Continúan las excavaciones de Tarragona, Cádiz y los dólmenes de Salamanca.
1935. Mackay excava en Chanhudaro (1935-1936). Excavación en Cueva Remigia, Castellón, por Porcar, Obermaier y Breuil.
1936. Trabajos alemanes en Hermópolis y en Olimpia. Expediciones italianas en Egipto.
1937. Excavaciones de Garstang en Mersin (1937-1940). De Terra y Movius Jr. excavan en Burma. Trabajos suecos en Mylassa e Irán.
1939. Se reemprenden las excavaciones de Ampurias por Almagro (iniciadas en 1908).
1940. Excavaciones iraquesas en Tell Uquair. Descubrimiento de la cueva de Lascaux.

No pretendemos que nuestra lista sea completa. Falta consignar en ella, por ejemplo, los trabajos que la Sección de Arqueología del Institut d'Estudis Catalans realizó intensamente en los poblados del Bajo Aragón y en las Islas Baleares. Los primeros, dirigidos por el profesor Bosch Gimpera, han sido la base fundamental para sistematizar toda la cultura del Hierro de esta zona; y sólo modernamente empiezan a aparecer nuevos trabajos en esta región, impulsados y dirigidos por los profesores Almagro y Beltrán. Las excavaciones de las Baleares, que realizó el Sr. Colominas, han puesto al descubierto lo único que hasta ahora sabemos de las culturas protohistóricas de las Islas. En la actualidad, el profesor Almagro y muy recientemente Tarradell han dirigido importantes campañas de excava-

vaciones en la ciudad romana de Pollentia, y están preparándose amplios y nuevos trabajos en el poblado talayótico de Ses Pahisses.

Después de nuestra guerra la excavación arqueológica en España ha sido realizada de una manera irregular y con valor científico muy desigual. Los hallazgos, que no detallamos, han sido importantes, como puede apreciarse repasando la serie de *Informes y Memorias* de la antigua Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas.

Aparte de estas excavaciones oficiales realizadas directamente por el Estado a través de la citada Comisaría, hay que consignar otros trabajos de positivo interés por la resonancia científica que han tenido, en especial en el campo internacional. Nos referimos, en primer lugar, a las excavaciones en las ciudades de Ampurias servidas por una constante divulgación de sus más recientes resultados y por una magnífica serie de *Monografías ampuritanas* que publica el director e impulsor de aquella empresa, el profesor Almagro. Ampurias se ha convertido, además, en una de las más eficientes escuelas de Arqueología de España.

Otro centro que hay que nombrar es el Servicio de Investigaciones Prehistóricas de la Excm. Diputación de Valencia que, fundado por don Isidoro Ballester y por el profesor Pericot, ha proporcionado importantísimos hallazgos a la Arqueología prehistórica española y mundial.

Hay que incluir también entre estos centros provinciales de tan meritoria y científica labor la Sección de Arqueología del Instituto Príncipe de Viana de la Diputación Foral de Navarra. Iniciados sus trabajos por el Sr. Taracena, tienen hoy una continuidad muy importante bajo la dirección de Vázquez de Parga y especialmente del profesor Maluquer.

No debemos olvidar la labor que realiza la Diputación de Santander que atiende a las pinturas rupestres de aquella provincia y patrocina las excavaciones que realiza el profesor García y Bellido en la ciudad romana de Julióbriga.

Otras empresas provinciales españolas habría que incluir en esta relación que, de ningún modo, pretende ser exhaustiva; desde las excavaciones de los poblados ibéricos de la provincia de Gerona, a la labor de las cuevas paleolíticas de la de Oviedo hasta las actividades extrapeninsulares en el Marruecos Español, el incremento de los trabajos arqueológicos de campo en nuestra Patria ha sido muy importante en estos últimos años.

Contribuye fundamentalmente a ello la nueva orientación dada

por nuestro Ministerio de Educación Nacional creando el nuevo organismo rector de toda la actividad de excavación en España. La antigua Comisaría General de excavaciones ha sido substituída por la Junta Superior de Excavaciones, vinculada estrechamente a las cátedras de Arqueología de la Universidad Española cuyos profesores titulares constituyen dicha Junta y asumen la responsabilidad de los trabajos en sus respectivos distritos universitarios. Es todavía prematuro señalar los frutos de esta nueva organización. La amplitud de los trabajos emprendidos es muy importante y se están preparando las memorias de los mismos que no tardaremos en ver aparecer en la bibliografía española. La ventaja primordial de esta organización estriba en la incorporación a la dirección de estos trabajos de los auténticos especialistas a los que es fácil asegurar una excelente continuidad por su calidad de universitarios.

Esta misma intensidad de trabajo está reflejada en las demás naciones de Europa, cuyos trabajos metropolitanos tienen su bibliografía especial como la publicada en *Gallia* por lo que hace referencia a las excavaciones en Francia, o bien en la revista *Notizie degli Scavi* en Italia, para no citar uno a uno todos los países.

Por otra parte, las misiones arqueológicas en Grecia, Islas del Mediterráneo oriental, Egipto, Asia Menor y Próximo Oriente, en general, han multiplicado su actividad, cuya misma amplitud nos aconseja omitir su detalle. En la revista *Fasti Archeologici* se hallará relación anual de estas Misiones y sus respectivos trabajos.

E: EL PAPEL DE LA PREHISTORIA EN LA EVOLUCIÓN DEL CONCEPTO DE ARQUEOLOGÍA

Hemos silenciado de una manera intencionada la aparición de la *Prehistoria* en el panorama de los estudios arqueológicos, a fin de hacer más fuerza en la importancia de esta Ciencia —por sus concepciones y muy especialmente por sus métodos— en el desarrollo de las directrices de la *Arqueología*. No sólo es una victoria de esta rama prehistórica de la Arqueología el conocimiento de las culturas preclásicas de Grecia y del próximo Oriente, incluido Egipto, sino que además, con la inclusión de sus métodos en etapas llamadas protohistóricas, ha hecho posible un cambio de rumbo total en la concepción del trabajo del arqueólogo clásico y medievalista, reseñado hasta aquí.

Por ello creemos importante conocer y esbozar cómo aparece esta Ciencia y cómo se vincula con la más general arqueológica, lo cual plantea infinidad de problemas de delimitación de disciplinas tanto en el espacio como en el tiempo.

a) *Nacimiento de la Arqueología prehistórica.*

La Prehistoria es un Ciencia muy reciente, que apenas tiene más de un siglo de vida, y que durante estos últimos años ha tenido un desarrollo y ha adquirido una personalidad relevante dentro del estudio de las Ciencias de la Historia de la Humanidad. Hay que señalar la aparición de la obra de Boucher de Perthes, en 1837, para considerar este principio de una Ciencia nueva que tanta importancia tendrá en el desarrollo de la Arqueología. Antes de esta fecha tenemos únicamente pocos datos sobre la Arqueología prehistórica que podemos consignar de la manera más rápida posible más a título de curiosidad, que intentando concederles valor científico del que carecen en absoluto.

Lucrecio habla de útiles de piedra y de madera para definir una edad de la humanidad en que sólo se conocían éstos (*Rerum natura* V, 923-1456). Alusiones parecidas tenemos en Ennio, Livio y en Ovidio (*Metamorfosis*, I, 89-150). Ya habíamos señalado los descubrimientos de industrias líticas realizados en Capri, en tiempos de Augusto, pero todo ello no tiene ningún valor si no es considerado como simple curiosidad.

En el siglo XVI hay un primer intento individual de clasificar las hachas pulimentadas del neolítico. Las reconoce Mercati en 1593, pero su *Metallotheca Vaticana* no se publica hasta 1717. También en este siglo XVI, Pedro Antonio Beuter, español, valoró los hallazgos de sílex, realizados en 1534. Hay varias citas y ciertas referencias que debemos considerar intuiciones, quizá, incluso en la obra de Cervantes. Entre otros autores que también hacen referencia a objetos prehistóricos podemos citar a López de Ayala en su *Historia de Gibraltar* (Madrid, 1784).

Pero el nacimiento real de la Arqueología prehistórica se debe a los trabajos realizados en contacto con los naturalistas, especialmente con geólogos y paleontólogos. Jussien, erudito del XVIII, descubre en Dinamarca una serie de útiles y los publica en su obra *De l'origine et*

de l'usage des pierres de fonde (1723) al compararlas con útiles usados todavía en aquellos tiempos en el Canadá. Con ello establecía una de las bases metódicas de la Arqueología prehistórica: La Arqueología comparada.

Tras de otros investigadores naturalistas, como Cuvier, nacen la Paleontología y la Anatomía comparadas y tras de los naturalistas especialmente ingleses, aparece la figura de Boucher de Perthes y la Arqueología prehistórica en el segundo cuarto del siglo XIX. Estos precedentes ingleses de Boucher de Perthes son principalmente Conyers, que en 1700 encuentra hachas achelenses junto a restos de elefante en una parte del antiguo curso del Támesis y cuyos hallazgos publicó en los Anticuarios de Londres. A finales de este siglo XVIII otro inglés John Frere en Hoxne (Sufolk) recoge, de nuevo, guijarros tallados junto a restos de paquidermos en el mismo ambiente en que los halló Conyers. Frere publica sus resultados en *Archaeologia*. Se debe a trabajos de geólogos la consecuencia de los hallazgos de Boucher de Perthes. En 1813 Jouannet y De Saussure, en el Périgord, estudian las terrazas fluviales y sus restos paleontológicos. En 1833 Schumerting descubre las cuevas de Engihoul en Bélgica y Buckland, Pengelly y Mac Ennery otras semejantes en Inglaterra, y en 1837 Boucher de Perthes situó restos de industria humana juntamente a fauna en el valle del Somme. Sus trabajos fueron duramente combatidos y deben pasar algunos años antes de la Ciencia francesa, sobre todo, se rinda ante esta evidencia a consecuencia de nuevos hallazgos de geólogos ingleses interesados, precisamente, en los resultados de Boucher de Perthes. En 1854, Prestwich, Falconer, Flower y el arqueólogo John Evans se interesan por los hallazgos del prehistoriador francés en Abbéville combatidos duramente por Rigollot. A consecuencia de este interés se revalorizan los hallazgos anteriores de Conyers y el gran geólogo inglés Lyell publica su obra *L'antiquité de l'homme prouvée par la géologie* (1859) que hizo rendir a los científicos de París en su resistencia ante Boucher de Perthes. Desde este momento la estructuración de la Prehistoria se inicia y los hallazgos son cada vez más numerosos e importantes.

En 1847 Boucher de Perthes publica sus *Antiquités celtiques et antédiluviennes*; en 1854 su vecino y enemigo de Amiens el doctor Rigollot descubre Saint Acheul y gana nuevos adeptos en París: Herbert en 1857, Litré en 1858; Lartet hallaba la misma industria en los Pirineos lo que le llevó, en una carta escrita a Boucher de

Perthes en 1860, a dar validez a la nueva disciplina como había hecho Lyell. Precisamente fue Lartet el primer sistematizador de esta Ciencia, pues entre 1863 y 1880 define las épocas del hombre primitivo en etapas naturalistas paleontológicas llamadas: del hipopótamo, del oso y del mamut, y del reno, que fueron válidas hasta que Mortillet a finales del XIX estableció la primera división arqueológica de la Prehistoria, especialmente del Paleolítico y que, con añadidos y modificaciones debidas a D'Acy y D'Ault du Mesnil con la introducción del Achelense (1895), de Piette (1887) con la colocación del Aziliense entre el Magdalenense y el Rodenhausense; con el añadido del Tardenoisense por el propio Mortillet y la aparición del Precheleense por Commont en 1908, tenemos estructurado todo el Paleolítico y Epipaleolítico hasta las reformas modernas del abate Breuil.

Seguir, desde este momento, la evolución del trabajo de los arqueólogos prehistoriadores es del todo inútil consignarlo aquí. Quizá podríamos hablar de cómo la Ciencia española se incorporó inmediatamente a este movimiento dándole, no sólo figuras muy eminentes, sino descubrimientos de primer orden, especialmente el del arte cuaternario, con la cueva de Altamira realizado por Sautuola y llevado al congreso de Portugal del año 1880, tan duramente combatido por los prehistoriadores franceses que tienen que rendirse a la realidad después de hallar, ellos mismos, muestras de este arte en Francia. Hasta el año 1907 no se crea en París *L'Institut de Paléontologie Humaine* fundado por Alberto I de Mónaco y en España tenemos desde 1912 la *Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades* y desde 1913 la *Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas*. Un año después aparece el *Servei d'Investigacions Prehistòriques de l'Institut d'Estudis Catalans* en Barcelona. Todo ello da fuerza a nuestra investigación que, en el año 1916, está plenamente madura para proporcionarnos una obra fundamental: *El hombre fósil*, de Obermaier.

Desde este momento, cuando simultáneamente las excavaciones de Oriente y de Grecia van proporcionando una visión y unas etapas puramente prehistóricas y protohistóricas de las culturas clásicas o del Próximo Oriente, la confluencia de dos disciplinas —ambas arqueológicas: la clásica y la prehistórica— es inevitable, en especial al considerar dos hechos principales: el primero de ellos es la posterioridad cronológica de las culturas prehistóricas y protohistóricas de Europa con las del Próximo Oriente, lo cual hace que los prehisto-

riadores busquen puntos fijos de cronología prehistórica europea en culturas contemporáneas históricas del Oriente. El segundo es la existencia de etapas cuyo conocimiento se lleva a término mediante dualidad de fuentes: las históricas escritas y las prehistóricas de excavación. Son las etapas que se llaman Protohistoria. Estas dos circunstancias dan forma a toda una nueva concepción de la Arqueología en general y a la aplicación de métodos, tanto de excavación, como de trabajo (paralelismos, tipologías, etc., etc.) propios de la Arqueología prehistórica en las etapas plenamente históricas, —clásicas o medievales—.

La madurez no sólo de la técnica sino incluso de los fines que se proponen, la hallamos ya, por lo que hace referencia a nuestra Península, en la obra de Bosch Gimpera *Etnología de la Península Ibérica* aparecida en 1932; en la *España primitiva* del profesor Pericot que se edita en 1934; en la edición popular del *Hombre fósil* de Obermeier —con la colaboración de los profesores García y Bellido y Pericot para las etapas de la Protohistoria y la Arqueología histórica— y en el *Manual de Arqueología* del profesor Almagro en el que dio amplia cabida a las más dinámicas e inquietas novedades de la investigación internacional.

b) *La Etnología y la Arqueología prehistórica.*

Hemos plantaeado, ya desde un momento inicial de nuestro ensayo, la igualdad Historia y Arqueología en cuanto al espíritu de investigación de nuestra Ciencia. Este concepto, muchísimo más avanzado que el que hemos visto en Winckelmann porque incluye en sí a aquel —puesto que la Teoría del arte es una facies de la Historia— deriva de la investigación prehistórica y en ella está vinculadísima con la Etnología. No creemos necesario hacer una historia de esta ciencia etnológica sino trazar sus puntos de contacto con la Prehistoria. Como dice muy bien el profesor Pericot (*Grandeza y Miseria de la Prehistoria*, citado, página 17 y 18) la Prehistoria investiga y descubre la Historia antigua de los pueblos que la han tenido también moderna y escrita, mientras que la Etnología trata de la historia de los pueblos primitivos actuales que no tuvieron nunca ésta, escrita. Pero ambas hacen Historia. *La Prehistoria contará con una cronología relativa rigurosa* (ver nuestros métodos)... *en cambio se le*

escapa lo mejor del hombre: su vida espiritual y social... La Etnología posee el conocimiento de lo social y espiritual... pero en cambio no puede obtener una cronología de los fenómenos culturales y nunca, sin el auxilio de la Prehistoria, podrá afirmar que un determinado instrumento o una técnica es o no originaria del área donde ahora se la encuentra o es anterior o posterior a otra semejante.

Ya hemos señalado cómo ambas ciencias modifican, incluso, el propio concepto clásico de Historia. También lo modifican en las Historias nacionales. En tiempos de Winckelmann ya hemos visto como sólo tenía historia antigua el Mediterráneo. Goethe y Mommsen miran a Italia. Por el contrario, con la existencia de la Arqueología prehistórica el Norte de Europa ganó a Italia. La Arqueología prehistórica, convertida en Historia Antigua, pudo hacer nacer nacionalismos racistas, especialmente en Alemania, apareciendo una proyección nacionalista de la Historia que tenemos todavía reflejada en la enseñanza oficial de las Universidades germánicas y anglosajonas donde existen cátedras de Prehistoria.

Esta preocupación histórica de la Arqueología, movida por la Arqueología prehistórica, puede reflejarse incluso en la continuada evolución y renovación de la propia Prehistoria, en especial en sus nuevas nomenclaturas. No es éste el lugar para exponerlas, sino tan sólo como un reflejo de la incorporación de la Prehistoria a esta ciencia global que es la Arqueología.

Hemos visto cómo nace la Prehistoria con fases geológicas o paleontológicas. Cómo con Mortillet pasan a nombres culturales-geográficos, cuyas nomenclaturas se mantienen con pocas variantes hasta nosotros. Desde las más remotas etapas del hombre sobre la Tierra se dividen estas edades en *Prehistoria*, *Protohistoria* e *Historia* según el tipo de fuentes de elaboración histórica. Dentro de cada grupo y cada etapa cronológica las denominaciones son muy diversas según los distintos autores. Para unificar estas nomenclaturas, *dándoles un significado histórico* podemos considerar las propuestas por Hawkes, como las más interesantes:

Protohistoria = etapas con fuentes escritas.

Parahistoria = etapas con datos cronológicos por paralelismos con otras culturas históricas.

Telehistoria = culturas agrícolas.

Antehistoria = culturas paleolíticas y neolíticas iniciales.

Como vemos, la preocupación es esencialmente histórica, muy patente en los investigadores ingleses, a los cuales se opone en cierta manera Vaufrey, en *L'Anthropologie*, y que tiene formas diferentes en Daniel, por ejemplo. Entre nosotros, esta inquietud profunda por la presencia histórica en la investigación arqueológica de la Prehistoria se halla patente principalmente en la obra del profesor Almagro *La dimensión universalista de la Prehistoria* (Madrid, 1953), donde discute ampliamente la posición de los investigadores extranjeros sobre esta inquietud unida a la necesidad de unificar nomenclaturas.

F: LA ARQUEOLOGÍA Y LA HISTORIA DEL ARTE

Este concepto que hemos visto aparecer difiere muchísimo de la concepción de Winckelmann de la Teoría de las Formas o del Arte. Esta idea y posición ha tenido sus mantenedores que defendían la confusión entre Arqueología e Historia del Arte, definiéndola, incluso, como *una parte de la Ciencia general del Arte de la cual la Historia Moderna es la otra parte*, como dice Winter y creen Gerhard y Furtwängler (v. Beltrán, *Los límites de la Arqueología*, citado, página 10). Este mismo criterio prevalece, todavía, en obras de la categoría del Contenau (*Manuel d'Archéologie Orientale*) o bien toda la posición que hemos ido señalando desde Pace y Arias hasta Bianchi Bandinelli, aunque estos autores, en cierta manera, comprendan e incluyan en sus manuales la esencia de la Arqueología prehistórica. También están en esta línea conceptual las tradicionales Escuelas de Roma y de Atenas donde el estudio de los restos arqueológicos tiene un mayor atractivo cuando se trata de bellas piezas, y donde, por tradición esteticista, se prefiere el estudio de la estatuaria al de las cerámicas, por ejemplo.

Los propósitos del arqueólogo en el sentido más moderno de la palabra consisten, como hemos visto, en el *estudio total y completo de la Humanidad en una época, a través de sus restos*. Para el arqueólogo todos los útiles y todas las condiciones de vida de este hombre interesan por un igual. Entre ellos, naturalmente, se estudian las bellas obras de arte formando parte de un conjunto donde hay otros múltiples elementos distintos en calidad estética. La Arqueología ha dejado de ser la Ciencia que se ocupa de llenar vitrinas de bellos objetos para preocuparse del *porqué* de las antiguas civilizaciones y culturas. Con ellos vemos que son dos campos muy distintos el de

la Arqueología y el de la Historia del Arte, que tienen, evidentemente, unos puntos de contacto muy fuertes, pero en todo caso la Arqueología incluye en sí a la Historia del Arte, pues en la teoría de las formas existen muy ricas y aprovechables precisiones estilísticas para el arqueólogo.

Precisamente una de las conquistas más importantes de la última postguerra europea ha sido la aparición, en gran escala, de una investigación arqueológica medieval. Con ello se afianza la Arqueología medieval con los mismos métodos que la clásica y la prehistórica, tanto si se trata de excavaciones como de estudio de monumentos, donde los criterios no sólo artísticos, sino fundamentalmente arqueológicos tienen una prevalencia sobre los artísticos e históricos. El gran auge de la Arqueología carolingia, o de los pueblos germánicos y de las formas prerrománicas actuales, se debe precisamente a la distinción de Arqueología e Historia de arte en esta Alta Edad Media, usando los investigadores de métodos y propósitos puramente arqueológicos.

G: LOS LÍMITES DE LA ARQUEOLOGÍA.

Con nuestra exposición anterior hemos llegado insensiblemente a plantearnos los problemas de limitar en el tiempo el campo de estudio y de investigación de la Arqueología. No el campo inicial o superior, pues éste ha quedado señalado por sí mismo en la exposición de lo que era la Arqueología prehistórica. Se trata de saber hasta donde llega la Arqueología. Señalamos de nuevo, aquí, el estudio del profesor Beltrán: *Límites cronológicos de la Arqueología* que suscribimos enteramente aunque con una pequeña variación como medievalistas que somos, haciendo llegar la *Arqueología-Ciencia* hasta el año 1000, más o menos; es decir, incluyéndole todo el Alto Medioevo, con límites distintos, naturalmente, en los diversos países de Europa. Por lo demás, la posición del profesor Beltrán es muy justa y muy moderna. Fundamentalmente, la Arqueología estudia las etapas sin Historia escrita o con textos insuficientes, lo cual quiere decir toda la Prehistoria, edad grecorromana y pueblos germánicos medievales. Con ello reducimos el límite de nuestra Arqueología española hasta el año 711. De esta manera, teorizamos algo que está en el ambiente y que se aplica en Museos Arqueológicos (Barcelona p. e.) frente a Museos de Bellas Artes, que se inician con las colec-

ciones prerrománicas y medievales. En los distintos países este límite es distinto. En el Norte de Europa hay que llegar hasta el final de la época vikinga, cuando en España sus huestes son rechazadas por Abderraman III o por el obispo Gelmírez, o cuando termina la vida en Ampurias. En Italia existe una pugna tremenda en el estudio de los restos bizantinos que se disputan arqueólogos e historiadores del arte. En Francia, por ejemplo, según el espíritu del Museo de Saint Germain, la Arqueología termina con los merovingios, aunque en la *Revue Archéologique*, de tan larga y gloriosa tradición, persiste el concepto antiguo publicando todavía elementos medievales, como los estudios de Stern sobre los calendarios medievales de tradición carolingia y bizantina.

Idea muy parecida ha prevalecido en España, desde las *Cartas Arqueológicas* hasta las revistas *Ampurias* o *Archivo Español de Arqueología*, traducción de la estructura del *Consejo Superior de Investigaciones Científicas*, con la curiosa y paradójica idea de considerar Arqueología los bronceos visigodos (como sucede en Alemania) y crear los historiadores del Arte patrimonio propio las artes mayores de la misma época. Entre nosotros también persiste la idea más amplia de hacer llegar la Arqueología hasta la Edad Moderna; por ejemplo, en la estructura del gran Museo Arqueológico Nacional de Madrid y en los pequeños Museos Arqueológicos Provinciales, un poco a la manera del Louvre o del Museo Británico de Londres y de la revista *Archaeologia*. Pero a pesar de todo, la idea universal hasta la última guerra ha sido considerar los monumentos y la época del prerrománico dentro ya de los dominios de la Historia del Arte, y por tanto, dar fechas cronológicamente diversas para los distintos países, pero culturalmente respondiendo a un mismo hecho: la introducción de los germanos y la primera estructuración política europea.

Esta limitación de la Arqueología ha venido modificada y alargada por la presencia de una *Arqueología de Alta Edad Media*, como hemos dicho, fomentada por las grandes destrucciones que ha causado la guerra y que ha permitido, antes de emprender las restauraciones, el estudio sistemático y arqueológico de los restos anteriores a lo destruido. No queremos señalar más, por ejemplo, que la sucesión constructiva debajo de la catedral gótica de Colonia, estudiada por Doppelfeld y por Fremersdorf, o las series de plantas evolucionadas de las edificaciones religiosas de Tréveris estudiadas y excavadas por el Rdo. Kempf, entre otras

muchísimas en toda Europa. Ello ha visto nacer una *Arqueología altomedieval* que hay que incorporar decididamente a la Arqueología general y que ha podido rectificar, como ya hemos dicho, puntos de vista tan inmovibles como los del *Primer arte románico* de Puig y Cadafalch, basados principalmente en datos históricos y estéticos.

Aparte de este hecho, es interesante la observación de Beltrán sobre la presencia de esta materia en los planes de estudios universitarios españoles. Pues mientras en especialidad aparece una Historia del Arte Medieval, no se halla una Historia del Arte Antiguo, considerándose incluido éste en la Arqueología, lo cual es, de hecho, la determinación —al menos pedagógica y oficial,— de un límite a la Arqueología.

“Hablemos, pues, de señalar un cometido específico de la Arqueología en cuanto Ciencia y la posible utilización de su método propio en campos distintos del suyo específico”. Con ello Beltrán señala la existencia de una Arqueología-ciencia y otra Arqueología-técnica, idea que nosotros mismos defendimos hace tiempo. En la primera de las acepciones es el arqueólogo el que hace Historia; en la segunda, es el historiador que hace Arqueología o hacen Historia, conjuntamente, historiador y arqueólogo. En este uso de la técnica arqueológica, Beltrán —con sugerencias de Camps Cazorla— da una serie de ejemplos muy claros, desde la restitución de un monumento, o el estudio de Medina Azahara, o la esencia del arte granadino. Nosotros hemos utilizado ampliamente este método arqueológico en el estudio de los bordados catalanes románicos, en especial el Génesis de Gerona (*Cahiers Archéologiques. Fin de l'Antiquité, etc.* VIII-IX. París, 1956-1957) y Llubiá y Almagro han usado de excavaciones estratigráficas con método puramente arqueológico en el estudio de los testares de los alfareros de la Edad Moderna de la región de Muel y de Teruel, dándonos maravillosos resultados de esta faceta de la Arqueología moderna.

En realidad, pues, podemos aceptar perfectamente como campo de la Arqueología toda la Antigüedad y una parte de la Edad Media que nosotros, siguiendo las más modernas tendencias de la última postguerra, creemos deben llenar todo el primer milenio hasta la aparición de los elementos que darán forma y estructura al Arte románico. Aunque esta prolongación desde el 711 al 1000, que se realiza actualmente, se deba quizá sólo a la aparición de arqueólogos que aplican métodos distintos de los de la Historia del Arte para este primer Medioevo, posiblemente debamos extender, todavía más

hacia las edades modernas esta Arqueología, si los arqueólogos se dedican a estudiar objetos y técnicas de la Baja Edad Media, lo cual llevará consigo una concepción y conocimiento seguramente distinto de estos siglos del que poseemos y valoramos actualmente.

H: ¿UNA ARQUEOLOGÍA O VARIAS ARQUEOLOGÍAS?

La multiplicación y extensión de las investigaciones arqueológicas han llevado consigo una fragmentación lógica de esta gran Ciencia y disciplina que es la Arqueología, de la misma manera que la especialización ha creado ramas muy diferentes de la Química o de la Medicina. Georges Daux en *Les étapes de l'Archéologie* (París, 1948, pág. 47) defiende una definición que nos parece absolutamente extremista. *Hay tantas Arqueologías como civilizaciones. Es al concepto de civilización al que mejor concuerda el de Arqueología.* En este aspecto existiría una Arqueología prehistórica; Arqueología clásica; dividida naturalmente en Arqueología griega y Arqueología latina o romana. La griega podría fragmentarse en Arqueología egea y cretomicénica, helenística, etc. Otra Arqueología egipcia; una Arqueología del Próximo Oriente, con subdivisiones en hitita, mesopotámica, bíblica, etc. Arqueología india. Otra Arqueología chipriota. Una Arqueología etrusca, romana, bizantina, musulmana, medieval, etcétera. Y, si se nos permite, una Arqueología moderna. Esta fragmentación podría hacerse de otra forma, con una base geográfica, y no cultural.

Esta división es real, existe. No hay ninguna duda que, incluso desde un punto de vista metódico, existen diferencias entre los procedimientos de estudio de una Arqueología medieval o la del Paleolítico, pero hay que tener en cuenta que, fundamentalmente, todas estas etapas *se estudian con una misma idea y con unos mismos principios y métodos generales*, distintos de todas las demás Ciencias humanísticas históricas. Por ello, se trata simple y exclusivamente de ETAPAS de la Arqueología, de fases o de partes de una misma y única Ciencia, como es única la Medicina, a pesar de todas sus variadísimas y divergentes especialidades.

En realidad, una única rama de la Arqueología que tiene juventud y que está vinculada a las disciplinas naturalistas, que es la Prehistoria, puede tener carta de individualidad en su desarrollo;

en especial en lo que los franceses entienden por Prehistoria, es decir, en el Paleolítico y Neolítico, pues, ya en la Edad de los metales, los vínculos con etapas históricas son tan fuertes que no hay posibilidad de desgajarla del árbol frondoso de la Arqueología General.

CONCLUSIONES

Después de esta larga exposición de tantos y tan diversos puntos de vista, es lícito llegar a una definición de Arqueología y a sentar el concepto que de esta Ciencia tenemos hoy. Hemos visto cómo ha pasado de ser una curiosidad y se ha convertido en un trabajo erudito en busca de explicaciones muy diversas de la vida de la Antigüedad por obra de los "anticuarios" y cómo desde Winckelmann toma un cariz estrictamente estilístico y esteticista. La Prehistoria cambia el sentido de toda la Arqueología al incorporarle sus propios propósitos en las etapas anteriores a la existencia de las escrituras. Con todo ello la Arqueología se convierte en una *Ciencia que con unos métodos propios, muy diversos, desde los experimentales a los históricos, se ocupa de resucitar el pasado de los pueblos mediante el estudio de sus restos materiales, ya sean manufacturados, como propiamente somáticos*. Con estos elementos el arqueólogo elabora sus conclusiones históricas y entonces hace propiamente Historia; o simplemente, los ordena como fuente que podrá utilizar el historiador en sus síntesis. Este doble fin de la Arqueología depende, no sólo de la formación del propio investigador, sino también de la naturaleza de los restos que analiza que, muchas veces, no le permiten otros resultados que una clasificación y concatenación cronológica sin más posibilidades de resultados históricos, con lo que su obra se convierte en un dato para el historiador.

Esta investigación se realiza, principalmente, en aquellas etapas en las cuales no existen otras fuentes de estudio histórico que los restos materiales dejados por el hombre. Son fases exclusivas del arqueólogo, donde éste se convierte en auténtico historiador. Cuando existen ya otras fuentes escritas a que acudir, —en las etapas de Grecia y de Roma, o en el Medioevo—, el arqueólogo aporta datos muy importantes a la síntesis histórica al valorar, con métodos distintos, fuentes también diferentes a las del historiador. Aquí el arqueólogo y el historiador están en cierta dependencia debida,

exclusivamente, a lo cuantitativo de los elementos que proporcionan a la Síntesis histórica. Cuando el predominio es del arqueólogo, éste hará Historia ayudado por los datos escritos; si el predominio es contrario, la técnica arqueológica proporcionará elementos al historiador, y entonces la Arqueología habrá sido, no una Ciencia auxiliar sino complementaria de la Historia. Mientras que en el caso de las épocas más antiguas la Arqueología es la misma Historia.

II

LOS MÉTODOS DE LA CIENCIA ARQUEOLÓGICA

Cada vez son más complejos los métodos de investigación arqueológica y la depuración de las técnicas de las cuales se sirven éstos. No siempre es fácil distinguir entre un método y una técnica, cuando ambos conceptos son, si no iguales, muy afines. La bibliografía especializada, concretísima, sobre ellos es hoy muy abundante. Ello responde, también, a una actitud rigorista, reacción frente a una tendencia un poco literaria, frecuente en las primeras investigaciones arqueológicas.

Existen obras técnicas numerosas. De todas ellas hacemos referencia en su lugar, convirtiendo las noticias sobre las distintas técnicas en simples datos que podrán amoliarse en los libros citados.

Podemos agrupar los distintos Métodos, si seguimos su orden de aparición en: 1) Método histórico-arqueológico. 2) Tipológico o cronológicamente arqueológico. 3) Geológico-estratigráfico. 4) Etnográfico. 5) Geográfico-cartográfico. 6) Estadístico-matemático. Todos estos métodos están servidos por unas técnicas y por un proceso de investigación cuyo ciclo se inicia con la prospección arqueológica en busca de yacimientos, —lo mismo si se trata de cuevas prehistóricas, por ejemplo, o de ciudades y establecimientos clásicos— continúa la excavación, conservación, restauración de materiales, catalogación, descripción y estudio, terminando en la consiguiente publicación de los mismos.

Si queremos seguir un riguroso orden de aparición de estos métodos en la investigación arqueológica puede presentarse la duda de la primacía del método estratigráfico, procedente del campo de la Geología y propio muy especialmente de la Arqueología prehistórica,

y el método tipológico hasta hace poco usado casi con exclusividad en la Arqueología clásica y ampliamente desarrollado en la prehistórica. En esta primera etapa de la Arqueología prehistórica tiene este método tipológico posterioridad cronológica al método estratigráfico, con el cual podemos afirmar nació la Prehistoria. En ciertos momentos de iniciación de la Arqueología clásica de los pueblos con Historia escrita, se usó un método mixto con la propia Historia basada en los textos escritos. Podríamos llamar este método *histórico-arqueológico* y cuya eficiencia es todavía hoy muy importante, siempre que sus resultados sean controlados por las técnicas menos humanistas y más propiamente arqueológicas, ya sean estratigráficas o tipológicas.

1. Método histórico-arqueológico.

Fue el primero que ayudó al arqueólogo a realizar la clasificación de sus hallazgos y los restos materiales que proporcionan las excavaciones arqueológicas sistemáticas, o bien de los objetos guardados desde antiguo y reunidos a partir del Renacimiento, —como hemos señalado— formando parte de Colecciones y de Galerías.

Desde Winckelmann y el grupo de arqueólogos que inician el estudio de los restos de la Antigüedad desde un punto de vista personal, aunque dentro de las normas de la Historia del Arte, el método histórico ha sido el principal apoyo de la evolución de la ciencia arqueológica.

Se buscaba la base histórica, a ser posible dentro de una fuente escrita, para cimentar las teorías que debían llevar al estudio de la escultura o de la lápida o de un grupo de construcciones arquitectónicas. Esta forma de trabajo dio origen a los maravillosos descubrimientos que realizó Schliemann, en Troya y en los centros preclásicos de Micenas y de Tirinto. La busca de los restos materiales de una civilización de la cual creía o imaginaba tener datos históricos en los relatos homéricos y en los escritores de la Antigüedad.

Otro ejemplo son los textos de los "periegetas" o de los historiadores, como Plinio, tomados como base para el estudio de la escultura griega o de los templos y, por tanto, de la arquitectura de Grecia. Precisamente una de las consecuencias de este método fue incluir entre las obras griegas una serie de copias romanas o de obras de Roma más o menos inspiradas en originales griegos. Fue necesario una valoración histórica y social, en gran parte por medio

de métodos más propiamente arqueológicos, en especial el tipológico, para separar las copias romanas y para llegar a reconocer la potente personalidad del arte romano, personalidad que en un principio se le había negado.

Lo mismo sucedió en la investigación de los "tells" del Asia Anterior, donde los primeros investigadores no pudieron olvidar los relatos bíblicos o las grandes historias de persas y egipcios, bajo cuya prisma y con ayuda de tales textos realizaban las investigaciones en el campo de la Arqueología.

Es muy interesante ver cómo hoy han evolucionado estos Métodos y cómo independientemente se elabora la Historia, con *fuentes arqueológicas* o con *fuentes escritas*. Son dos facetas de una misma Historia, como hemos demostrado antes, que se prestan amplios y potentes apoyos en sus resultados, pero hoy nunca llegan a influirse mutuamente lo suficiente para mantenerse este primitivo Método arqueológico de raíz histórica.

En muy contados casos este método ha tenido resultados que resistan la crítica más exigente. La historia de los campamentos del Limes germánico ha servido para fechar los campamentos y sus hallazgos, entre los cuales las cerámicas finas romanas, la terra sigillata, ha encontrado una datación muy precisa. Es decir, un elemento arqueológico ha tenido explicación y ubicación en el tiempo gracias a la Historia escrita. Este es uno de los ejemplos más útiles para explicarnos este método histórico de la Arqueología. La contrapartida está en que esta misma sigillata, usada como elemento arqueológico genuino y con métodos propios de esta ciencia —el estratigráfico—, puede dar y proporcionar interpretaciones históricas a la evolución de una ciudad romana; como estamos viendo, por ejemplo, en estos precisos instantes, en la colonia romana de Ampurias fundada por César, cuya evolución urbana y social puede seguirse con bastante claridad precisamente a base de los datos de la sigillata y de otras cerámicas. O el caso de la ciudad y del teatro de Albintimilium donde las cerámicas halladas estratigráficamente han sido el fundamento del conocimiento y fecha de la ciudad (Lamboglia: *Gli Scavi di Albintimilium e la cronologia della cerámica romana*, Bordighera, 1950).

Creemos suficientemente explicado este método *histórico-arqueológico* y la importancia que ha tenido en los primeros pasos de la Arqueología para la evolución de esta Ciencia. Hoy día ha

pasado a un honroso segundo término; sólo tiene vigencia en casos muy concretos, semejantes al de la terra sigillata citado, y con tal fin, mezclado a métodos tipológicos propiamente arqueológicos, los vemos aplicados por el profesor Lamboglia en el estudio muy reciente de la cerámica campaniense (Lamboglia, *Per una classificazione preliminare della cerámica campana*, Bordighera, 1952). También sería de utilidad inestimable, y es uno de los trabajos que todavía están esperando en España la labor de un arqueólogo, el conocimiento y excavación de los campamentos romanos de la Península —para los cuales tenemos fechas históricas precisas debidas, en especial, a Tito Livio— a fin de conocer, y estudiar después con métodos propiamente arqueológicos los hallazgos de cerámica. Quizá estas excavaciones sistemáticas darían por resultado un conocimiento más preciso y justo de las cerámicas campanienses que ha iniciado Lamboglia. Pero, en otros casos, el método histórico-arqueológico ha perdido su primacía en estos últimos años.

2. Método tipológico.

Propiamente arqueológico, es el más genuino y el que más directamente acude en ayuda del arqueólogo. El hallazgo de un objeto comporta, inmediatamente, la comparación con otro conocido. De esta comparación nace en seguida la interpretación y la colocación cronológica del mismo, en posición de anterioridad, contemporaneidad o posterioridad al objeto comparado. La comparación de gran número de objetos semejantes, ya sean edificios u objetos de pequeño tamaño, predispone inmediatamente a la formación de series, donde se colocan próximos los objetos más afines. De aquí al evolucionismo tipológico hay un paso.

Este método, pues, eminentemente evolucionista, con espíritu muy propio del siglo XIX, ha dado resultados excelentes y ha proporcionado serios avances a la Ciencia arqueológica; pero ha tenido, y tiene, errores fundamentales que le han causado cierto descrédito y, sobre todo, la necesidad de la comprobación de sus resultados mediante procedimientos que, en el campo de la *Arqueología prehistórica*, podemos buscar en la estratigrafía y en el campo de la *Arqueología histórica* —tanto si se trata de la Edad antigua como de los tiempos medievales— hay que buscar en los datos históricos.

El método arqueológico de tipologías, ha estado muy en boga en los estudios de la Prehistoria desde los principios de esta Ciencia,

aunque, como veremos inmediatamente, esta Arqueología prehistórica nació de la mano de la Geología y los primeros métodos usados por Boucher de Perthes y Lartet fueron eminentemente geológico-estratigráficos. Pero desde Montelius hasta Reinecke, pasando por Sophus Müller y por Kossinna, —para citar los más sabios representantes de esta investigación prehistórica—, la base fundamental de sus estudios fue el método tipológico que les llevó a elaborar obras de una importancia capital, insustituibles, pero también llenas de errores y fácilmente inclinables hacia un racismo nacionalista a lo Gobineau o a lo Chauvin.

Al nacer la Arqueología prehistórica como disciplina humanística, la Ciencia alemana y anglosajona se lanzó con gran entusiasmo a su cultivo. Hasta entonces los historiadores germánicos, desde Mommsen a los pensadores como Goethe, vivían bajo el espejismo de la superioridad de Grecia y Roma. La Prehistoria, con su método stratigráfico y después con la formación de series tipológicas, les dio facilidades para descubrir un pasado histórico mucho más amplio y antiguo que el de Grecia y Roma. El espíritu germánico, metódico y tenaz, menos dado a elucubraciones esteticistas que los pueblos mediterráneos, halló un campo maravilloso en la Arqueología prehistórica que no ha sido tan ampliamente cultivada en los pueblos mediterráneos clásicos, posiblemente debido a la gran fuerza de las culturas grecolatinas. Por ello nacieron las Prehistorias nacionales germánicas que llevaron a los errores tan conocidos de Kossinna, por ejemplo y, en cierta manera, al descrédito del método tipológico entre los científicos actuales. Esto no significa que este método deba rechazarse, muy al contrario. Pero, como ha señalado el profesor Péquart (*Difficultés de présenter la destination d'un util préhistorique ou moderne d'après sa morphologie*. Bol. de la Société des Sc. de Nancy, 1938) hay que tener en cuenta una serie muy importante de hechos, entre ellos: la supervivencia de tipos arqueológicos, las convergencias tipológicas, la repetición de formas en épocas distintas; los fenómenos de arcaísmos; etc., etc. Por todo ello, los resultados obtenidos por el más genuino de los métodos de la Arqueología debe ser controlado por otros métodos, ya sea el histórico o, especialmente, el stratigráfico propio sobre todo de la Arqueología prehistórica.

3. Método geológico-estratigráfico.

Fundamentalmente se basa en la posición de los objetos y las construcciones en relación a ellos, formando estratos a la manera geológica. Boucher de Perthes, Lartet o Lyell identificaron los restos de industria humana en estratos geológicos con acompañamiento de fauna fósil. Esta posición llevó a Lartet a señalar y dividir las fases de la Prehistoria en tres edades: Edad del hipopótamo; Edad del oso y del mamut; y Edad del reno. La posición de los útiles humanos en capas superpuestas daba una cronología relativa.

El definidor de este método fue Bouleer en su *Essai de Paléontologie stratigraphique de l'homme*. (Rev. d'Anthropologie. 1888-1889), pero ya el método existía desde Boucher de Perthes. La vigencia absoluta, y casi única, en el campo de las etapas más primitivas de la Arqueología prehistórica, es completa. Como tal lo ha definido el profesor francés Vaufreycy (*La Géologie et la Préhistoire. Leçon d'ouverture du Cours de Géologie et de Paléontologie du Quaternaire*. 16 nov. 1930. Rev. Anthropol. XL. 1930, pág. 401).

En realidad, en sus inicios este método fue paleontológico, como lo demuestran los nombres de las etapas de la Arqueología del Paleolítico dadas por Lartet, pero su fundamento es íntegramente geológico y stratigráfico.

Se fundamenta en que, en una formación stratigráfica, los objetos de las capas más profundas son anteriores a aquéllos de capas superpuestas; de tal manera que de tres capas la más antigua es la inferior, la siguiente es la intermedia y la más moderna es la superior. Naturalmente, hay que saber observar cómo se han formado estas capas y si se hallan intactas y en situación originaria, viendo las modificaciones de posición, o movimientos que han sufrido desde el momento de formarse.

Este método es propiamente geológico para las culturas cuaternarias. En esta etapa pueden estudiarse los objetos hallados, de industria humana, por la composición geológica del estrato. Pero en la Arqueología más reciente, tanto del Próximo Oriente como del Mundo Clásico, ha perdurado la observación de las capas formadas en un yacimiento y la excavación de ellas con método geológico.

Este método ha tenido un auge extraordinario en la Arqueología prehistórica y protohistórica de Europa y de Asia y Africa, pero hasta hace muy pocos años no había penetrado en la Arqueología clásica y, mucho menos, en la Arqueología de la Edad Media. La

atracción de la excavación de una ciudad, o de una casa clásica, o de los restos de una iglesia y de una necrópolis medieval, por ejemplo, era el descubrimiento de muros y el hallazgo de objetos, prescindiendo de la posición de los mismos en su complejo evolutivo que sólo puede proporcionar una excavación estratigráfica. Así, podemos decir que casi la totalidad de las excavaciones del Foro de Roma se han hecho sin tener en cuenta la posibilidad de analizar las capas estratigráficas que han quedado en las sucesivas modificaciones urbanísticas de aquel conjunto. Ha sido muy recientemente cuando se han iniciado algunos ensayos de estratigrafía en el Foro. (Gjerstad, *Early Rom*, vol. I: *Stratigraphical Research in the Forum and along the Via Sacra*, Acta Instituti Romani Regni Sueciae, serie en 4.º, vol. XVII, 1. Lund, 1953) o en la ciudad de Ostia Antica, cuyas superposiciones están destinadas a resolver importantes problemas sobre el "habitat" antiguo prerromano, incluso. Sólo para citar un ejemplo importante.

En el arco mediterráneo del golfo de León, los métodos estratigráficos han tenido, desde hace unos años, una extensa aplicación en las excavaciones de Ampurias, de Ensérune y de Albintimilium.

En Ampurias el conocimiento de las superposiciones de la Neápolis griega, o de las construcciones de las casas romanas de la colonia cesárea, así como la manera de formarse un amplio cono de detritus fuera de la muralla de aquella colonia, han proporcionado al profesor Almagro datos de interés excepcional para el conocimiento de la historia de la ciudad y de la propia evolución de los objetos arqueológicos, que son siempre maravillosos fósiles directores para otros hallazgos donde una estratigrafía no se haya formado.

En Albintimilium el profesor Lamboglia ha realizado un interesante estudio de las cerámicas romanas a base de repetidas y comprobadas superposiciones estratigráficas de estos materiales en la ciudad; lo cual, además, le ha llevado a fechar con gran exactitud el teatro romano, hasta el momento datado, sólo, por aproximaciones tipológicas de aparejos o plantas, muchas veces faltas de todo fundamento científico.

La aplicación de estos principios de estudio de un yacimiento arqueológico usando técnicas propias de excavación —que analizaremos en seguida— tiene un amplio campo de posibilidades para la Arqueología medieval e incluso moderna. No queremos hablar, por ejemplo, de las superposiciones de frescos o de mosaicos, como se observa en ciertas construcciones; así sucede en la cúpula del antiguo mausoleo de Galerio en Salónica, convertido en iglesia de San Jorge

desde tiempos anteriores a Justiniano —como ha demostrado L'Orange— y estudiado Dyggve en *Fouilles et recherches en 1939-1952 à Thessaloniki*. Comunicación al II Congreso Internacional de Estudios Clásicos (Copenhague, 1954); ni tampoco citar otros casos donde es fácilmente comprensible la necesidad de estudiar por capas estas superposiciones, siempre en relación con las construcciones o modificaciones estructurales.

Tampoco queremos mencionar la necesidad de estudiar estratigráficamente las necrópolis germánicas, como hemos visto en uno de nuestros Congresos arqueológicos —en Madrona— donde aparece una mezcla de sepulturas de épocas diversas, pero con una posible estratigrafía hasta tiempos mozárabes.

Nuestro interés se centra en señalar la importancia de este método demostrada por los estudios de cerámicas populares españolas, emprendidos por un grupo de especialistas cuyas publicaciones, bajo el título de C. E. R. A. M. I. C. A., han visto aparecer su primer volumen debido a la pluma de Almagro y de Llubí. La excavación estratigráfica de los testares de las fábricas de Muel ha dado importantísimos datos para el conocimiento de estos alfares y de sus manufacturas, muchos de ellos muy mal conocidos.

4. Método etnográfico.

Ya hemos señalado las afinidades y puntos de contacto de esta ciencia con la Arqueología prehistórica, y cómo se han influido mutuamente en su común desarrollo y madurez. En este campo de la Arqueología, la prehistórica, podemos usar también del método etnológico. La discusión de su valor y utilidad ha sido ampliamente expuesta en la obra de Koppers (*Der Urmensch und sein Weltbild*; Viena, 1952).

El fundamento de este método es comparativo. Se trata de comparar un mismo tipo de utensilios o un conjunto de ellos (lo único que tenemos del hombre prehistórico), con los usados por los primitivos actuales y, a base de ellos, atribuir al hombre antiguo el mismo estado social y cultural del que disfruta el primitivo actual. Este procedimiento de investigación ha dado como resultado obras de gran importancia, desde la antigua de Sollas que compara a los tasmanios y los paleolíticos (*Ancient Hunters and their modern representatives*, Londres, 1911), hasta las obras modernas de Kurt Linder (*Die Jagd der Vorzeit*, Berlín, 1937), o de O. Menghin

(*Weltgeschichte der Steinzeit*, Viena, 1940). Pero, como demuestra Koppers, este método es muy peligroso pues no podemos atribuir unas leyes fijas a la evolución de hombres y razas tan distintos, somática e incluso ambientalmente. Todo lo que sobre estos métodos pueda construirse en el campo de la Arqueología prehistórica es susceptible de derrumbamiento, es un edificio sin cimientos, dice Koppers.

5. Método geográfico-cartográfico.

Sin que constituya un procedimiento individualizado y que pueda utilizarse desde un punto de vista separado de las fórmulas hasta ahora citadas, no debemos dejar de señalar la capital importancia de la Geografía y del método cartográfico en el estudio arqueológico. Para la Arqueología prehistórica tiene un gran valor el factor geográfico en un doble aspecto: el constante o permanente, ambiental, y los caminos de relación entre zonas diversas. También hay que tener en cuenta la llamada Paleogeografía que determina y explica en épocas determinadas terrenos idóneos para culturas semejantes. A esta Ciencia hay que añadir la Climatología cuyos resultados se valoran todavía poco en el desarrollo de la actividad humana durante la Prehistoria y que explica movimientos, migraciones y contactos de grupos humanos antes separados por amplias zonas geográficas.

Ya hemos visto la trascendencia que tiene para el arqueólogo la cronología. Algunos investigadores conceden igual a la Geografía, de manera que se ha podido afirmar que "la cronología y la geografía son los ojos de la Historia", como dijo Herodoto.

Para la arqueología romana o medieval la geografía plasmada en resultados cartográficos es de una capital ayuda para la comprensión de fenómenos de dispersión, contactos o caminos entre culturas o grupos humanos enteramente separados por el espacio. No queremos aducir ejemplos que son múltiples, pero después de los trabajos de Werner o de Eggers sobre los caminos centroeuropeos desde el Mediterráneo, conocemos perfectamente las influencias directas coptas hasta el reino merovingio, como nos ha demostrado Holmquist, pongamos por caso.

También Hubert ha dado gran importancia a la cartografía en sus estudios de Arqueología altomedieval —en especial carolingia— de Francia. Pocos fenómenos pueden explicarse con tanta claridad como las destrucciones normandas de las iglesias francesas si tenemos

en cuenta las vías fluviales navegables que constituyen un cuadro perfecto de comprensión del arte de la más antigua Edad Media en la nación vecina.

Los ejemplos son múltiples para afirmarnos en la aserción de que la Geografía cartográfica y la Climatología son elementos que debe tener en cuenta de una manera constante el arqueólogo, pudiéndose hablar, incluso, de un método geográfico-cartográfico para la Arqueología.

6. Método estadístico-matemático.

Una de las formas más nuevas de investigación arqueológica, en especial la Arqueología prehistórica, se basa en el método matemático de la estadística de cierto tipo de materiales, o de técnicas de talla de sílex, por ejemplo, en comparación con el total de los objetos de una etapa histórica de la humanidad. En este sentido, son notables los resultados obtenidos por los investigadores sudafricanos de Johannesburgo para conocimiento de las inmensas estaciones prehistóricas de la región. Muy recientemente, entre nosotros ha tenido un principio de aplicación este método por parte del profesor Pericot estudiando las distintas técnicas de la talla del sílex en los yacimientos del SE español, en especial de la zona valenciana. No es éste el lugar de señalar los resultados maravillosos obtenidos por dicho profesor, que fueron presentados en un rápido avance en el IV Congreso Nacional de Arqueología (Burgos, octubre 1955), sino tan sólo la necesidad de preparar, incluso dentro de la disciplina matemática compleja que es la Ciencia estadística, a los jóvenes investigadores que quieran dedicarse a estas tareas. De todas formas existen, por el momento, ciertas dificultades en la aplicación de este método en cuanto se refiere a la investigación arqueológica de las primeras etapas de la Prehistoria. Nos referimos concretamente a la necesidad de obtener y acatar una nomenclatura universal y fija, unánimemente aceptada por cuantos trabajan e investigan el Paleolítico, a fin de que las estadísticas sean uniformes y se refieran al mismo tipo de objetos, con lo cual la obtención de amplias series comparativas en ellas será tarea fácil y de una utilidad completa. Con este fin, y a propuesta del propio profesor Pericot en lo que atañe al Paleolítico español, salió del seno del Congreso citado una comisión para proponer y realizar una revisión de nombres de útiles y de técnicas de talla. Para el Paleolítico inferior existe ya una obra en

este sentido, que se debe al profesor francés Bordes, discípulo del investigador Vaufray, ya citado otras veces en este ensayo, que ha dado muy amplias y útiles pautas y fórmulas matemáticas para definir p. e. el Levalloisense (*Principes d'une méthode d'étude des techniques de débitage et de la typologie du Paléolithique Ancien et Moyen*. L'Anthropologie, LIV 1950 L. 2). No sabemos a que nos llevará esta técnica cuya aplicación, decimos, está iniciándose. Es posible, como apuntaba el profesor Pericot en su comunicación citada, que una etapa prehistórica —en aquello que hace referencia a la industria del sílex— pueda definirse y caracterizarse con una simple fórmula matemática.

No es únicamente en la Prehistoria, en el Paleolítico, que puede tener amplio campo de aplicación esta nueva modalidad de método estadístico. En el estudio de las culturas con cerámica, desde el Neolítico hasta las fases históricas romanas o medievales, el predominio de ciertos tiempos cerámicos, la discriminación de si se trata de productos locales o de alfares extranjeros —y, por tanto, importaciones—; la repetición de observaciones en lugares distintos y su coincidencia o diversidad de porcentajes, son datos de la mayor importancia para conocer el desarrollo económico o demográfico de una región o de una zona en una determinada época, y la relación con otros centros de fabricación, lo cual significa naturalmente, un exponente económico para explicarnos la evolución de este devenir humano que es la Historia en sus tiempos más remotos.

Si queremos poner un ejemplo del valor del método estadístico en la romanidad, podemos presentar los resultados que para la historia de la economía del Imperio Romano tiene el conocimiento y la dispersión *cuantitativa* de los productos de terra sigillata desde Arezzo, hasta su suplantación en La Graufesenque y después en Lezoux y los grupos del centro de la Galia.

En el campo de la Arqueología que utiliza datos numismáticos la importancia de los resultados de la estadística es todavía de mayor amplitud. Nada explica mejor ciertos aspectos económicos —que a la vez son reflejo de estabilidad estatal y de bienestar general— que la difusión monetaria y la abundancia de sus productos. Aquí, dos métodos —el cartográfico o geográfico y el estadístico— unidos en sus resultados, han proporcionado datos de un incalculable valor para el conocimiento de la antigüedad. Tendríamos que hablar quizá, aunque no sea éste su lugar, del valor de los

llamados "Hallazgos monetarios", —como simple búsqueda de datos aislados apoyados básicamente en la Geografía—, para explicarnos amplios aspectos de la vida económica de la Antigüedad. La importancia de estos "hallazgos" está demostrada en la atención que se les dedica en España (por el profesor Mateu y Llopis, principalmente, en sus series de *Hallazgos monetarios*) y en el extranjero (P. Naster: *Les trouvailles des monnaies. Importance historique et aspects juridiques*. Verdiers, 1955). Estos trabajos se basan —en esencia— en el método arqueológico de la estadística.

Otros procedimientos de investigación podríamos añadir a los métodos que hemos señalado como más importantes para la Ciencia arqueológica. Métodos que estudiamos de una manera general, sin que ello deba confundirse con las Fuentes de la Arqueología, fuentes que están servidas por una serie muy amplia y compleja de técnicas. De todo ello hablaremos al describir la excavación y todas las técnicas de trabajo que gravitan alrededor de ella.

En realidad, estos seis métodos arqueológicos —que acabamos de enumerar— no se aplican nunca aisladamente y solos. Ninguno de ellos tiene suficiente valor para proporcionarnos resultados seguros y científicamente válidos. La Arqueología dispone de un *único* método que podríamos decir participa de los resultados históricos, de las tipologías, del ambiente geológico o geográfico, de las comparaciones etnográficas y de los resultados estadísticos. De esta manera el método de la Arqueología es Histórico-tipológico-geológico-estratigráfico-geográfico-etnográfico-estadístico. Según las etapas que se investiguen o las circunstancias de los objetos de esta investigación, esta complicada fórmula metódica tiene mayor cantidad de uno de sus elementos formativos que predomina y dirige los restantes, los cuales le dan, a su vez, validez científica absoluta.

Así, podemos decir que, para la Arqueología prehistórica puede predominar el método tipológico afirmado y confirmado por la Geología, la Geografía, la Etnología y ayudado por la Estadística. En cambio, en la Arqueología histórica está la base de la investigación, el cañamazo histórico que conocemos, sobre el cual debemos encajar los hechos u objetos que estudiamos, los cuales han sido clasificados tipológicamente y confirmados, también, por la Estadística y por la Cartografía arqueológica.

Otras ciencias aportan sus métodos especiales a la investigación arqueológica. Para la Arqueología prehistórica debemos contar con

los resultados obtenidos por las Ciencias antropológicas como la Antropología, la Biología, la Geografía humana y también la Filología. Nos interesa fundamentalmente *el Hombre* que está en el inicio de todo hecho y de todo objeto. Por ello, los pocos restos que se poseen de este hombre son estudiados para intentar definir su raza, su grupo sanguíneo, talla, piel, color de los ojos y del cabello, tipo de desarrollo, sus enfermedades, etc. La influencia del ambiente sobre este hombre crea lo que llamamos la Antropología dinámica.

No es éste el lugar de profundizar sobre todo este cúmulo de intereses somáticos y biológicos que pertenecen a la Ciencia arqueológica más pura participando de métodos y conocimientos estrictamente de laboratorio antropológico. Puede acudir con gran provecho, en sus líneas generales, a la obra de Evans-Pritchard: *Social Anthropology. Past and Present Man*, 1950.

También un importante grupo de Ciencias naturales prestan sus métodos y conquistas de investigación a la Arqueología, en especial a la prehistórica. Queremos aquí únicamente citarlas, pues tendremos que hablar más extensamente de las mismas al estudiar las técnicas de la investigación arqueológica. Son, especialmente: la Astronomía, Geología, Paleontología, Paleobotánica, Química, Física, Petrografía. Todas ellas tienen sus métodos y sus técnicas muy especiales y requieren conocimientos distintos y formación universitaria diversa a la del Humanismo literario del Arqueólogo. De aquí la extraordinaria importancia de una estrechísima colaboración que el arqueólogo debe buscar en los científicos con disciplinas naturalistas no literarias.

III

SOBRE LAS FUENTES DE LA CIENCIA ARQUEOLÓGICA

La Arqueología, en todos sus aspectos, desde la prehistórica a la medieval, trabaja exclusivamente con elementos tangibles, productos de la industria humana, ya hayan sido elaborados con fines instrumentales o artísticos. Por ello, la fuente primordial del arqueólogo es el *objeto*, tanto si se trata de una cueva de habitación y sus útiles, como si se estudia un poblado, una casa o una iglesia; interesa por tanto todo cuanto ha salido de las manos del hombre y que forma

parte de su cultura *material*, documento mudo de su espíritu y de su pasar sobre la faz de la Tierra.

La busca de objetos que son, al fin y al cabo, datos históricos, puede realizarse en dos fuentes principales: en primerísimo lugar el suelo, la superficie de la Tierra "inimaginable depósito de archivo riquísimo" según Laet (*L'Archéologie et ses problèmes*, págs. 16 y ss.). Allí acuden geólogos, botánicos, paleontólogos y arqueólogos en busca de datos para el estudio de la historia de la Tierra y del Hombre, con sus complejas técnicas de excavación elaboradas para las distintas disciplinas de manera paciente y racional. Sobre la superficie de la Tierra, el hombre ha ido dejando desde hace medio millón de años sus restos y sus huellas de todas clases, desde habitaciones, industrias, cultivos, etc., y la tierra conserva en su mayor parte todavía las señales de este paso del hombre. Ello exige, como veremos, una sagacidad completa del arqueólogo excavador, que muchas veces no se da en sabios eruditos y figuras de primera magnitud dentro de la investigación arqueológica.

La segunda fuente son los Museos y Colecciones, depósitos de objetos ya exhumados del suelo, huérfanos de toda compañía, pero a su vez testigos humanos de épocas pasadas.

El valor de estos objetos, los procedentes de excavación y los depositados en Colecciones y Museos, es muy distinto, como veremos, y la búsqueda del objeto en el campo es todavía más interesante en resultados positivos desde el punto de vista arqueológico que el estudio de los hallados de antiguo.

Son muy distintos los objetos para el arqueólogo prehistoriador que para el investigador de la Arqueología medieval o moderna, pero para ambos es fundamental la *busca* de estos restos humanos, y su estudio. También hemos visto cuan distintos son los métodos de ambos especialistas, y cuanto interés tiene el usar de métodos y técnicas hasta ahora consideradas exclusivas de la Arqueología prehistórica, para el estudio del Medioevo, en especial los procedimientos de excavación estratigráfica.

Existe toda una técnica y fuente arqueológica que es la busca y exhumación de los restos antiguos, por medio de la prospección arqueológica y la consiguiente excavación, necesidades técnicas que no existen cuando se trata de estudiar objetos depositados en Museos o monumentos todavía en pie, aunque víctimas de las inclemencias del tiempo y de los hombres. A pesar de ello todos estos objetos han sido hallados en algún momento y, aunque no se conozcan las circuns-

tancias de su aparición, es siempre fundamental —mientras sea posible— intentar restituir el ambiente arqueológico que les acompañaba mediante excavación y exhumación de objetos que por sus diversas condiciones pueden hallarse en un ambiente parecido.

La *prospección* y la *excavación* quedan, por tanto, como dos fuentes de primerísimo orden para los estudios arqueológicos.

1. La prospección arqueológica moderna.

La forma más empírica de prospección arqueológica es aquella que se realiza de la mano del excursionismo científico. Es la busca de yacimientos visitando campos, colinas, cuevas, valles, costas o playas, fotografiando monumentos, investigando los añadidos modernos a construcciones antiguas, etc. Este trabajo, realizado de esta manera primaria, con la sola ayuda de la cámara fotográfica y de la primera recolección de materiales de superficie, sin llegarse nunca a los sondeos o calicatas de pruebas, debe ir acompañado a la fuerza de una constante preocupación cartográfica que explique la situación de los posibles yacimientos, que serán definitivamente identificados y en su caso excavados, respondiendo a un metódico plan de estudio, de una determinada época de la Antigüedad en una zona geográfica concreta anteriormente conocida.

Esta prospección empírica se basa en las condiciones del terreno y en los agentes naturales o artificiales que han permitido la aparición en superficie de restos industriales de habitación, necrópolis o caminos. En el primer caso: la erosión marítima (Cromer en Norfolk o Clacton en Essex), las mareas, el desecamiento lacustre, que descubrió los primeros restos de la cultura palafítica en el lago de Zurich en 1883. El prospector vigila toda actividad humana sobre la superficie del campo que pueda ofrecer el hallazgo de restos antiguos, como: el excavar trincheras para construcciones, conducciones de agua, las propias trincheras militares (el caso de los campos de aviación de la última guerra en Inglaterra) o los canales de Gante (donde se halló la famosa tumba de Port Arthur). El dragado de los ríos puede también proporcionar sorpresas extraordinarias, como el hallazgo del depósito de la ría de Huelva, etc.

Es decir, esta prospección por métodos directos y empíricos, exige una constante preocupación y atención en vigilar los cambios de cultivos —caso de los hallazgos en las raíces de los almendros de Mallorca—, el paso del bosque a cultivos intensos, la construcción

urbana, etc., con un conocimiento que podríamos llamar topográfico de los lugares que los hombres de las diversas culturas podían utilizar, ya sea para residir, o bien para enterrarse.

Muchas son las indicaciones que el mismo terreno proporciona para el reconocimiento de las estaciones: el posible desnivel; las diferencias de humedad en los cultivos cuando estos se asientan sobre restos arqueológicos que modifican la permeabilidad del suelo; muchas veces la misma parcelación del terreno responde a la existencia de restos arqueológicos. De aquí que antes de toda prospección sistemática hay que estudiar detenidamente los planos y mapas topográficos de las zonas y además, a ser posible, los planos catastrales de ellas; y también tener pleno conocimiento de los lugares idóneos para establecerse según la función de este asentamiento: las riberas fluviales, los altozanos bien defendidos —Vinca en el Danubio, por ejemplo, o Numancia y Clunia en la Meseta castellana—.

La toponimia popular con sus nomenclaturas alusivas a construcciones —en nuestro país todo aquello que se refiere a los moros— puede proporcionar datos de verdadero interés como fuentes de investigación y prospección arqueológica. A ellos hay que unir datos de folklore y de tradiciones fabulosas de ladrones o de seres imaginarios. Cuántas veces los dólmenes de nuestro Pirineo llevan nombres de ladrones o de refugio de seres irreales, y cuántas vemos aparecer al diablo como autor de puentes antiguos, de menhires, etc.

Mucho más fácil es el reconocimiento de restos arqueológicos cuando emergen edificaciones en superficie, o cuando pueden recogerse abundantes restos cerámicos. Los resultados de la prospección de estos recolectores de cerámica son muy importantes. Para nuestras regiones levantinas, el mapa demográfico de la densidad de población en tiempos iberorromanos puede hallarse, precisamente, a base de este sencillo dato de prospección; o bien, ejemplo de gran interés internacional es la identificación de setenta y cinco sitios en Transjordania descubiertos por la Misión Arqueológica Americana de Jerusalén (Daux, pág. 81).

Esta prospección realizada universalmente cuenta hoy con modernísimos elementos de técnica mecánica o física que nos ofrecen a veces una visión mucho más amplia y completa de las series de yacimientos, llegándonos a dar los mapas de ciertas zonas y culturas con una rapidez desacostumbrada y con una seguridad y precisión muchas veces inasequible en la simple prospección a pie.

a) *La prospección aérea. La fotografía aérea.*

Una conquista que se debe a las dos últimas guerras mundiales ha sido la fotografía aérea. Sus múltiples aplicaciones en todos los órdenes son bien notorias, desde el conocimiento de elementos estrictamente militares, hasta la formación de los grandes mapas catastrales de las distintas regiones de la Tierra, la aplicación de la fotografía aérea es hoy muy importante. Y no lo es menos en la identificación y hallazgos de lugares arqueológicos, asentamientos, fortificaciones, castros o ciudades, caminos, cultivos, riegos, etc., etc. Los resultados obtenidos con este método de investigación —o mejor de prospección— arqueológica son fabulosos.

La propagación y difusión de este método es muy intensa en estos últimos años. Hemos visto en España, al lado de nuestros primeros ensayos todavía no sistemáticos en este campo de prospección científica (Almagro, *La colaboración de la aviación española en el campo de la Arqueología*; Ampurias V, 1953), interesantes muestras de la labor realizada especialmente por los ingleses (*Exposición de fotografías aéreas de emplazamientos arqueológicos en Gran Bretaña*, Instituto Británico, 1953, con un estudio del Dr. J. K. St. Joseph, *Fotografía aérea y Arqueología*).

La bibliografía que sobre este aspecto se halla en las obras de Arqueología es ya ingente. Los más importantes estudios pueden verse en la obra de Ms. Laming *La découverte du Passé* (París, 1952), donde esta editora ha reunido, en una obra extraordinariamente útil y sugestiva, una serie de trabajos sobre las diversas nuevas técnicas de la Prehistoria y de la Arqueología. En nuestro ensayo tendremos que hablar muchas veces de este manual al que citaremos únicamente con el nombre de su compiladora Laming.

La preocupación por la búsqueda o prospección y por el trabajo de campo da forma a todo un aspecto de la investigación arqueológica, en especial entre los investigadores ingleses. Nada tan elocuente como la obra de Crawford *Archaeology in the Field* (3.ª ed. Londres, 1954) uno de los pioneros de la fotografía aérea en el campo arqueológico.

La base de la fotografía aérea es la constancia con que sobre la superficie de la tierra, sobre los campos o los bosques, perduran las más leves modificaciones, el trazado de caminos, de murallas, etc., incluso en lugares donde después se ha producido el cultivo, desapareciendo todo rastro ocular de su antiguo estado de cosas.

Las transformaciones que un antiguo "habitat" o camino han

podido llevar a la humedad de la capa de la tierra o bien la persistencia de muros cubiertos por los humus del cultivo que proporcionan distinta calidad a la tierra que los cubre, son todos elementos que, si bien el ojo humano no percibe, quedan patentes sobre una fotografía aérea realizada en ciertas condiciones de posición —vertical u oblicua— y de luz —rasante o perpendicular—, durante la presencia de cultivos desarrollados diferentemente según la calidad del terreno; o bien en momentos de nieves de distinta blancura o fusión, según la constitución del subsuelo arqueológico.

El ojo acostumbrado al análisis de estas placas fotográficas y a su interpretación llega a descubrir mundos que de otra forma serían del todo imperceptibles en la prospección arqueológica normal, la cual sigue naturalmente a esta importantísima prospección fotográfica aérea.

Su valor es también muy importante cuando se trata de fotografía de antiguas costas o antiguos puertos; no olvidemos el memorable trabajo de Poidebard sobre el antiguo puerto de Tiro, hoy cubierto por las aguas del Mediterráneo.

Los resultados son múltiples y de una importancia capital. De tal manera que, en ciertas obras, esta fotografía aérea no se concreta a ser un simple auxiliar detector de residuos humanos en la superficie del globo, sino que sirviéndose únicamente de sus resultados se han escrito importantísimas páginas de la arqueología de algunas regiones. Nos referimos al establecimiento y delimitación del Limes de Siria debido a Poidebard, y del Africa del Norte gracias a la serie maravillosa de fotografías de Baradez en su *Fossatum Africae*, donde pudo reconocer, incluso, la organización económico-militar-agrícola del Limes africano, simplemente con la observación de una seguida y continuada serie de fotografías.

La fotografía aérea, pues, es un importante e imprescindible elemento de prospección de lugares de "habitat" y de caminos antiguos.

b) *Métodos eléctricos de prospección.*

Basándose en aparatos usados por los ingenieros de minas, para determinar el valor de la conductibilidad del suelo en un punto determinado, se realizan trabajos en el mismo sentido en el campo de la prospección arqueológica. Ello permite señalar las zonas de humedad o aparición de metales en las regiones detectadas a base de

las lecturas de homogeneidad o no homogeneidad de la conductibilidad del subsuelo. El uso, todavía bastante embrionario de este procedimiento, tuvo resultados muy interesantes en las excavaciones neolíticas de Dorchester, cerca de Oxford, del 1948. Allí se ha usado un detector inventado por J. C. Atkinson (autor de una *Field Archaeology*. Londres 1948).

Desde 1947 se utiliza, también, un detector electro-magnético para conocimiento de los suelos, sirviéndose de aparatos semejantes a los detectores de minas residuales de la guerra. Todavía poca profundidad puede obtenerse por estos detectores, de los cuales se usan tres tipos de potencia distinta, pero la perfección de este método puede dar resultados sorprendentes.

c) *Determinación de la abundancia de fosfatos en las tierras.*

Método bastante usado en los países del Norte, en especial en Suecia; consiste en comparar la proporción de fosfatos de ciertas zonas. El fundamento químico-biológico consiste en la mayor abundancia de estos productos en las zonas donde han existido, de manera permanente, habitaciones, a consecuencia de la descomposición de los cuerpos vivos u orgánicos. La comparación de esta densidad fosfática puede señalar el límite de un habitat neolítico o de la Edad del Hierro con bastante precisión. La bibliografía sobre este procedimiento no es muy abundante (M. Louis, *Méthode des phosphates*. Cahiers d'Hist. et d'Arch., 1946, pág. 119-120; Arrhenius *Besondere Anwendungen der Boden Analyse*. 1932).

Estos son los procedimientos científicos modernos. A ellos no podemos añadir los de Deonna (*Les Sciences auxiliares de l'Archéologie*. *Archéologie, Art et Métapsychique*. Rev. Arq. 1925) como el espiritismo, la escritura automática, el péndulo del radioestesista, que han provocado la burla de Laet (pág. 32).

d) *La prospección submarina.*

Dedicada casi exclusivamente al conocimiento y recuperación de restos de navegación antigua, se utiliza hoy, ya de una manera amplia —aunque sin haberse desprendido todavía de una profunda carga deportista—, la prospección submarina que, además, ayuda a identificar los restos de habitación, configuración de costas, puertos;

o muelles, etc., que, por diversas circunstancias, han sido cubiertos por las aguas del mar. Esta prospección lleva consigo la obtención del utillaje y cargamento de las naves antiguas como primer paso a la recuperación *total* de la embarcación. Este tipo de yacimientos es del mayor interés desde el punto de vista cronológico, pues lo forman depósitos, en sentido arqueológico, de objetos que pertenecen todos a una misma época o que tienen un término temporal "ante quem" representado por los objetos más modernos, contemporáneos —o un poco anteriores— al momento del naufragio. En algún caso —como en la embarcación de Mahdia en la costa tunecina— el cargamento del barco es ya un museo, y la excavación ha proporcionado estatuaria y objetos de épocas muy diversas.

La actividad científica en este campo de prospección y de excavación es todavía muy reducida y escasa. Además de los trabajos de recuperación del cargamento de la nave de Mahdia, en la costa africana, hay que señalar como trabajos más importantes las excavaciones de la nave de Albenga realizadas por el profesor Lamboglia y las de una nave marsellesa cuyos trabajos ha dirigido el profesor Benoit. Esta última nave ha proporcionado rico material campaniense —con fecha única— que viene a confirmar, con pocas variaciones, las conclusiones obtenidas por el propio profesor Lamboglia sobre esta especie de cerámica helenística. La ya abundante bibliografía que tenemos del hallazgo de Albenga y de los trabajos realizados a lo largo de la costa italofrancesa del Golfo de León puede verse en los artículos de Benoit y de Lamboglia en la *Rivista di Studi Liguri*, XVIII, 3-4, Bordighera, 1952.

Entre nuestros arqueólogos han existido intentos logrados y eficientes de prospección submarina realizados y dirigidos por el profesor Beltrán en colaboración con el capitán de navío Sr. Jáuregui y la Escuela de Buzos de Cartagena, cuyos resultados han sido publicados desde hace algunos años en las Memorias de los Congresos Arqueológicos del SE. español.

Esta nueva modalidad de prospección y excavación arqueológica tiene ya en su haber un Congreso científico en Cannes —1954— y legislación rigurosa y adecuada, especialmente en Italia y en Francia; pero todavía no puede desprenderse de su origen puramente deportivo por las condiciones físicas que requiere su actividad.

Algunas veces por medio de la fotografía aérea se han localizado restos cubiertos por las aguas; ejemplo de estas posibilidades lo

hemos ya señalado en los trabajos de Poidebard sobre el puerto cubierto de Tiro.

Vemos, pues, como las Ciencias experimentales han acudido con sus procedimientos al campo de la prospección arqueológica y prehistórica.

Existe una gran preocupación por los trabajos de campo. Se siente especialmente en los países del Centro y del Norte de Europa. Quizá sean los ingleses los que con mayor inflexibilidad han proclamado la supremacía del campo sobre los objetos de Museo en la investigación arqueológica como fuente de la misma. Hay que citar, creemos, únicamente las obras de Crawford y de Atkinson para tener reunido lo más importante sobre este aspecto nuevo de la investigación arqueológica. Crawford llega a afirmar (pág. 232), que la *Arqueología es de hecho trabajo de campo. El estudioso que olvide esto será un gran humanista pero no un arqueólogo*. Para este autor el defecto fundamental del Método tipológico, que hemos analizado antes, es precisamente el ser método de laboratorio que no sale al campo. Cree que deben existir los Museos como lugares donde se guardan los objetos y las observaciones que provienen del campo, pero no debe considerarse al Museo como un *Banco* de materiales de estudio. De aquí, según Crawford, que los mejores conservadores de los Museos procuren realizar su trabajo de campo.

2. La excavación arqueológica.

Una vez identificado un yacimiento y localizado un lugar de habitación o una serie de caminos o necrópolis, el trabajo inmediato a realizar es el de la excavación arqueológica. También es preocupación antigua, pero acrecentada durante estos últimos años, el cuidado y la superación de todas las técnicas de excavación. Ha cambiado el punto de vista de valoración de los objetos. En tiempos todavía no muy alejados de nosotros, se buscaba en la excavación la aparición de este objeto con el fin de colocarlo en una vitrina de un Museo. Era, en cierta manera, una etapa entre coleccionismo y Ciencia arqueológica, cuya base fundamental tipológica desdeñaba, o mejor no conocía, el valor de los conjuntos culturales de los que forma parte el objeto.

Modernamente, este punto de vista ha cambiado por completo y, en realidad, el objeto interesa tan sólo porque forma parte de un *ambiente* cultural o ergológico que nos definirá, en su conjunto, la

etapa histórica que investiguemos. Además la excavación, *un acto único imposible de rehacer en las mismas circunstancias* como dice Daux (*Les étapes de l'Archéologie*. París, 1942) destruye el yacimiento. Es, según dice el profesor Pericot, como un libro donde está escrita la historia de un momento y que al excavar se va leyendo y destruyendo a la vez; de aquí que todas las precauciones sean pocas ante esta enorme responsabilidad.

La excavación moderna exige una serie de condiciones del propio investigador que hay que tener en cuenta de una manera muy seria antes de emprender uno de estos trabajos. Además de ser hombre conocedor al máximo de la etapa histórica perteneciente al yacimiento que excava, a fin de que no pueda escapársele ninguna observación, debe dejar todas las ideas apriorísticas y la interpretación inmediata del yacimiento. En la excavación, la piedra más insignificante, la pieza más pequeña, según el lugar donde se ha hallado puede dar una indicación: de aquí la necesidad de anotar, de controlar sin prisas, con toda clase de elementos fotográficos, de dibujo, de planimetría, etc., cada una de las fases y de los objetos de este trabajo. Quien no sepa esperar y tenga prisa, no puede llevar una excavación arqueológica. Ya en el año 1904 Flinders Petrie (*Methods and Aims in Archaeology*), eminente investigador de la Prehistoria y de la Protohistoria de Egipto, escribía frases tan acertadas sobre este particular como las que reproduce Leroi-Gourhan a manera de viñeta de introducción de su obra *Les fouilles préhistoriques (Technique et Méthodes)*, París, 1950:

"Suponer que la excavación, una de las cosas que exigen más amplios conocimientos, puede ser realizada por personas que ignoren todo o casi todo de sus exigencias técnicas, es una fatuidad que ha conducido y conduce todavía a los más lamentables desastres. Es mejor dejar los objetos dormir algunos siglos más en la tierra, si es posible, antes que repetir los vandalismos de tiempos pasados".

No es éste lugar para tratar en extenso del problema de la excavación. La bibliografía es abundante, lo que demuestra una creciente preocupación muy moderna que ha sentado una serie de principios universalmente válidos para este trabajo; desde la necesidad de realizarlo en equipo, hasta la presencia en cada yacimiento de especialistas de distintas disciplinas, tanto humanísticas como experimentales.

Una breve lista bibliográfica sobre esta preocupación creemos puede ilustrar la actualidad de tales trabajos:

Wheeler, Sir Mortimer: *Archaeology from the Earth*, Oxford, 1954. Atkinson, R. J. C.: *Field archaeology*, Londres, Methuen, 1946 y 1953. Cailleux, André: *Application de la pétrographie sédimentaire aux recherches préhistoriques*, Bulletin de la Société Préhistorique Française, 1946, ns. 5-6. Du Mesnil du Buisson: *La technique des fouilles archéologiques*, París, 1934. Furon, R.: *Formulaire technique du préhistorien*, París, Lechevalier, 1945. Heizer, F.: *A Manual of Archaeological Field Methods*, Milbrae (California), The National Press, 1949. Péquart, Marthe et Saint-Just: *Techniques de fouilles préhistoriques*, Dijon, Revue des Musées et Collections archéologiques, ns. 14 et 18, 1928. Kenyon, F. G.: *How to observe in Archaeology*, Londres, British Museum, 1929. Salin, E.: *Manuel de fouilles archéologiques*, I: *Les fouilles de sépultures du Ve. au VIIIe. siècle*, París, Presses universitaires, 1946. *Manuel de recherches préhistoriques*, publié par la Société Préhistorique Française, París, A. Costes, 1929. *Manuel de la technique des fouilles archéologiques*, París, Office International des Musées, 1939. Wiegand y Buschor: *Begriff und Methode der Archäologie*, Handbuch de Otto, I, 3, Berlín, 1939, páginas 71 y 77, respectivamente. Foudou-Kidis: *Manuel de la technique des fouilles archéologiques*, París, 1939. De Morgan: *Les recherches archéologiques, leur but et leurs procédés*, París, 1934, y Woolley: *Digging up the Past*, Londres, 1930.

Uno de los resultados del Congreso del Office International des Musées, celebrado en El Cairo, en marzo del año 1937, fue la redacción por aquel organismo de la antigua Sociedad de las Naciones, de un *Manuel de la technique des fouilles archéologiques* (Col. Mousson, París, 1939).

En realidad existen unas normas generales para todas las excavaciones, pero el yacimiento es siempre quien manda en el uso de una técnica apropiada. No es lo mismo excavar las arenas finas y limpias de los túmulos holandeses, por ejemplo, que trabajar en el polvo seco de milenios de antigüedad de nuestro yacimiento de Los Millares. Aunque es siempre válido la necesidad de que toda excavación sea estratigráfica, lenta, con criba total de tierras, y con la mayor cantidad posible de observaciones sobre el terreno. Y no debe dejar de profundizarse hasta llegar a la tierra virgen.

Para la Arqueología clásica y medieval, la excavación estratigráfica es la más grande conquista de estas últimas décadas. De origen geológico y paleontológico, su existencia se halla unida a los primeros estudios de la Arqueología prehistórica, como ya hemos

señalado, pero no ha penetrado en la excavación de época clásica hasta hace muy poco. Existen, como es natural, unas serias razones que impiden que este procedimiento tome carta de naturaleza en la Arqueología clásica. El clasicista o el egiptólogo, o el helenista que excava un yacimiento va empujado por unos muros, por descubrir un monumento o a desenterrar una serie estatuaria. Es la atracción de lo bello, y de lo fácil —técnicamente— que ha motivado y dado forma a todo un aspecto de la Arqueología clásica convirtiéndola, en cierta manera, en una Historia del arte de la Edad antigua, como es el espíritu de las famosas Escuelas de Roma y de Atenas, de tradición tan antigua y tan gloriosa para los estudios arqueológicos clásicos, pero que no ha tenido en cuenta el conocimiento de los más humildes objetos que, si no son bellos e importantes, pueden proporcionar datos de muchísimo mayor interés historiográfico que aquellas bellas obras.

Hemos visto cómo al nacer la Arqueología Prehistórica aparece de la mano de la Paleontología y de la Geología con sus métodos de trabajo basados en la existencia de estratos geológicos y determinación de restos de la industria humana, en ellos. Este fundamento de buscar la superposición, no ya de estratos naturales, sino de capas formadas por la simple variación de población, habitat o necrópolis, en un determinado yacimiento, ha convertido este procedimiento en universal y único científicamente válido con visos de valor absoluto, en el campo de toda la Arqueología, desde la Prehistórica hasta la más actual y moderna. Por desgracia priva, todavía muchísimo, el valor y la atracción de las bellas piezas o de los grandes monumentos que hacen olvidar este procedimiento a buen número de sabios arqueólogos.

La aplicación de métodos de excavación estratigráfica en la Arqueología histórica se inicia en los países Centro y Norte europeos. Es en el Rin inferior, a lo largo de su curso y en sus "castella" romanos donde las superposiciones excavadas estratigráficamente han proporcionado resultados más importantes. Los trabajos que hemos citado de V. Giffen en Valkenburgo, cerca de Leyden, son famosos. El mismo procedimiento viene aplicándose desde hace varios años en las excavaciones de Ampurias, desde la dirección de los trabajos del profesor Almagro y, paralelamente, en *Albintimilium* (Bordighera, Italia) por el profesor Lamboglia. Los resultados de Ampurias son de primerísimo orden al fechar, por una parte, el recinto amurallado de la ciudad romana y, por otra, las distintas fases de evolución de su

casco urbano al darnos perfectamente superpuestos niveles desde época helenística hasta finales del siglo III.

En *Albintimilium*, Lamboglia excava estratigráficamente la ciudad romana y obtiene la fecha del teatro —caso único en la Arqueología clásica— y además, las superposiciones de edificaciones desde época republicana y augustea hasta finales del siglo IV. Los trabajos de Lamboglia, publicados, proporcionan un importantísimo dato de clasificación y cronología de las cerámicas romanas ordinarias, que no tenían hasta ahora filiación temporal convincente, halladas en estratos que, por los demás elementos en ellos aparecidos, poseen una clara y justa determinación en el tiempo. Las observaciones continuadas y repetidas de estos casos de superposiciones dan fundamento científico a las fechas dadas por Lamboglia.

No podemos dejar de señalar, de todas maneras, la imposibilidad de establecer puntos *absolutamente* fijos en ciertas estratigrafías, ya que algunas de ellas son de una complejidad monstruosa. Con citar las de los "tells" del Próximo Oriente hemos ya explicado las dificultades y cuidado que exige esta excavación. Los trabajos en Troya, —desde Schliemann hasta los del equipo americano de Blegen— no han puesto en claro, todavía, la atribución de ciertos elementos en estratos determinados ni la identificación de las diversas ciudades. En la llamada estratigrafía del Próximo Oriente, publicada y estudiada por Schaeffers (*Stratigraphie comparée et Chronologie de l'Asie Occidentale*, Oxford, 1948) con ánimo de resolver problemas de relaciones y de continuidad, —a la que se suman los *Rapports* de Blegen y sus colegas en relación a Troya—, quedan todavía puntos muy oscuros y dudas muy fundamentadas. Pero hay que pensar que la complejidad de sitios de excavación y de superposiciones en cada uno de ellos no hacen fácil este trabajo, que, de no haber existido una excavación estratigráfica de tipo prehistórico, nunca habríamos ni tan sólo iniciado.

Todavía los métodos estratigráficos han penetrado poco en las grandes excavaciones italianas. Fuimos testigos, en el año 1949, de los primeros ensayos en el Palatino de Roma y en la ciudad de Ostia, pero de ellos no tenemos todavía resultados positivos, si exceptuamos los trabajos de la Escuela sueca en el Capitolio.

Así pues, la excavación estratigráfica tiene unas reglas muy amplias y una aplicación consiguiente, condicionada a cada yacimiento. Se trata en realidad de levantar las capas del terreno, con sus útiles, siguiendo un proceso igual, pero inverso, en cuanto al tiempo,

de la misma manera que se han ido depositando. Se excava en primer lugar el estrato o capa que se ha depositado últimamente.

Otros trabajos exigen técnicas diferentes. La excavación de estaciones lacustres o palafitos, en general, obliga a la desecación de zonas de marismas. Igualmente conviene hacerlo en otro tipo de trabajos bajo el agua. Quizá el ejemplo más claro es la recuperación de las naves de Nemi, de 1927 a 1932. Finalmente, la excavación submarina iniciada, técnicamente, hace muy pocos años y que está todavía en plena infancia, sin haber hallado ni métodos ni equipos adecuados todavía, pero que tiene en su haber ya trabajos importantes como la nave de Mahdia, o las de Albenga y Marsella en las costas Provenzal y Ligur, según ya hemos señalado al hablar de este tipo de excavación.

3. Documentación de excavación. Publicación de trabajos. Estudios de síntesis. Conservación de objetos.

Estas son las tres fases de trabajo arqueológico que siguen a la excavación. Todo trabajo de exhumación de materiales del suelo comporta una documentación hecha en el mismo momento y con los métodos y materiales más numerosos y más precisos. Ya hemos hablado de la colaboración de científicos experimentales en la Arqueología. Es en los trabajos de campo donde son, muchas veces, imprescindibles al arqueólogo tales apoyos no humanísticos. La excavación prehistórica requiere muchas veces la presencia de cuaternaristas o paleontólogos; se recomienda el análisis de los suelos y de la paleobotánica y el conocimiento de las condiciones geológicas del yacimiento (Laet, citado, págs. 22 y 23).

a) *Diario de Excavaciones.*

Todos estos científicos tienen su carnet de notas con las más minuciosas observaciones de los trabajos: El arqueólogo escribe su *Diario de Excavaciones* y, además, sus notas y pequeñas observaciones, numerosas por lo general; mediante la planimetría y la topografía sitúa en el espacio, de la manera más precisa posible, las diversas fases de la excavación para poder hacerlo, después, en el tiempo. Es auxiliar poderosísimo la fotografía constante, ya sea en placa a gran tamaño —la forma siempre más recomendable— o la pequeña

y abundante serie de 16 milímetros, manejable y fácil. Esta fotografía revela al ojo humano muchos detalles que a menudo no se perciben a simple vista. Además, es recurso de importancia capital la fotografía en colores, en especial para estratigrafías, en las cuales la coloración de las distintas capas del terreno son apenas distinguidas por el ojo del excavador.

Esta documentación del trabajo va acompañada de una clasificación de los objetos a fin de que su identificación en el lugar de procedencia no sea difícil. Se trata, en realidad, de formar una documentación rica, variada y científica que permita, en un momento dado, rehacer el yacimiento en la mesa de laboratorio o seminario.

b) *Publicación de trabajos.*

Los trabajos de excavación han atraído siempre por su categoría especial la atención no sólo de especialistas sino —lo que es muy lamentable— de simples aficionados. Por el contrario, la publicación de estos trabajos es tarea dura y poco atractiva, que ha convertido muchas veces en almacenes inéditos y ricos los fondos de innumerables Museos Arqueológicos. Desde hace años oímos repetidamente en Congresos y reuniones la necesidad de dejar de excavar y dedicarse a publicar lo excavado.

Este mal no es únicamente de nuestra Patria. Lo mismo ocurre en otras partes. Las críticas y lamentaciones se oyen en todos los idiomas, y los elogios, cuando se vencen estas dificultades, tiene también eco internacional. Así Laet (cit. pág. 57) se lamenta de esta falta de publicaciones en Europa Central, por ejemplo, y se felicita de que los colegas alemanes —Keim y Klumbach— hayan dado con tanta rapidez (seis meses después de hallado) el tesoro importantísimo de Straubing en Baviera.

Dejar de publicar una Memoria de excavaciones más de un año, es tener materiales fuera de la circulación científica que no pueden usar los investigadores.

Quizá explique este retraso en las publicaciones de los trabajos de excavación, la confusión entre Memoria de excavaciones y Estudio de materiales. Son dos fases distintas; la primera previa a la segunda y que no tienen ninguna interferencia. El excavador tiene la obligación de publicar *Qué* objetos ha hallado y *Cómo* los ha hallado, con el mayor lujo de detalles. Pero esta Memoria de excavaciones no requiere ningún estudio posterior de los sitios o de los objetos

aparecidos. Es otra etapa de la elaboración arqueológica que pueden realizar, ya, otros especialistas, incluso sin haber participado en la excavación, si el "rapport" del trabajo de campo se ha hecho de una manera científica completa y honrada.

c) *Estudios de síntesis.*

De la publicación de materiales se pasa al trabajo de elaboración científica de lugares o materiales para llegar a obtener resultados de valor histórico. Los métodos los hemos dado anteriormente. Es la utilización de las *Fuentes de la Arqueología* para llegar a las aportaciones con que esta Ciencia contribuye al conocimiento histórico de la Humanidad. Naturalmente que de las conclusiones de estos estudios, y de la comparación amplia de resultados de excavaciones en lugares distintos o de objetos hallados en circunstancias iguales o diversas, derivan apreciaciones de orden cultural, económico, demográfico, etc.

Esta elaboración tiene como base principal la *Cronología* y la *Geografía Arqueológica* (camino de relación o de derivación y persistencia).

d) *Conservación de los documentos arqueológicos.*

Es tarea que queda al margen de la Ciencia arqueológica. Se trata de organización de Museos y de almacenes, con su consiguiente exposición pública de objetos, lo cual comporta una mínima preparación arqueológica y casi nunca la completa identificación de un conservador de Museo con un investigador de la Arqueología. Con ello no queremos poner en plano de inferioridad al Conservador del Museo. Una parte importante de la investigación arqueológica está realizada por estos Conservadores; pero sí queremos señalar otra finalidad distinta del investigador.

La conservación de yacimientos y de objetos se realiza de formas muy diversas. Así es prudente dejar testigos sin excavar, con la posibilidad de una ulterior comprobación de detalles y datos dados por un primer excavador del yacimiento. De esta manera se realiza en cuevas paleolíticas o en otros yacimientos, como hemos hecho nosotros mismos en la necrópolis de campos de urnas de Agullana. Otras veces se trata de la conservación y consolidación de restos de construcciones. Los problemas que este trabajo comporta son múl-

tiples y en ellos intervienen arquitectos y arqueólogos. Los criterios son también muy diversos desde las reconstituciones "ex nihilo" y excesivamente científicas (?) a la manera nonocentista de Violet le Duc o las discutidas construcciones de Evans en los palacios cretenses, hasta la simple consolidación sin enmascarar los monumentos como se realiza en otros casos. En realidad, no son cuestiones que tengan cabida en nuestro ensayo, cuya discusión nos llevaría a problemas muy diversos de los puramente arqueológicos. A pesar de ello, el arqueólogo prefiere siempre que los restos exhumados en las excavaciones puedan conservarse de manera que sea fácil reconstruir el estado en que se hallaban en aquel momento, ya que las restituciones "ex novo" pueden realizarse en el laboratorio sobre papel, o en maquetas.

Problemas parecidos lleva consigo la restauración de materiales muebles. Las cerámicas, los vidrios, lápidas, etc., etc., son objeto de tratamiento diverso en los talleres de restauración, vinculados tanto a los Servicios de Excavaciones como a los Museos Arqueológicos. El reconocimiento de las cerámicas puede llevarnos al conocimiento perfecto de la técnica de fabricación de las mismas y naturalmente a datos arqueológicos de interés especial.

Quizá la máxima novedad en el campo de la conservación de objetos de excavaciones la han proporcionado los investigadores franceses Salin y France-Lanord. En sus laboratorios físico-químicos de Nancy tratan los bronce y los hierros de la Baja Romanidad y de los necrópolis germánicas con fundamentos puramente de laboratorio, desde análisis radiográfico y espectrográfico hasta la fijación y reducción de óxidos y restitución a su aspecto y estado prístino de ellos. La consecuencia no es solamente museográfica, es decir, en orden a la *conservación* del objeto, sino que las riquísimas observaciones arqueológicas que de estos trabajos se han derivado están en orden a la *técnica de fabricación*, de armas y de joyas, de la *preparación de materiales y de su origen*, como la laminación del latón en los damasquinados franco-burgundios, cuyos análisis han proporcionado la identificación de minas y talleres de preparación de donde proceden estas láminas y los caminos económicos centro-europeos de penetración de las mismas hasta la Lorena.

Estos investigadores, con resultados de laboratorio físico-químico, han abierto al campo de la economía de los metales de la Baja Romanidad y de la Alta Edad Media unos amplísimos horizontes culturales

y económicos que aportan hechos históricos de primer orden al conocimiento de esta oscura época medieval.

Quizá deberíamos hablar ahora de los Museos Arqueológicos donde van a guardarse los objetos procedentes de una excavación. Los criterios de la Museografía Moderna tienden de nuevo al público, prescindiendo un poco del científico. Es el Museo Pedagógico a la manera americana que se impone al Centro de investigación o Seminario arqueológico. Poco interés tiene para nosotros este problema; lo que sí queremos señalar es la necesidad de que en el Museo se guarden o se expongan los objetos de una excavación suficientemente documentados para su reconocimiento en los correspondientes Diarios y —siempre que es posible— en reflejar en las salas de exposición el yacimiento y el objeto hallado en el mismo.

IV

LA CRONOLOGÍA COMO FUENTE ARQUEOLÓGICA

La Cronología y la Geografía son los ojos de la Arqueología.

Si no existe la posibilidad de situar geográfica y cronológicamente los restos materiales del hombre antiguo no hay medio científico de interpretar de una manera histórica —y por tanto arqueológica— estos residuos humanos. De aquí la importancia de estas dos fuentes de la Arqueología. Los métodos y procedimientos de datación de un yacimiento o de un objeto dentro del conjunto de un yacimiento, son muy diversos, y no siempre uniformes en las distintas fases de la Arqueología. Muchas veces la Arqueología prehistórica se sirve, como veremos inmediatamente, de procedimientos y conquistas de Ciencias naturales, mientras que la Arqueología histórica se apoya en las fechas conocidas históricamente mediante las fuentes escritas. Por tanto, veremos muy rápidamente los distintos métodos de datación de objetos y yacimientos.

Ante todo, el arqueólogo busca una fecha *relativa* que le proporciona la excavación estratigráfica. Después, a base de algún elemento hallado en esta secuencia cultural, intenta establecer la *cronología absoluta* por procedimientos propios de las Ciencias naturales —si se trata de la Arqueología prehistórica— o por procedimientos histó-

ricos, si se trata de la Arqueología clásica o medieval. Veamos estas distintas fases y sus auxiliares más firmes:

1. Cronología relativa.

Desde la Arqueología prehistórica que estudia una cueva, un poblado o un yacimiento del tipo que sea, hasta la Arqueología medieval que analiza las modificaciones de un edificio considerando los añadidos sucesivos —en realidad una estratigrafía— o las modificaciones que sus estructuras han sufrido a lo largo del tiempo, algunas veces acompañados o cubiertos por verdaderos mantos de restos y tierras estratificados, la Arqueología se halla frente a una sucesión cronológica que, en un minucioso examen, proporciona una cronología relativa. En los estratos inferiores de una cueva están los restos más antiguos. Así sabemos cómo se suceden las distintas épocas, técnicas o útiles prehistóricos del Paleolítico, de la misma manera que podemos tener una cronología relativa del arte parietal por sus superposiciones gráficas. Igualmente podemos ver cómo evolucionan o cambian las cerámicas o las fibulas en los sedimentos del interior del área de una ciudad ibérica o de un habitat céltico. O cómo han ido ampliándose en extensión territorial los recintos de una colonia griega, cual Ampurias, siguiendo las cerámicas áticas que aparecen superpuestas en sus distintas zonas urbanas. Todo ello nos proporciona una cronología relativa.

a) *La tipología.*

Su estudio constituye uno de los Métodos más genuinamente arqueológicos, —siempre que ha sido comprobada mediante otros métodos de datación, ya sea el propiamente histórico o ya tenga por base una cronología relativa estratigráfica—, y es también un poderoso elemento de cronología relativa. Cuando se ha podido lograr la obtención de una línea evolutiva de los tipos arqueológicos, con un mínimum de seguridades, habremos establecido una cronología relativa y habremos obtenido un elemento de datación precioso para otros conjuntos. La laboriosa identificación y fecha de las cerámicas sigillatas, realizada a base del estudio de los campamentos renanos fechados históricamente, y comprobada después por otros múltiples procedimientos, nos ha dado una cronología tipológica fundamental para todos los estratos romanos del Imperio. Otras veces —en el caso

especial de las tipologías prehistóricas— las series han sido falsas y han dado lugar a errores como los de Kossinna, por ejemplo.

b) *Depósitos.*

Esta tipología muchas veces tiene una comprobación aislada de ciertos eslabones de su cadena en los hallazgos *cerrados*. Nos referimos a los conjuntos arqueológicos que corresponden a un único momento cronológico y que aunque no presenten ningún dato de cronología absoluta —como sucede muchas veces— por la aparición en el mismo de distintos elementos todos ellos con sus tipologías particulares, hallan unos comprobación en los otros. Casos de estos hallazgos o escondrijos son, desde la Prehistoria, los depósitos de armas, como el de la nave de la Ría de Huelva; los depósitos con monedas escondidos en momentos de peligro, las tumbas que no hayan sido violadas y estén intactas, las habitaciones de las casas destruídas violentamente y abandonadas, etc.

Para obtener una cronología de tales depósitos es necesario un control riguroso de todos ellos; la comparación de sus elementos con otros semejantes estratificados, siempre que es posible; el conocimiento o investigación de las circunstancias del escondrijo si se trata de época histórica y la naturaleza del mismo, ya que si los objetos pertenecen a un artesano que trabaje los metales, por ejemplo, pueden hallarse en un depósito realizado en un mismo momento objetos recogidos por el artesano y pertenecientes a épocas distintas, como sucede muy claramente en el depósito de bronce del Collet de San Antonio de Calonge en Palamós, Gerona, que nosotros mismos hemos publicado.

Cuando se trata de estudiar los objetos depositados desde antiguo en los Museos y cuyas circunstancias de hallazgo desconocemos, hay que proceder a la posible identificación de este ambiente en trabajos de campo modernos y recientes, a fin de suplir esta *circunstancia* que falta al objeto. De aquí que el método de paralelismos tipológicos se imponga buscando un punto de referencia incrustado en una secuencia estratigráfica.

c) *El conocimiento del medio ambiente.*

Ya hemos señalado cuánto debe la Arqueología a la Geografía o mejor a la Paleogeografía. Queremos ahora señalar la amplitud

y la importancia que, para la Arqueología prehistórica o protohistórica, tiene el conocimiento del medio ambiente en que se ha movido el hombre sobre la Tierra; el estudio de los componentes de este ambiente, desde un punto de vista geológico o animal y vegetal y, por otra parte, las variaciones de clima: temperatura y humedad a que han estado sujetos vegetales y animales. Los estudios que en este sentido se han realizado se deben exclusivamente a los geólogos, paleogeógrafos, paleontólogos, paleobotánicos, etc. La bibliografía que puede consultarse desde un punto de vista de método y resultados está perfectamente reunida, en aquello elemental comprensible, en la obra editada por la Srta. Laming, *La découverte du passé* (París, 1952, pág. 84 y ss.). En esta obra el profesor Leroi-Gourhan se ocupa con cierto detalle del estudio de los sedimentos que forman el medio físico geográfico: el suelo, el agua y el clima. Es del mayor interés el conocimiento de la morfología y la morfoscopia de conjuntos y detalles de bloques de piedra, cantos rodados o granos de arena. La morfología, al tratar de los aspectos de la superficie terrestre y de la composición de sus estratos ha llegado a resultados cronológicos relativos de interés primordial, en relación con la aparición de fauna y flora en ellos.

Las variaciones de clima marcan, algunas veces, su acción sobre los sedimentos geológicos superficiales. Aquí podemos citar el valor de las llamadas "varves", señales dejadas por el retroceso temporal de los hielos que han permitido al sueco Geer y al finés Sauramo en trabajos comprobados y sincronizados en diversos depósitos, establecer una cronología absoluta desde 13.200 años hasta el primer milenio para las costas de los mares del Norte de Europa. Al combinar sus resultados con la aparición de los polens en los sedimentos superpuestos, nos proporcionan una extraordinaria reconstrucción del clima y de la temperatura ambiental de Escandinavia en tiempos prehistóricos, del mayor interés. En Norteamérica, el investigador Colerman-Baly comprueba el mismo resultado.

Del estudio morfoscópico señalamos los cantos rodados y el de los granos de arena. Estos últimos, por ejemplo, han permitido a Cailleux establecer, en una amplísima síntesis, la importancia de la erosión del viento para todo el Cuaternario en el Norte de Europa causada por los anticiclones del NE.

No creemos sea necesario entrar en más detalles sobre estos estudios y fuentes de cronología relativa para la Arqueología prehistórica. Hay obras dedicadas enteramente a estos estudios de las Cien-

cias naturales. Quizá la más difundida sea la de Zeuner, *Dating the Past* (Londres, 1945 y 1951), con presentación de todos los procedimientos de datación de los suelos por sus formas y sus componentes.

Conocidos estos suelos, su estructura y su modificación debida a los agentes naturales, la investigación dedica atención especial al conocimiento de la paleofauna que contienen. La clasificación, medición, descripción y conocimiento de especies cuaternarias y sus perduraciones en relación al clima y a la geografía son elementos de importancia capital para las cronologías arqueológicas.

También los análisis polínicos son poderosos elementos que explican, a través de las especies existentes en los estratos geológicos, el clima y el ambiente de cada una de las zonas. Esta Ciencia llamada Palynología fue fundada por los ensayos —en las turbas— de diversos naturalistas, especialmente los suecos Lagerheim y Lennart Von Post, desde 1900 a 1920 y ha sido difundido especialmente por un profesor sueco G. Erdtman al que se deben los métodos de laboratorio para el tratamiento de estos polens y su conocimiento.

Con toda esta serie de conocimientos, en relación geológica a las distintas glaciaciones, pueden establecerse las utilísimas tablas de correlación de observaciones geológicas, arqueológicas y paleobotánicas para ajustar la cronología y el ambiente de cada una de las etapas de la Arqueología prehistórica.

2. Cronología absoluta.

Todos los estudios que hemos citado, de lleno en el campo de las Ciencias naturales, proporcionan una cronología relativa que el arqueólogo tiene necesidad de convertir en absoluta a fin de que sus resultados tengan un valor histórico completo. Las fuentes de conocimiento y hallazgo de la cronología absoluta en Arqueología, con sus métodos, podemos separarlos por su naturaleza, en dos grupos, como venimos haciendo con aquellos válidos para la cronología relativa. En primer lugar trataremos de aquellos que apoyan a la cronología absoluta en la Arqueología prehistórica, y después los métodos para la Arqueología histórica.

Ha sido preocupación constante de científicos investigadores del Cuaternario (naturalistas o arqueólogos) el conocimiento de puntos fijos de cronología y de métodos para obtenerlos. En este sentido es recomendable la obra de Childe, *Changing Methods and Aims in*

Prehistory (Proceedings of the Preh. Society. Cambridge, 1935) o bien el libro ya citado de Zeuner con sus varias ediciones.

a) *Métodos astronómicos.*

El poder fijar desde un punto de vista cronológico las distintas etapas glaciares y sus interglaciares es fundamental para colocar los más antiguos residuos humanos. Para ello se utilizan los resultados dados por los astrónomos, en especial por Milankovitch que, al estudiar las curvas de irradiación solar, ha dado la relación de ellas con la variaciones climáticas de la superficie de la Tierra y los fenómenos glaciares. Para estos hechos se han establecido fechas absolutas las cuales, mediante el conocimiento geológico y estratigráfico de los restos de industria humana en terrenos cuaternarios, proporcionan fechas también fijas para la más remota Arqueología.

Por otra parte, otros trabajos astronómicos completan y aportan sus observaciones en este campo de la Cronología. Nos referimos a los de Blanchard sobre los desplazamientos de los polos, estudios realizados desde 1942, como causantes de la oscilación glacial cuaternaria. De todas formas, no todos los astrónomos están de acuerdo con las cronologías dadas por Milankovitch, a la vez que otros procedimientos más recientes parecen contradecir algunas de sus conclusiones. Citemos únicamente la fecha del radiocarbono 14 de Lascaux, que da una fecha de 15.500 para el Paleolítico superior cuando, según las curvas de Milankovitch, habría sido en Suiza de 24.000 años aproximadamente. En realidad, se trata de grandes esfuerzos para sentar un hito firme y seguro en esta inmensa nebulosa del tiempo que es el principio de la Humanidad.

b) *La Dendrología.*

La Dendrología ha proporcionado una serie de datos cronológicos absolutos para los hallazgos donde aparecen restos de troncos de árboles. Su basamento científico se apoya en el conocimiento de las curvas de la sección del tronco de los árboles, curvas que señalan el crecimiento en épocas y años diversos según el grado de condiciones climáticas, especialmente de humedad de la correspondiente anilla. Ha sido procedimiento usado en especial en Norteamérica, donde la abundancia de árboles y su uso en las culturas de los indios precolombinos, en especial de los indios pueblos, han permitido esta-

blecer, para los secuoyas, unas secuencias y un conocimiento cronológico perfecto de la edad del árbol y, por tanto, la fecha en el momento en que ha sido talado. Zeuner y en especial Glock (*Principes and Methods of Tree-Rings Analysis*, Washington, 1937) se han ocupado de estos estudios que todavía no han tenido difusión en Europa y que exigen unas condiciones especiales: así, por ejemplo, las observaciones y secuencias de curvas deben realizarse en una misma especie botánica y sólo es válida para ella, etc. Los estudios que inició Douglas en los laboratorios de la Universidad de Arizona, sin propósitos arqueológicos, tienen también mucho campo de aplicación para los trabajos etnográficos.

c) *La fecha por el radiocarbono C 14.*

Tiene fundamento en la química de la radioactividad y se basa en medir la cantidad de carbono radioactivo que conservan los restos de materia viva hallados en excavaciones arqueológicas. El procedimiento conseguido por el profesor Libby tiene una justificación químico-física muy compleja, hoy día bastante difundida y aplicada con éxito creciente en aquellos ensayos de cronologías absolutas realizadas por su procedimiento. El profesor Movius Jr. en la obra editada por Laming, o el químico español profesor Calvet, en un trabajo publicado en la revista *Ampurias* (Vol. XIV, 1952), explican los fundamentos científicos de estos procedimientos.

Se trata de un procedimiento que proporciona cronología con un margen de error —o mejor de amplitud de modificación de este C 14— muy corto y con posibilidades inmensas en los años venideros en que se empleará intensamente. Su elaboración exige, de todas maneras, que la recolección de muestras para el análisis se realice en ciertas condiciones que no alteren y modifiquen la composición y la radioactividad de este elemento C 14.

d) *El análisis de la fluorina.*

Otro procedimiento de fecha absoluta para la Arqueología prehistórica es el análisis de la cantidad de fluorina que contienen los huesos y que oscila según la antigüedad de los mismos al absorber el fluor que hay en el agua o en los minerales que rodean los huesos. Conociendo la composición y el ambiente geológico en que aparecen los huesos, el contenido de fluorina proporciona la antigüedad abso-

luta de los mismos. El resultado más moderno y espectacular por su resonancia, incluso extraarqueológica, ha sido —en este campo— el análisis de los restos humanos de Piltdown, muy pobres en fluorina si se compara, por ejemplo, con los de Swanscombe, trabajos que han realizado los profesores Oakley y Hoskins y cuyo resultado ha sido la desaparición de aquellos famosos restos humanos de la consideración científica de que habían gozado, y la identificación de restos que no correspondían a los mismos. La mandíbula de Piltdown no pertenece a un eoantropo sino a un simio moderno. Por el contrario, la bóveda craneana hallada en el mismo ambiente en 1911 es auténticamente prehistórica.

e) *La imantación de las cerámicas.*

El conocimiento de la *imantación de las cerámicas* por sus componentes de hierro es complejo, pues requiere un estudio del campo magnético que varía de año en año. El poder establecer una curva a base de cerámicas de fecha fija y conocida puede ayudar a este método, todavía en sus inicios, y cuyos resultados tendrán aplicación tanto para la Arqueología prehistórica como para la Arqueología histórica. Se debe especialmente a Thellier (París, 1938) la aplicación de estos principios.

f) *El método histórico.*

En la Arqueología histórica fundamentalmente y algunas veces, incluso, para las etapas prehistóricas, el *método histórico de cronología absoluta* consiste, sencillamente, en poder referir un momento de las estratigrafías que nos proporcionan las excavaciones a un hecho conocido históricamente, o a una fecha segura y fija y, a través de ella, obtener la datación del resto del yacimiento y, por tanto, de su secuencia cultural a base, precisamente, de la superposición de sus restos. El procedimiento es elemental. Muchos hechos proporcionan términos de cronología, ya se trate de fechas "post quem" como el caso de la aparición de monedas de acuñación conocida en estratos, o bien fechas "ante quem" cuando en los restos de una estratigrafía observamos fenómenos que han ocasionado destrucciones, por ejemplo.

La aplicación de este método de cronología para la Arqueología prehistórica europea se basa simplemente en la prioridad —y cono-

cimiento— que tenemos de la Historia de los pueblos del Próximo Oriente en relación a la más antigua Historia del Occidente de Europa. Desde el tercer milenio tenemos fechas seguras para las dinastías y para la historia de Egipto. Sabemos cómo se ha podido fundamentar astronómicamente la fecha del calendario egipcio con el cómputo de la aparición heliaca de Sirio o Sothis. La relación de algún estrato en la evolución prehistórica de Europa con puntos fijos de cronología de la historia de Egipto o del Próximo Oriente, nos proporcionan elementos preciosos para fechar con datos absolutos las secuencias prehistóricas contemporáneas a la historia del Oriente. Para los pueblos germánicos o para los pueblos indígenas de las distintas provincias del Mediterráneo, desde tiempos fenicios hasta la dominación romana, los hallazgos de ajuares con la aparición de objetos de importación son datos preciosos de cronologías. Citemos sólo, por su actualidad, la famosa tumba de Vix, de época hallstática, con la aparición de una gran cratera greco etrusca y vasos de figuras negras de talleres áticos. O los ajuares de los más modernos campos de urnas del golfo de León que nos dan fechas clásicas para sus conjuntos, y últimas datas de cronología para sus hermanos tipológicamente anteriores sin objetos de importancia fechados. En fin, se trata de buscar un punto fijo a esta cadena de la cronología relativa y, desde este punto de vista, encajar en un calendario los acontecimientos arqueológicos estudiados.

CONCLUSIONES

Hemos visto, pues, los procedimientos de que se vale el arqueólogo para obtener una fecha en el estudio que realiza de los restos materiales del hombre antiguo o moderno. No siempre las cronologías son tan difíciles como en Arqueología prehistórica; cuando se trata de restos clásicos existen muchas más circunstancias conocidas históricamente para llegar a obtener una datación correcta, desde la aparición de un peinado o la forma de un estilo y técnica, aunque muchas veces hay que conocer aquellas piezas originales y sus copias o perduraciones. También aquí se debe recurrir al laboratorio para resolver, a veces, problemas insolubles desde el punto de vista estilístico, técnico o histórico. Un caso concreto es la necesidad del conocimiento de la calidad y procedencia de los mármoles para distinguir, muchas veces, copias romanas de originales griegos, o bien objetos de talleres

locales, o importaciones en sarcófagos romanos o cristianos. Recordemos las polémicas sobre el origen oriental de los estilos de Sidamara que, según Lawrence, proceden del Asia Menor a las Galias y de allí pasan a Italia. Los análisis de mármoles han dado materiales de las canteras de Saint Béat, en Francia, para los ejemplares que M. Lawrence creyó nada menos que prototipos!

Todo este proceso de estudio de objetos en los Museos o de construcciones con sus utillajes en las excavaciones arqueológicas, desde la Prehistoria hasta aquellas épocas modernas en las que, por el tipo de investigación o la falta de documentación histórica, se requiere la presencia de técnicas y métodos arqueológicos, nos ha definido una técnica de trabajo de una Ciencia con una serie de conquistas impresionantes para el conocimiento de la evolución de la Humanidad. La bibliografía arqueológica no presenta, generalmente, las diversas vicisitudes y la complejidad de métodos usados para llegar a ella y poder establecer conclusiones históricas. La técnica queda escondida, como un simple instrumento de trabajo bien usado, cuyos resultados son muchísimo más brillantes que sus métodos. La exposición del conocimiento de la Antigüedad no requiere la explicación de los métodos con que esta síntesis se ha conseguido.

Los procedimientos técnicos y sus resultados responden a una serie de preocupaciones finales que dirigen la investigación. La síntesis histórica del arqueólogo surge del lento trabajo, árido, poco brillante, muchas veces apasionante en exceso; como el final de un proceso cuya línea ideológica evolutiva, desde sus primeras fases, hemos intentado esbozar aquí; trabajo presidido por el propósito valorativo de datos materiales útiles a la síntesis histórica posterior. Aquí está, precisamente, el hilo conductor de nuestro ensayo, y la principal preocupación de las tendencias modernas de la Arqueología que valoran el campo de una manera fundamental y que sienten la responsabilidad de los datos históricos que manejan. De todas formas, la juventud de la Arqueología será causa de cambios en su propia ideología, como los veremos constantes en sus técnicas cada vez más depuradas. Nuestro deseo es que en una nueva fase de la evolución de la Arqueología, en años venideros, haya servido nuestro ensayo para explicarnos los propósitos y los métodos en un momento determinado de esta evolución.